

ESTUDIO BÍBLICO	3
CARTA A LOS ROMANOS. — N.º 1.	3
ESTUDIO BÍBLICO	7
CARTA A LOS ROMANOS. — N.º 2.	7
ESTUDIO BÍBLICO.	10
CARTA A LOS ROMANOS. — N.º 3.	10
ESTUDIO BÍBLICO.	13
CARTA A LOS ROMANOS. — N.º 4.	13
ESTUDIO BÍBLICO.	16
CARTA A LOS ROMANOS. — N.º 5.	16
ESTUDIO BÍBLICO.	19
CARTA A LOS ROMANOS. — N.º 6.	19
ESTUDIO BÍBLICO	22
CARTA A LOS ROMANOS — N.º 7.	22
ESTUDIO BÍBLICO	27
CARTA A LOS ROMANOS. — N.º 8.	27
ESTUDIO BÍBLICO	37
CARTA A LOS ROMANOS — N.º 9	37
ESTUDIO BÍBLICO	49
CARTA A LOS ROMANOS — N.º 10	49
ESTUDIO BÍBLICO	63
CARTA A LOS ROMANOS. — N.º 11.	63
ESTUDIO BÍBLICO	74
CARTA A LOS ROMANOS — N.º 12	74

<i>ESTUDIO BÍBLICO</i> _____	87
CARTA A LOS ROMANOS — N.º 13 _____	87
<i>ESTUDIO BÍBLICO</i> _____	100
CARTA A LOS ROMANOS. — N.º 14 _____	100
<i>ESTUDIO BÍBLICO.</i> _____	113
CARTA A LOS ROMANOS. — N.º 15. _____	113
<i>ESTUDIO BÍBLICO</i> _____	125
CARTA A LOS ROMANOS. — N.º 16. _____	125
El Sábado _____	131
La Herencia de los Santos _____	136
La Inmortalidad del Alma _____	137

ESTUDIO BÍBLICO

CARTA A LOS ROMANOS. — N.º 1.

Por el Élder E. J. Waggoner.

Este libro es uno de los más maravillosos de la Biblia. En las dieciséis posibles lecciones que tenemos por delante, solo podremos abordar, de la manera más breve, el esquema general del libro. Esperaremos encontrar cosas que no podemos entender, así como no podemos entender cómo el Dios infinito sostiene el universo con la palabra de su poder. Creemos aquello que no podemos entender, porque Dios así lo dice. Al abordar el estudio de la Biblia de esta manera, nos situamos donde Dios puede revelarnos y explicarnos los misterios de su palabra.

Capítulo 1:1-15.

Estos quince versículos son introductorios, los primeros siete comprenden el saludo, los ocho restantes son explicaciones personales. Sin embargo, en estos versículos se encuentran algunos de los pasajes más ricos de la Biblia; como en el versículo doce, donde Pablo afirma que esperaba no solo ministrar a la iglesia en su visita, sino también ser ministrado por ella. Ambos debían ser consolados por su *fe mutua*. Esto no contempla una condición de la iglesia en la que el ministro deba gastar su energía combatiendo el error y resolviendo diferencias entre hermanos.

Versículos 16 y 17.

Aquí tenemos el texto de la epístola. El libro entero no es más que una expansión de estos versículos.

En los versículos restantes del capítulo, tenemos una declaración de la justicia de Dios al castigar a los impíos, y de las consecuencias de una separación de Dios. Somos propensos a tener una idea como esta; a saber, que tenemos el mensaje del tercer ángel, que consiste en un sistema de verdad que comprende temas

como la ley, el Sábado, la naturaleza del hombre, el advenimiento, etc., y que a esto le hemos añadido un pequeño evangelio, la idea de la justificación por la fe. Solo hay una doctrina que debemos predicar, y es el evangelio de Cristo. Marcos 16:15, 16. Esta comisión es para nosotros. Los que creen en el evangelio serán salvos. ¿No hay nada más que enseñar además del evangelio?— «Es el poder de Dios para salvación.» (Romanos 1:16). ¿Qué queremos además de la salvación? ¿Qué más podemos pedir?

El evangelio trae justicia. La justicia de Dios es lo que Dios hace; es su camino. Estar en armonía con él es hacer su camino nuestro camino. El evangelio nos revela este camino (Romanos 1:17), y no solo esto, sino que es el poder de Dios para obrar su camino en nosotros. La Biblia es una declaración del camino de Dios, y esto se resume en los diez mandamientos, que son una declaración de su justicia. Isaías 51:6, 7. En Mateo 6:33, Cristo declara que esta justicia es la única cosa necesaria. ¿Por qué?—La justicia es vida, y el hombre que tiene la justicia de Dios tiene todo en este mundo y en el venidero.

Versículo 17.

Aquí tenemos justicia por fe. «El justo por la fe vivirá.» (Romanos 1:17). ¿Nada más? ¿Por fe y obras? «No añadas a sus palabras, no sea que te reprenda y seas hallado mentiroso.» (Proverbios 30:6). Ser justo es ser recto, y un hombre recto hará obras justas. Ese es el fruto de la justicia. ¿Pero cómo hace estas obras?—Por fe. Juan 6:28, 29. «Esta es la obra de Dios, que creáis.» (Juan 6:29). Posiblemente hemos tenido una idea estrecha de lo que es la fe.

«El justo por la fe vivirá.» (Romanos 1:17). Aquí está todo. Nada se puede añadir a la predicación de la justicia de Dios por la fe de Jesucristo. ¿Qué pasa con estas doctrinas, como el Sábado, la inmortalidad, etc.?—Dado que «el reino de Dios y su justicia» (Mateo 6:33) es la única cosa necesaria, y dado que no hay nada sin importancia en la Biblia, todas estas doctrinas son simplemente divisiones, líneas que dependen de esa única cosa —todo resumido en la doctrina de la justicia por la fe. No podemos predicar nada más; porque todo lo que está fuera de esto es pecado.

Versículo 18.

La ira se revela contra aquellos que «detienen (o reprimen) la verdad con injusticia.» (Romanos 1:18). Conecte este versículo con el capítulo 10:3. Dios es un Dios vivo. Su trono es un trono vivo. Existe el agua de vida y el árbol de la vida —todo es vida. Por lo tanto, su justicia es activa, es vida. Algunos hombres, ignorantes de esta justicia, se niegan a someterse a ella y la resisten. Dios castigará a los hombres. ¿Por qué?—Porque se identifican con la injusticia. Están permeados por ella, y cuando esta desaparece —porque el pecado debe ser destruido— los lleva consigo. Significa simplemente que Dios no hace acepción de personas.

Versículos 19 y 20.

¿Es Dios injusto?—No; porque desde la creación sus obras han testificado de él. Muchos no saben que el mundo no pudo crearse a sí mismo, pero «puede ser conocido.» (Romanos 1:19).

Versículos 21-32.

¿Cómo es que los hombres no saben?—Saben tanto. «Profesando ser sabios, se hicieron necios.» (Romanos 1:22). La cosa más irrazonable del universo es la razón humana. Es total necedad para Dios. 1 Corintios 1:19-31.

Pablo dice que aquellos que hacen las cosas descritas en la última parte del capítulo bajo consideración, saben que son dignos de muerte, y no se puede encontrar un pueblo que no lo sepa. El paganismo del que hablaba Pablo, tal como se representaba en Atenas y en otros lugares, no era ignorancia de las cosas de este mundo. Abarcaba a hombres cuyo trabajo en las artes y las ciencias se estudia hoy en día. Un hombre puede saber sin Dios, así como la bestia puede saber; ¿y dónde está la diferencia, salvo en grado? No hay sabiduría aparte de Dios. Esto es lo que Pablo quiere decir cuando dice: «Mirad que nadie os engañe por medio de filosofías . . . según los rudimentos del mundo, y no según Cristo.» (Colosenses 2:8). Así también en 1 Corintios 1:18 y Colosenses 2:3.

Oímos mucho hablar de la «*moralidad natural*»; y de la «*moralidad científica*», —moralidad común a todos los hombres. Esto es lo que Pablo está describiendo. Es paganismo. La idea popular de paganismo es incorrecta. El pagano es el hombre que no conoce a Dios. Puede ser un hombre religioso, pero Dios no es la fuente de su sabiduría. En Marcos 7:22, 23, Cristo describe la fuente de la «*moralidad natural*». Los corazones de todos son iguales; estamos hechos de una sola sangre para habitar sobre la tierra. Los paganos son las personas que hacen las cosas de las que se habla en el primer capítulo de Pablo, dondequiera que vivan. Los hombres que en Estados Unidos o en Inglaterra siguen las inclinaciones del corazón natural (Gálatas 5:19-21) no son mejores que los que hacen las mismas cosas en China.

Compare 2 Timoteo 3:1-7 con la última parte de Romanos 1. Son casi idénticos. Significa que los hombres en los últimos días serán paganos declarados —entregándose a las obras de la carne. Esto ayuda a explicar muchas referencias en el Antiguo Testamento en las que Dios habla de juzgar a los paganos. Significa que todos los que serán destruidos serán paganos. ¿Quiénes son los paganos? Romanos 2:1. «Tú que juzgas haces las mismas cosas.» (Romanos 2:1). ¿Alguna vez hicimos algo de lo que nos avergonzaríamos de hablar? ¿En qué nos diferenciábamos de los paganos? Aquí hay suficiente base para el evangelio. Es una vergüenza hablar de esas cosas que todos hemos hecho en secreto, pero «no me avergüenzo del evangelio de Cristo, porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree.» (Romanos 1:16).

ESTUDIO BÍBLICO

CARTA A LOS ROMANOS. — N.º 2.

POR EL ELDER E. J. WAGGONER.

El primer capítulo de Romanos, después de su introducción, puede resumirse como la condición del hombre sin Dios y cómo llega a esa condición. La causa de esta condición puede expresarse en una palabra: incredulidad.

Junto con la incredulidad va la autoexaltación; con la fe, la humildad. Perdieron a Dios, «porque habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, sino que se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido» (Romanos 1:21). Atribuyeron todo a sí mismos, y a medida que el ego avanzaba, la fe en Dios disminuía, hasta que cayeron en la oscuridad de la idolatría.

Hombres, en la época de Platón, Séneca y Marco Aurelio, enseñaron lo que llamaban ciencia moral; Confucio enseñó preceptos morales. Pero lo que a todos les faltó fue decir a los hombres *cómo hacer* lo que enseñaban que era correcto. Incluso estos hombres que enseñaban ciencia moral y virtud practicaban ellos mismos las cosas que condenaban, y se quedaban muy lejos de hacer lo que establecían como deber moral.

Mientras que esos maestros nos dicen qué hacer, pero no logran darnos el poder para hacerlo, la religión de Jesucristo no solo nos da a conocer lo que es correcto, sino que nos *capacita* para realizar lo que es bueno. Así, cuando Cristo no está entretelado en la enseñanza, el mero esfuerzo por enseñar moral es simplemente la vieja ciencia pagana de la moral, que es inmoralidad.

Todos admiten que el Estado no debe enseñar el cristianismo; pero algunos dicen que debemos enseñar moral sin él. La ciencia moral, al margen de Jesucristo, es inmoralidad; es pecado.

Las obras de la carne están claramente expuestas en la última parte del capítulo uno. Estas se encuentran en cada individuo que no ha sido convertido a

Cristo; denunciarnos a los paganos por hacer estas cosas, pero «no hay acepción de personas para con Dios» (Romanos 2:11), y él condena esas mismas cosas en nosotros y nos muestra que no somos mejores que ellos.

«Por lo cual eres inexcusable, oh hombre, quienquiera que seas tú que juzgas; pues en lo que juzgas a otro, te condenas a ti mismo, porque tú que juzgas haces lo mismo» (Romanos 2:1). Cualquiera que sabe lo suficiente como para condenar los males de los paganos, está condenado él mismo porque hace las mismas cosas.

La primera parte de Romanos 2 puede resumirse en: Dios no hace acepción de personas. Él dará a cada hombre según sus obras. En el juicio, nada se tiene en cuenta excepto las obras de un hombre. «He aquí yo vengo pronto, y mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno según sea su obra» (Apocalipsis 22:12). «Porque el Hijo del Hombre vendrá en la gloria de su Padre con sus ángeles, y entonces recompensará a cada uno conforme a sus obras» (Mateo 16:27).

El carácter de las obras muestra la cantidad de fe en Cristo. Una simple profesión no es suficiente. «¿Y piensas esto, oh hombre, tú que juzgas a los que hacen tales cosas, y haces las mismas, que tú escaparás del juicio de Dios?» (Romanos 2:3). Dios no respeta nuestra persona o profesión. Podemos llamarnos cristianos, pretender haber guardado la ley y sentir lástima por los pobres paganos, pero Dios clasifica a todos juntos, a quienes no tienen buenas obras.

«Porque todos los que sin ley han pecado, sin ley también perecerán; y todos los que bajo la ley han pecado, por la ley serán juzgados» (Romanos 2:12). Esto, junto con los versículos siguientes, muestra que la ley es el estándar por el cual todo hombre en el mundo será juzgado.

Pero ¿qué significa guardar la ley? Es guardar todos sus preceptos; nuestra justicia debe exceder la de los fariseos, que era solo una forma externa. Si odiamos, es asesinato (Mateo 5:22); si tenemos pensamientos impuros, es adulterio (Mateo 5:25); si tenemos un corazón impuro, violamos todo el resto de la ley. Podemos ser extremadamente estrictos en la observancia externa del

sábado y adherirnos estrictamente a las obligaciones externas de todo el resto de la ley, pero un corazón impuro hace que cada acto sea pecaminoso.

«Porque cuando los gentiles que no tienen ley, hacen por naturaleza lo que es de la ley, estos, aunque no tengan ley, son ley para sí mismos» (Romanos 2:14).

Dios, por medio de diversas agencias, ha puesto suficiente luz en el corazón de cada hombre para llevarlo a conocer al Dios verdadero. Incluso la naturaleza misma revela al Dios de la naturaleza. Y si un hombre en el paganismo más oscuro tiene el deseo de conocer al Dios verdadero, él, si es necesario, enviará a un hombre alrededor del mundo para darle la luz de la verdad.

Todo hombre que finalmente se pierda habrá rechazado la luz que, de haberla atesorado, lo habría llevado a Dios.

[Verificado por y del original.]

Para descargar el material fuente original [HAGA CLIC AQUÍ](#).

ESTUDIO BÍBLICO.

CARTA A LOS ROMANOS. — N.º 3.

POR EL ELDER E. J. WAGGONER.

En nuestro estudio de los capítulos primero y segundo hemos hallado que el conocimiento sin Dios es necedad e inmoralidad, y que una profesión elevada, o, como lo expresa Pablo, la circuncisión de la carne de nada aprovecha, cuando aquello que ese signo fue dado para indicar —la justicia de Dios por la fe, la circuncisión del corazón— no está presente.

Romanos 3:1-4. «¿Qué ventaja tiene, pues, el judío? Principalmente, porque a ellos les han sido confiados los oráculos de Dios.» Abraham fue sacado de en medio del paganismo, de fe en fe, y sus descendientes fueron amados por causa de su padre. A ellos Dios les confió su verdad. No lograron comprender cuál era el provecho de ser judío y descansaron confiados, en su elevada profesión, con el pensamiento de que Dios debía estimarlos más que a cualquier otro pueblo. Dios les había dado la luz para que la llevaran a otros. Pero llenos de orgullo no hicieron la obra, y Dios los soportó generación tras generación.

Durante el cautiverio, reveló a Daniel que aún esperaría 490 años más para que su pueblo llevara la luz al mundo. La tarea de llevar el evangelio a los gentiles era una obra que Dios, a lo largo de los siglos, había estado procurando que los judíos realizaran, pero ellos se negaron. Sin embargo, Dios se preocupó por los gentiles, y "no se dejó a sí mismo sin testimonio". ¿No vemos entre nosotros, como pueblo, una tendencia a jactarnos de la luz que tenemos y a sentir que el Señor debe tener una consideración especial por nosotros como pueblo? Pero nos ha dado la luz únicamente para que la llevemos a otros. Si nos jactamos de la luz, pero no la llevamos a otros, Dios soportará con nosotros por mucho tiempo, pero finalmente alguien más tomará nuestro lugar y hará la obra.

Dios ha jurado a Abraham, y sus promesas se cumplirán, aunque los hombres no crean. Versículos 3 y 4. Si no se encuentra a nadie con la fe de Abraham, Dios

es capaz de levantarle hijos de las piedras. Dios mismo está siendo juzgado ante el universo, y Satanás y los hombres malvados siempre lo han acusado de ser injusto y arbitrario; pero en el juicio todo el universo dirá: "Justos y verdaderos son tus caminos, Rey de los santos".

Versículos 9-18. Todos están en pecado. No hay dos caminos de salvación. "El camino de la paz no lo han conocido." Aquí está la piedra de toque, que muestra la diferencia entre el verdadero judío y el gentil. Los hijos de la fe tendrán esta paz —la paz que Cristo tuvo— continuamente con ellos.

Versículo 19. "Bajo la ley" es una mala traducción. Significa *en* la ley, o dentro de su jurisdicción. Por esta ley, todo el mundo se hace culpable; ningún hombre tiene ventaja sobre otro a la vista de la ley.

Versículo 20. Algunas personas sienten aprensión de que al enfatizar textos como este se desacredite la ley. Pero a Dios, que escribió el texto, se le puede dejar el cuidado del honor de su propia ley. Es para el eterno crédito de la ley que no pueda justificar al transgresor. La ley requiere en el hombre la justicia perfecta manifestada en la vida de Cristo. Ningún hombre vivió jamás como vivió Cristo; todos son culpables. La perfección y majestad de la ley lleva a los pecadores a exclamar: "¿Qué haremos?"

A veces se cree que si Cristo tan solo borrara el registro del pasado, el individuo podría entonces arreglárselas muy bien. Ese fue el problema con los judíos. Romanos 10:2, 3. No hay un hombre en la tierra que por sí mismo pueda realizar una acción tan pura y libre de egoísmo como si Cristo la hubiera hecho. "Todo lo que no procede de fe, es pecado." Un sermón no predicado por fe es un pecado del que hay que arrepentirse. Mucha obra misionera que hemos hecho todos, es para arrepentirse.

Nunca hubo un hombre mejor que Pablo, como hombre. Si algún hombre fuera de Cristo alguna vez hizo una buena obra, Pablo la hizo. Sin embargo, tuvo que contar todo lo que tenía como pérdida, para poder ganar a Cristo. (Fil. 3:4-8). El salmista dice que Dios no retiene cosa buena de los que andan en integridad.

Si Pablo, antes de encontrar a Cristo, hubiera tenido algo bueno en su naturaleza, podría haber llevado estas cosas consigo. Pero lo contó todo como pérdida.

Versículo 21. La ley dará testimonio en el juicio de la justicia que el pecador recibe sin la ley, testificando de su perfección. Solo que, en lugar de obtener la justicia de nosotros mismos, donde no hay ninguna, vamos a la fuente.

Versículo 22. Todos los hombres están en el mismo nivel. Estaremos agradecidos de que Dios esté dispuesto a salvarnos como salva a otros. El plan de salvación es de dar y recibir; dar por parte de Dios y recibir por parte del hombre. El orgullo del corazón se resiente de esta dependencia de Dios; pero somos pensionistas, mendigos, miserables, y pobres, y desnudos. Lo único que nos queda por hacer es comprar las vestiduras blancas. Esto se ofrece sin dinero y sin precio.

El profeta se regocijó en el Señor, porque Dios lo había vestido con ropas de salvación y lo había cubierto con el manto de justicia. No debemos ponernos el manto nosotros mismos. Confiemos en que Dios lo haga. Cuando el Señor lo pone, no es meramente como una vestidura externa; sino que lo introduce a través del hombre, de modo que este es *todo* justicia.

A veces escuchamos a la gente hablar como si nosotros mismos debiéramos ponernos una vestidura bastante presentable antes de poder pedir las vestiduras blancas. Pero es la misma necesidad e impotencia del mendigo lo que lo recomienda a la caridad.

"Todos han pecado y están destituidos de la gloria de Dios." Todos los hombres se encuentran en el mismo nivel, y la oferta de misericordia es para todo aquel que quiera venir y participar libremente del agua de la vida. Somos "justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús." Versículo 24.

[Verificado por y del original.]

Para descargar el material original [HAGA CLIC AQUÍ](#).

ESTUDIO BÍBLICO.

CARTA A LOS ROMANOS. — N.º 4.

POR EL ÉLDER E. J. WAGGONER.

La base de la lección de esta noche es la segunda mitad del capítulo tercero de Romanos, comenzando con el versículo 19. «Sabemos que todo lo que la ley dice, lo dice a los que están bajo la ley, para que toda boca se cierre y todo el mundo quede bajo el juicio de Dios» (Romanos 3:19).

Los versículos 21-23 contienen de forma condensada todo lo que se trata en los versículos restantes del capítulo. El resto del capítulo es una amplificación de lo que ha precedido. En este capítulo también ocurre el clímax del pensamiento de la epístola. En la primera parte de este capítulo se enfatiza el hecho de que Dios no hace distinción de personas; solo las obras se tienen en cuenta en el juicio. Pero si bien es cierto que un árbol se conoce por sus frutos, también es cierto que no está dentro de la provincia de los hombres juzgar esos frutos. Solo Dios es juez. Él mira el corazón mientras que el hombre solo puede juzgar por las apariencias; por lo tanto, aunque las obras de los hombres puedan parecer buenas a sus semejantes, para Dios, que ve lo que el hombre no puede ver, se sabe que son corruptas.

De nuevo: *el justo vivirá por fe*. ¿Cuánto de la vida de un hombre debe ser justo? —Todo, cada momento; porque *el justo vivirá por fe*. Pero por las obras de la ley ningún acto será justo. Este es un dicho difícil, pero que debe creerse, porque es lo que dice la Biblia.

Ninguna obra que podamos hacer puede ser justa solo por la ley. Solo por la fe puede un hombre o cualquier acto suyo ser justo. La ley juzga a un hombre por sus obras, y la ley es tan inconcebiblemente grande que ningún acto humano puede elevarse a su altura. Por lo tanto, debe haber un Mediador a través de quien venga la justificación. Y esa justificación pertenece propiamente a aquel a quien se le concede por razón de su fe.

El corazón no renovado es desesperadamente perverso. Solo el mal puede salir de un corazón malvado. Para producir buenas obras, debe haber un buen corazón, y solo un hombre bueno puede tener un buen corazón. Pero, como todos han pecado y no han alcanzado la gloria, por lo tanto, todas las obras de la humanidad están viciadas.

La ley misma es el estándar de la justicia perfecta, pero *Cristo es la verdad, el camino y la vida*. En Cristo está la justicia perfecta de la ley, y la gracia para otorgar el don de su justicia por medio de la fe. Y de esto los mismos profetas son testigos, porque predicaron la justificación por Cristo, mediante la fe.

Cuando un hombre busca justificarse por sus obras, solo acumula imperfección sobre imperfección, hasta que, como Pablo, las considera todas como pérdida, sabiendo que no hay justicia sino la que es de Cristo por la fe.

Solo hay una cosa en este mundo que un hombre necesita, y esa es la justificación —y la justificación es un hecho, no una teoría. Es el evangelio. Aquello que no conduce a la justicia, no sirve de nada, y no es digno de ser predicado. La justicia solo se puede alcanzar por medio de la fe; consecuentemente, todas las cosas dignas de ser predicadas deben tender a la justificación por la fe.

«Por cuanto todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios» (Romanos 3:23). Se entiende bien que ningún acto nuestro puede rectificar lo que ya pasó, pero es igualmente cierto que no podemos ser justificados en ningún acto presente, de la misma manera que no podemos perfeccionar el pasado. Necesitamos la justicia de Cristo para justificar el presente tanto como para perfeccionar las obras imperfectas del pasado.

En el caso del publicano y el fariseo, el que no confió en sus propias obras regresó a su casa justificado, pero el que deseó asumir la justicia en sí mismo fracasó en la justificación. Todo el que la pida puede tenerla, pero cada uno debe llegar al nivel de todos los demás pecadores, y allí recibirla con el resto, diciendo: «Dios, sé propicio a mí, pecador» (Lucas 18:13).

«Siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús» (Romanos 3:24). ¿Qué es «redención»? Es volver a comprar. La justicia es un don infinito, y comprada con un precio infinito. Es un don gratuito para nosotros, pero se ha pagado por ella. La sangre de Cristo la ha pagado. Se nos exhorta a considerar su grandeza para que sepamos que, aunque lo que se ha de hacer está más allá de nuestra comprensión, el poder que lo ha de lograr también está más allá de nuestro conocimiento.

«Para declarar su justicia» (Romanos 3:25-26) para la remisión de nuestros pecados. Es él quien quita nuestros pecados, y si nos entregamos a él, serán remitidos por completo. Cristo no concede indulgencias, pero su justicia remite los pecados pasados, mantiene el corazón libre de pecado en el presente, mientras su justicia llene ese corazón.

La fe es el principio de toda sabiduría; yace en la base de todo conocimiento. El niño nunca aprendería nada si no creyera lo que se le dice. Ahora bien, siendo esto así en las cosas físicas, ¿por qué no podemos ser tan razonables en las cosas espirituales?

La redención viene por el poder creador de Cristo, y por eso me encanta pensar que él es el Creador de todas las cosas, porque el que creó los mundos de la nada, y el que sustenta todas las cosas con la palabra de su poder, puede con esa misma palabra crear en mí un corazón limpio y preservar lo que ha creado. Suyo es todo poder, y también toda gloria.

Dios es quien obra en vosotros el querer como el hacer, por su buena voluntad.

«¿Luego invalidamos la ley por la fe? ¡En ninguna manera! Más bien, confirmamos la ley» (Romanos 3:31).

[Verificado por y del original.]

Para descargar el material fuente original [HAGA CLIC AQUÍ](#).

ESTUDIO BÍBLICO.

CARTA A LOS ROMANOS. — N.º 5.

POR EL ELDER E. J. WAGGONER.

Los principios establecidos en lecciones anteriores nos hacen preguntarnos cómo alguien podría suponer que la doctrina de la justificación por la fe va a *rebajar* la ley de Dios. La justificación lleva la ley en su propia esencia. El único peligro radica en no comprenderla. Establece la ley en el corazón. La justificación es la ley encarnada en Cristo, puesta en el hombre, de modo que se encarna en el hombre.

El tercer capítulo presenta el principio de la justificación por la fe. En el cuarto capítulo, el principio se ilustra con el caso de Abraham. En la medida en que Abraham tuvo alguna justicia, pudo gloriarse en ella; pero, como hecho real, no tenía nada de qué gloriarse. Fue justificado *solo por la fe*. (Romanos 4:1-3). Si un hombre pudiera hacer una obra que mereciera la aprobación del Cielo, podría jactarse hasta ese punto. Pero ninguna carne podrá gloriarse en la presencia de Dios. (1 Corintios 1:27-29; Jeremías 9:23, 24).

Si un hombre puede obrar justicia, entonces, cuando Dios da la recompensa de la justicia, el hombre simplemente recibe lo que ha ganado. Pero la vida eterna es el «don de Dios». La vida eterna es la recompensa de la justicia y, dado que es un don de Dios, solo puede serlo porque la justicia es un don de Dios. (Versículo 4).

La fe de Abraham le fue contada por justicia (Versículo 5). El perdón de los pecados no es simplemente una transacción contable, un borrado de cuentas pasadas. Tiene una relación vital con el hombre mismo. No es una obra temporal. Cristo da su justicia, quita el pecado y deja su justicia allí, y eso produce un cambio radical en el hombre.

Ningún hombre puede hacer obras que se sostengan en el juicio ni por un momento. Que sea un cristiano profeso o un ateo no marca ninguna diferencia en

este punto. No hay creyente en Cristo que se atreva a presentarse ante el juicio con las obras de cualquier día, exigiendo un equivalente y arriesgando su caso en base a sus obras. (Versículos 6-8) describen la bienaventuranza del hombre a quien Dios *imputa* justicia sin obras. Bienaventurado el hombre a quien el Señor, cuando obra en la causa de Dios, no le imputará pecado en esa obra.

Primero, la justicia le fue imputada a Abraham porque creyó, y luego recibió la señal de la circuncisión, como sello de la justicia de la fe que ya tenía. (Versículos 9-11). Aquellos que hacen una profesión elevada no deben *quedarse en la profesión*, sino caminar en los pasos de la fe que tuvo Abraham. (Versículo 12). Existe la idea de que en la era judía Dios sí hizo una distinción entre los pueblos. Pero Dios nunca ha sido ni puede ser *acceptor de personas*. Fue la intolerancia y la autojusticia de los judíos lo que les llevó a mantenerse *apartados de los gentiles*. Estaban llamados a ser la luz del mundo, a ser la sal de la tierra. Se negaron a hacer la obra y se volvieron como sal sin sabor, necesitando ellos mismos ser salados. La sal debe *impregnar* la masa que ha de preservar. El mismo principio se aplica *hoy*.

La promesa a Abraham fue una, aunque se repitió varias veces. Fue que en él serían benditas todas las naciones del mundo, que él sería heredero del mundo. (Versículo 13; Génesis 12:1-3). El evangelio presenta una herencia. Trae salvación de la muerte; trae vida; y el hecho de que se dé vida implica un lugar para vivir. Así, podemos decir, abarcando todo lo que el evangelio trae, que da a los hombres una *herencia eterna*. La doctrina de la herencia de los santos es la doctrina de la justificación por la fe; y si no predicamos la justificación por la fe al predicar la herencia de los santos, no estamos predicando el evangelio. La herencia prometida es la misma que la prometida a los padres (2 Pedro 3:4; Hechos 7:5), y esto no se relaciona con este mundo actual.

Esta herencia no es por medio de la ley, sino por medio de la justicia de la fe. Pero será solo para aquellos que son justos, es decir, conformes a la ley. Sin embargo, «si los que son de la ley son herederos, vana es la fe y anulada la promesa» (Versículo 14).

No solo no podemos conseguir la herencia por nosotros mismos, sino que, en la medida en que lo *intentamos*, nos alejamos más de ella; «porque la ley produce ira» (Versículo 15). Si la herencia es por obras, no es por promesa. Sin embargo, es solo para los justos, y la justicia es obediencia a la ley. En otras palabras, tenemos una obediencia perfecta a la ley que no surge de la obediencia. (Romanos 3:21). Esto es una *paradoja*.

Todo el evangelio es contrario a la razón humana; está infinitamente por encima de la razón. Sin embargo, es *razonable* con Dios. Cristo ha prometido la herencia, y sus promesas son sí y amén. Él dará no solo la herencia, sino la justicia que debe merecer la herencia. Y así, la vida, la justicia y la herencia son todos dones de Dios.

REVIEW AND HERALD EXTRA.

DAILY BULLETIN

—DE LA—

GENERAL CONFERENCE.

VOL. 4. BATTLE CREEK, MICH., VIERNES, 13 DE MARZO DE 1891. N.º 7.

ESTUDIO BÍBLICO.

CARTA A LOS ROMANOS. — N.º 6.

POR EL ELDER E. J. WAGGONER.

En el cuarto capítulo del libro de Romanos tenemos la fe en forma concreta. La narración de las vidas de Abraham y Sarai en conexión con el nacimiento de Isaac, provee un ejemplo práctico de justificación por la fe.

Abraham no fue justificado por obras; sino que creyó a Dios, y *le fue contado por justicia*. Abraham recibió el sello de la circuncisión. ¿Por qué? ¿Para hacerle creer? No, sino porque ya había creído. Era un sello de la justicia que él tenía por haber creído. La promesa a Abraham y a su descendencia fue que él sería heredero del mundo. Esta herencia prometida sería para una «posesión perpetua» (Gén. 17:8). Por lo tanto, fue un pacto de justicia, sellado con un sello de justicia, y la herencia sería una herencia justa, que nadie sino los justos pueden obtener (2 Ped. 3:13).

La promesa a Abraham dependía de una cosa: de que tuviera un hijo. Veinticinco años transcurrieron desde que se hizo la promesa hasta que se cumplió. *No dudó, por incredulidad, de la promesa de Dios Abraham, pero Sarai sí, y escuchó Abraham la voz de Sarai*. Ella se propuso ayudar al Señor a llevar a cabo Su plan. Pero Agar era una esclava, y su hijo no podía ser sino un esclavo, nacido según la carne.

La descendencia prometida a Abraham serían hombres libres, no esclavos, por lo tanto, nada se ganó con este plan de Sarai. Llegó el momento en que Sarai se dio cuenta de que lo único que tenía que hacer era creer que Dios era capaz de cumplir su promesa sin su ayuda. Entonces, *por la fe ella recibió fuerza para concebir simiente*. El nacimiento de Isaac fue un milagro. Desde un punto de vista humano era absolutamente imposible para Abraham y Sarai ser padres de un hijo. Ella concibió por el poder de Dios.

Abraham y Sarai no hicieron nada para obtener la promesa, excepto creer; y sin embargo, el hijo de la promesa fue su propio hijo. Así también con los cristianos. Nada se puede hacer para obtener la justicia de Cristo, salvo solo creer las promesas. Es incorrecto esforzarse por asegurar la justicia de Cristo. Se nos dice que creamos las promesas. Dios ha prometido hacernos justos, y la única manera de obtener esa justicia es creer que Dios es capaz de imputarla.

Cuando los hombres se contentan con creer a Dios y se someten a Él, hay poder en Sus promesas para obrar la justicia en ellos, sin ningún poder propio. ¿Cómo son los hombres hechos justos, o partícipes de la naturaleza divina? — *Por medio de las cuales nos ha dado preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina.* El poder reside en la promesa de Dios. ¿Cómo podemos hacer que las promesas sean efectivas para nosotros? — *Creyéndolas. Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda iniquidad.* Confiesa tus pecados, cree que Dios los perdona como ha prometido; y la promesa es tuya, tus pecados son perdonados.

Las promesas de Dios pueden compararse con *pagarés*. ¿Cuántos pueden tener estos pagarés? *Cualquiera que quiera.* Son válidos por una cierta cantidad de bendición. Esa cantidad nunca puede ser retirada en su totalidad, porque Dios es capaz de *hacer mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos.* Los hombres llevan un pagaré al banco y obtienen el oro por él. Los cristianos llevan las promesas de Dios a Él y las cobran por una bendición.

¿Cómo puede Dios darnos justicia, siendo tan pecadores? No podemos entender cómo, ni necesitamos preguntar. Es un milagro tan grande para Dios hacer justo a un hombre injusto, como lo fue para Él crear el mundo. Si un hombre llama a algo que no es, como si lo fuera, dice una falsedad; pero cuando Dios llama a algo que no es, como si lo fuera, el mero hecho de que Él lo llame lo hace ser así. Dios no solo hace nuestros corazones justos, cuando no hay justicia en ellos, sino que hace más que eso, hace nuestros corazones justos, cuando no hay nada allí sino injusticia.

Un hombre es tan infiel el que no cree que Dios puede infundir justicia en su corazón como el hombre que, por la teoría de la evolución, elimina el registro mosaico de la creación. No se puede poner límite al poder de Dios. Si hubiera una montaña enorme que se opusiera al poder de Dios, Él podría tomar la nada y romper esa montaña en pedazos.

Nosotros, hermanos, como Isaac, somos hijos de la promesa. Llegamos a ser hijos de Dios de la misma manera que nació Isaac, —creyendo, como creyeron Abraham y Sarai. La promesa es para aquel *que no obra, sino que cree en aquel que justifica al impío.*

Mucho estaba implícito en la disposición de Abraham de sacrificar a su hijo Isaac. Por medio de ningún otro hijo podía venir la promesa de la herencia. Cristo no podía venir al mundo excepto a través de Isaac. Si se eliminaba a Isaac, ¿qué esperanza de un Salvador? Ninguna; Abraham, a todas luces, habría cortado toda esperanza de su propia salvación.

Maravillosa es la fe aquí exhibida. Abraham creyó que Dios podía resucitar a Isaac, y sin embargo, aquel mismo (Cristo) por cuyo poder él creía que Isaac sería resucitado, no había venido, y no podía venir excepto a través de Isaac. No obstante, Dios había prometido, y Abraham creyó, aunque se le pedía hacer precisamente aquello que, a la vista humana, cortaría toda esperanza de que la promesa se cumpliera.

La promesa misma era inmutable, y esa promesa inmutable fue confirmada por un juramento inmutable. Por lo tanto, Dios está obligado a cumplir sus promesas a todos los que las reclaman. El propio trono y la existencia de Dios están comprometidos con esto, y no hacerlo sería para Dios negarse a Sí mismo.

Pronto, Dios vendrá y dirá: *Juntadme mis santos, los que conmigo han hecho pacto con sacrificio.* Cristo es el sacrificio al que aquí se hace referencia. Es a través de Él que venimos. Él es la garantía del pacto.

[Verificado por y del original.]

Para descargar el material original [HAGA CLIC AQUÍ.](#)

ESTUDIO BÍBLICO

CARTA A LOS ROMANOS — N.º 7.

POR EL ELDER E. J. WAGGONER.

El capítulo cinco contiene una enumeración parcial de las bendiciones que son fruto de una fe como la que se describe en el capítulo cuatro. Muestra el desarrollo cristiano en la vida de cualquiera que tenga la fe de Abraham. Dos palabras forman la clave del capítulo: *MUCHO MÁS*. Si usted tiene la gloria, la paciencia o la experiencia cristiana de la que se habla en este, o en cualquier otro capítulo, sepa que Dios las tiene reservadas y está dispuesto a dar *mucho más*, porque «es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos» (Efesios 3:20).

«Justificados, pues, por la fe» —es decir, conformados a la ley por la fe—, «tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo» (Romanos 5:1). La única manera en que el hombre puede ser hecho conforme a la ley y vivir libre de condenación es teniendo fe en las promesas de Dios. En Cristo no hay injusticia; por lo tanto, no hay nada sino justicia. Al creer en Cristo, el cristiano tiene la justicia de Cristo.

Pero, ¿acaso no dice Santiago que debe haber obras, o la fe no sirve de nada? Es cierto que «la fe es hecha perfecta por las obras» (Sant. 2:22). Pero es por fe y solo por fe que los hombres son justificados. El mismo texto que habla de que Abraham fue justificado por la fe, afirma que las obras fueron solo el *fruto* de una fe subyacente, y que por esta obra se cumplió la Escritura que dice: «Abraham creyó a Dios, y le fue contado por justicia» (Sant. 2:23). Las obras son el fruto de la fe. «Dios es el que en vosotros obra, así el querer como el hacer, por su buena voluntad» (Filipenses 2:13). Nos entregamos en las manos de Cristo. Él viene y establece Su morada con nosotros. Somos como arcilla en manos del alfarero; pero es Cristo quien hace todas las buenas obras, y a Él pertenece toda la gloria.

Tenemos paz para con Dios. ¿Qué es la paz? No es un sentimiento, sino un hecho. Muchos piensan que deben experimentar un «cierto sentimiento» que ellos reconocerán como la «paz de Dios». Pero nunca han tenido la paz de Dios y, por lo tanto, no pueden saber qué tipo de sentimiento debería ser. Satanás podría dar un cierto sentimiento de felicidad, y si el cristiano solo se guiara por el sentimiento, sería engañado. El Señor no trata con sentimientos, sino con hechos. La paz es lo opuesto a la guerra, la contienda y la emulación. O estamos en paz con Dios o estamos en guerra. Si estamos en guerra, es porque estamos llevando a cabo una rebelión.

¿Cómo luchan los hombres contra Dios? Siguiendo prácticas pecaminosas. Cualquiera que se complazca a sabiendas en una práctica pecaminosa está en guerra contra Dios. Dios es un Dios de paz. Cristo dejó su paz con sus seguidores. «La paz de Dios gobierne en vuestros corazones» (Colosenses 3:15). Entre Dios y su amado Hijo en el cielo hay un «consejo de paz». Ellos aconsejan para la paz del hombre. Solo hay una condición bajo la cual el hombre puede tener esa paz: la rendición incondicional, entregarlo todo a Dios, y entonces habrá paz en el corazón, sin importar cuál sea el sentimiento.

*«Mucha paz tienen los que aman tu ley, y no hay para ellos tropiezo» (Sal. 119:165). «¡Oh, si hubieras atendido a mis mandamientos! Fuera entonces tu paz como un río, y tu justicia como las ondas del mar» (Isaías 48:18). ¡Qué rico consuelo en estas palabras! Jesucristo es «el mismo ayer, y hoy, y por los siglos» (Hebreos 13:8). Así, su paz se compara con el fluir continuo del río y el incesante rodar de la ola del océano; por lo tanto, no importa cuál sea el sentimiento, porque si todos los pecados han sido confesados, Dios es fiel y justo para perdonarlos; y estamos en paz con Él. La condición de la paz es la condición de ser *justificado por fe*.*

«Por quien [Cristo] también tenemos entrada por la fe a esta gracia [perdón y favor inmerecidos] en la cual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios» (Romanos 5:2). La justicia puede ser obrada en los hombres día a día por el mismo poder por el cual Isaac nació de padres que estaban prácticamente muertos. Una vez que las personas obtienen esta experiencia, lo

siguiente que se verán obligadas a hacer es regocijarse en la esperanza de la venida del Señor.

¿Con qué frecuencia esperamos la venida del Señor con temor? Si no nos regocijamos en el Señor en la vida presente, no tenemos esperanza de regocijarnos en Él en la vida venidera. ¿Por qué deberían los cristianos «regocijarse en la esperanza de la gloria de Dios» (Romanos 5:2)? Porque están en paz con Él. A los adventistas del séptimo día se les manda: «Cuando estas cosas comiencen a suceder, erguíos y levantad vuestra cabeza, porque vuestra redención está cerca» (Lucas 21:28). Le alabamos porque viene pronto; es una de las seguridades más gloriosas y alentadoras que tenemos.

Vivimos en el presente, no en el futuro. Lea 1 Ped. 1:5-9. La salvación nos pertenece hoy tanto como nos pertenecerá cuando estemos en el reino de Dios. Nadie sino nosotros mismos puede privarnos de ella. Dice Pedro: «obteniendo [tiempo presente] el fin de vuestra fe, que es la salvación de vuestras almas» (1 Ped. 1:9). Nuestra salvación presente es nuestra única esperanza de una salvación futura. «Guardados por el poder de Dios» (1 Ped. 1:5) es la expresión usada por Pedro, y denota precisamente la misma condición —«siendo justificados por fe» (Romanos 5:1)— en el capítulo cinco de Romanos.

El mismo poder que hará inmortales a los hombres en la vida venidera, los justifica —haciéndolos conformes a la ley— al estar en armonía con ella, todos los días. Dice Pablo en la carta a los Filipenses, capítulo tres, y versículo veintiuno: «el cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya, por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas» (Filipenses 3:21).

En Ef. 3:16, Pablo en una oración inspirada ora para que sean fortalecidos con poder por su Espíritu en el hombre interior, según «las riquezas de su gloria» (Ef. 3:16). La gracia de Dios es igual a la gloria de Dios. El trono de Dios es un trono de gloria, y la gracia en la que estamos firmes está respaldada por la gloria de Dios.

«También nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia» (Romanos 5:3). Algunos dicen que la tribulación produce impaciencia. Esto no es cierto. Si un hombre no es justificado por fe, la tribulación desarrollará la impaciencia que hay en él. ¿Cómo es, entonces, que la tribulación produce paciencia? Que respondan estos textos: «echando toda vuestra ansiedad sobre él, porque él tiene cuidado de vosotros» (1 Ped. 5:7). «Echa sobre Jehová tu carga, y él te sustentará» (Sal. 55:22). «Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar» (Mat. 11:28).

Él quita las cargas pesadas. ¿Qué es esa carga? Cualquier cosa que nos preocupe o nos aflija. No importa si es algo pequeño —una pequeña prueba— o una grande. Échela sobre el Señor. Nos regocijamos en la tribulación porque tenemos a Cristo con nosotros, y echamos toda la carga sobre Él. Él es capaz de soportarlas. Ya las ha soportado por todo el mundo, así que no podemos añadir a su carga.

¿Cómo nos deshacemos de las cargas? Dándoselas a Cristo, y luego decir: «*Él las tiene*». Y Él las tiene, sienta usted algo diferente o no. Entonces experimentará la verdad de las palabras: «yo os haré descansar» (Mat. 11:28). Es descanso aunque el dolor físico todavía atormente el cuerpo. Porque Cristo soporta esa tribulación, y usted es elevado por encima de todo dolor.

¿Cómo fueron los mártires al potro de tortura y a la hoguera con cánticos de gozo en sus labios? ¿Fue una mera bravuconería? No, Cristo llevó su carga, y en Él tuvieron paz. De un corazón lleno cantaron su alabanza a Él. Así estaban felices y gozosos, y apenas notaron el dolor mientras las llamas los envolvían. Tendremos que «pasar por gran tribulación» (Apocalipsis 7:14). Puede ser el látigo sobre la carne desnuda, o puede ser el tornillo de pulgar. La naturaleza humana se encoge ante tal tortura. En Cristo podemos soportarlo. Obtenga una experiencia en Él ahora, y en el tiempo de prueba no le abandonará. Él puede soportar esa gran carga tan bien como una pequeña.

Cristo será nuestro entonces, como lo es ahora, y la vida que vivamos será en Él. Ningún hombre en este mundo podrá permanecer en ese tiempo a menos que

haya aprendido previamente la lección de la fe. Ahora es el momento, mientras la lección puede aprenderse bajo circunstancias fáciles. Por grande que sea la tribulación de ese tiempo, la atravesaremos con gozo. Ese gozo debe aprenderse ahora.

«Mas tenga la paciencia su obra completa, para que seáis perfectos y cabales, sin que os falte cosa alguna» (Sant. 1:4). La paciencia nos muestra como hombres perfectos.

«La paciencia produce experiencia» (Romanos 5:4). Se refiere a una experiencia cristiana. La «*experiencia*» significa que los hombres que la tienen, han sido probados y examinados. Se han aferrado a Dios y lo han probado.

La experiencia, o el hecho de que probamos a Dios diariamente, desarrolla esperanza —esperanza en Dios. Si Dios es probado cada día, entonces cada día hay esperanza. Es decir, tenemos razón para esperar las cosas que deseamos. Tenemos salvación presente, por lo tanto, nos gloriamos en la esperanza de una salvación eterna. Este es, de hecho, un capítulo de esperanza y regocijo.

[Verificado por y del original.]

Para descargar el material fuente original [HAGA CLIC AQUÍ](#).

REVIEW AND HERALD EXTRA.

ESTUDIO BÍBLICO

CARTA A LOS ROMANOS. — N.º 8.

POR EL ÉLDER E. J. WAGGONER.

Solo un motivo debe impulsar las mentes de quienes estudian la palabra de Dios, y es que por este estudio puedan acercarse más a Dios. Dios no hace acepción de personas. Él dará su Espíritu Santo a cualquiera y a todos los que lo pidan. Está tan dispuesto a hacer claras las verdades de la Biblia para uno como para otro. Paz y luz pueden entrar en sus corazones por lo que se dice desde el púlpito; pero si no conocen la palabra por sí mismos, esa paz y luz no permanecerán con ustedes. El Espíritu Santo habló las palabras de la Biblia; y solo con la ayuda del Espíritu Santo puede entenderse. Cualquier persona que se someta al Espíritu Santo, puede entender la Biblia por sí misma.

Solo hay una verdadera ayuda para la Biblia: el Espíritu de Dios. Si obtienen sus ideas sobre Cristo y su obra de los escritos de otros hombres, lo obtienen de segunda mano en el mejor de los casos. Obtengan su luz directamente de la Biblia. Aprendan la Biblia de la Biblia misma. Cuando nuestras mentes son iluminadas por el Espíritu Santo, aunque la palabra parecerá sencilla, al mismo tiempo tendrá alturas y profundidades que nos llenarán de asombro. Toda la eternidad se pasará estudiando el plan de salvación y cuanto más estudiemos, más encontraremos para estudiar.

Anoche nuestro estudio nos llevó al final del quinto versículo del capítulo quinto. Comenzaremos esta noche en el sexto.

«Porque cuando aún éramos sin fuerza, a su debido tiempo Cristo murió por los impíos.» Fíjense en las palabras *sin fuerza*. Hubo un tiempo fijado en la historia del mundo cuando Cristo fue ofrecido en la cruz del Calvario. Pero ese no fue el único momento en que Cristo fue provechoso para los impíos. ¿Quiénes son los impíos? Son aquellos que están *sin fuerza*. La familia humana ha estado sin fuerza desde la caída, y hoy están sin fuerza. Cuando los hombres se encuentran

sin fuerza, Cristo debe ser levantado, y él dice que atraerá a todos los hombres a sí mismo. Así que podemos mirar a Jesús como un Salvador crucificado y resucitado hoy, tanto como podían los discípulos.

A veces pensamos que nosotros miramos hacia atrás a Cristo, y que los patriarcas y profetas miraron hacia adelante a Él. ¿Es así? Nosotros miramos a Cristo y ellos también lo hicieron. Nosotros miramos a Cristo, un Redentor amoroso a nuestro lado, y ellos también lo hicieron. Dijo Moisés a los hijos de Israel: «No está en el cielo, para que digas: ¿Quién subirá por nosotros al cielo, y nos lo traerá, para que lo oigamos y lo cumplamos? . . . Sino que la palabra está muy cerca de ti, en tu boca y en tu corazón, para que la cumplas.» La Palabra, que era Cristo el Redentor, estaba cerca de ellos; y él está cerca de nosotros.

Todos ellos bebieron de aquella Roca espiritual que los seguía, y aquella Roca era Cristo. Los israelitas no necesitaban mirar hacia el futuro para ver a Cristo. Él estaba cerca de ellos. Él fue el Cordero inmolado desde la fundación del mundo. Él es y siempre ha sido un Salvador presente para todos los que así lo hicieron. Fue un Salvador presente para Abel. «Por la fe Abel ofreció a Dios más excelente sacrificio que Caín.» *¿Por la fe* en qué? —En el Hijo de Dios, porque no había nadie más en quien tener fe. Así fue que Enoc caminó con Cristo por la fe. Él no miró más allá a algún tiempo futuro en busca de la ayuda del Redentor. Cristo fue para él un Salvador presente, y caminaron juntos.

Así, en cada era del mundo, cuando los hombres se han sentido *sin fuerza*, entonces Cristo ha sido un Salvador para ellos. Fíjense cuán claras son las palabras: «Cuando aún éramos sin fuerza, a su debido tiempo Cristo murió por los impíos.» Abel estaba sin fuerza, y Cristo murió por él. Enoc estaba sin fuerza, y Cristo murió por él. Abraham y Sara estaban sin fuerza, y Cristo murió por ellos. Su muerte fue una realidad para todos ellos. ¡Cuán extraordinariamente poderoso fue Cristo para Abraham! Ese Cristo, el Mesías aún no venido y que había de venir a través de Abraham, ese mismo Mesías fue tan poderoso que la fe en él produjo el hijo para Abraham y Sara, para que él pudiera venir a través de ese hijo. En cada período de la historia de la tierra, Cristo ha sido un Salvador presente para aquellos que estaban *sin fuerza*.

«Porque apenas morirá alguno por un justo; con todo, pudiera ser que alguno osara morir por el bueno.» La palabra en el original que significa «justo», es una palabra diferente de la que se traduce «bueno». La palabra justo aquí significa un hombre que es estrictamente honesto y recto, pero que no tiene nada peculiarmente amable en él. Apenas por tal persona morirá alguien. Pero por un hombre «bueno», uno que es amable y benévolo, que daría todo lo que tiene para alimentar a los pobres y vestir a los desnudos, por un hombre de esta clase algunos incluso se atreverían a morir. Este es el punto más alto al que llega el amor humano. «Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos.» (Juan 15:13) Pero fíjense en el amor de Dios. «Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros.» Demasiado a menudo medimos a Dios y su amor por nosotros mismos y nuestro amor. El Señor a través de David dijo: «Pensaste que yo era enteramente como tú.» El corazón irregenerado trata como es tratado, y juzga a Dios por sí mismo, pero el amor de Dios es completamente diferente del amor humano; él ama a sus enemigos.

¡Cuán maravilloso e incomparable es el amor de Dios, y en qué gran medida se mostró ese amor por la muerte de su amado Hijo! ¿Qué había hecho el mundo para merecer la bondad de la mano de Dios? Se había unido a los enemigos de Dios; nada más que castigo era merecido. Algunos dicen que no pueden aceptar a Cristo porque no son dignos. Personas que han sido cristianos profesos durante años se privarán de las riquezas de la gracia de Dios porque dicen: «*No soy digno*». Eso es cierto. No son dignos. Ninguno de nosotros es digno. Pero Dios mostró su amor para con nosotros en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros. ¿Por qué murió? —Para hacernos dignos; para hacernos completos en él. El problema con aquellos que dicen que no son dignos, es que no se sienten lo suficientemente indignos. Si se sintieran *sin fuerza*, entonces el poder de Cristo podría serles provechoso. Todo el secreto de la justificación por la fe, y la vida y la paz en Cristo, reside en creer la Biblia. Una cosa es decir que creemos la Biblia, y otra cosa es tomar cada palabra en ella como si nos fuera dicha por la boca de Dios individualmente.

En 1 Timoteo 1:15 Pablo dice: «Esta es palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores.» (1 Timoteo 1:15) Eso es exactamente para lo que vino: para salvar a los pecadores. «Porque el Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido.» ¡Oh, que los hombres se dieran cuenta de que están *sin fuerza*! Cuando alcanzan ese punto, entonces pueden tener la fuerza de Cristo. Esa es la fuerza que vale algo; lo vale todo.

Es algo grande creer que Cristo murió por los impíos. A veces nos sentimos casi desanimados, los cielos parecen de bronce sobre nuestras cabezas, y todo lo que hacemos o decimos parece volver a nosotros como si no valiera nada. Pensamos que nuestras oraciones no ascienden más allá de nuestras cabezas. ¿Qué harán en ese momento? Deben dar gracias a Dios. «*¿Agradecerle por qué? No tengo ninguna bendición; no siento que sea su hijo en absoluto; ¿por qué le daré gracias?*» —Denle gracias porque Cristo murió por los impíos. Si no significa mucho para ustedes la primera vez que repiten las palabras, repítanlas de nuevo. Entonces la luz pronto vendrá. Sienten que son uno de los impíos; entonces la promesa es suya de que Cristo ha muerto por ustedes. Están allí ante él de rodillas porque son pecadores, por lo que pueden tener el beneficio de su muerte. ¿Cuál es el beneficio de esa muerte? «Mucho más, pues, habiendo sido ya justificados en su sangre, por él seremos salvos de la ira.» «Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida.» Muchos actúan y hablan como si Cristo estuviera muerto e irremediamente muerto. Sí, murió; pero resucitó, y vive para siempre. Cristo no está en el sepulcro nuevo de José. Tenemos un Salvador resucitado. ¿Qué hace la muerte de Cristo por nosotros? —Nos reconcilia con Dios. Es la muerte de Cristo la que nos acerca a Dios. Él murió, el justo por los injustos, para acercarnos a Dios. ¡Ahora fíjense! Es la muerte de Cristo la que nos acerca a Dios; ¿qué es lo que nos mantiene allí? —Es la vida de Cristo. Somos salvos por su vida. Ahora mantengan estas palabras en sus mentes: *Estando reconciliados, seremos salvos por su vida.*

¿Por qué fue dada la vida de Cristo? «Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna.» (Juan 3:16) Entonces Cristo dio su vida para que nosotros tuviéramos vida. ¿Dónde está esa vida? ¿Qué es esa vida? ¿Y dónde podemos obtenerla? En Juan 1:4 leemos: «En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres.» (Juan 1:4) Solo él tiene vida, y da esa vida a cuantos la acepten. Juan 17:2. Entonces Cristo tiene la vida, y es el único que la tiene, y está dispuesto a dárnosla. Ahora, ¿qué es esa vida? Versículo 3: «Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado.» (Juan 17:3) ¿Tiene vida eterna una persona que conoce a Cristo? Eso es lo que dice la palabra de Dios.

De nuevo dice en Juan 3:36: «El que cree en el Hijo tiene vida eterna.» (Juan 3:36) Estas son las palabras del Señor Jesucristo. ¿Cómo sabemos que tenemos esta vida? Esta es una pregunta importante. «Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida, porque amamos a los hermanos. El que no ama a su hermano, permanece en muerte. Todo aquel que aborrece a su hermano es homicida; y vosotros sabéis que ningún homicida tiene vida eterna permanente en él.»

Dice uno: «*Sabemos que obtendremos la vida eterna con el tiempo*». Sí, eso es cierto, pero es mejor que eso; la obtenemos ahora. Esto no es una mera teoría, es la palabra de Dios. Permítanme ilustrar: Aquí hay dos hombres —hermanos—, en apariencia son iguales. Pero uno es cristiano y el otro no. Ahora, el que es cristiano, aunque no hay nada en su apariencia externa que lo indique, tiene una vida que el otro no tiene. Ha pasado de la muerte —el estado en el que está el otro— a la vida. Tiene algo que el otro no tiene, y ese algo es la vida eterna. Las palabras: «Ningún homicida tiene vida eterna permanente en él», no significarían nada si nadie más tuviera vida eterna permanente en él.

1 Juan 5:10: «El que cree en el Hijo de Dios tiene el testimonio en sí mismo; el que no cree a Dios le ha hecho mentiroso, porque no ha creído el testimonio que Dios ha dado acerca de su Hijo.» (1 Juan 5:10) Dios no puede mentir, y así, cuando decimos que las palabras de Dios no son así, nos hacemos mentirosos a

nosotros mismos. Ahora, según esta escritura, hacemos mentiroso a Dios si no creemos el testimonio que Dios dio de su Hijo. ¿Qué, entonces, debemos creer para librarnos de esa acusación —de no creer este testimonio y así hacer mentiroso a Dios? El siguiente versículo lo explica: «Y este es el testimonio: que Dios nos ha dado vida eterna, y esta vida está en su Hijo.» (1 Juan 5:11)

Algunas personas temen que esta idea de justificación por la fe y vida eterna aparte a los hombres de los mandamientos. Pero nadie más que el que es justificado por la fe —el que tiene la vida de Cristo— guarda los mandamientos; porque Dios dice que somos justificados por la fe, y si decimos que no lo somos, entonces hacemos mentiroso a Dios —damos falso testimonio contra él, y quebrantamos el mandamiento. En el versículo que acabamos de citar se nos dice qué debemos creer para ser librados de la acusación de hacer mentiroso a Dios. Debemos creer que Dios nos ha dado vida eterna en Cristo. Mientras tengamos al Hijo de Dios, tenemos vida eterna. Por nuestra fe en la palabra de Dios, traemos a Cristo a nuestros corazones. ¿Es un Cristo muerto? No; él vive y no puede ser separado de su vida. Entonces, cuando Cristo entra en nuestros corazones, obtenemos vida allí. Él trae esa vida a nuestros corazones cuando viene. Cuán agradecidos debemos estar a Dios por esto.

Cuando Jesús fue a Betania, le dijo a Marta: «Yo soy la resurrección y la vida.» Ya hemos leído acerca de pasar de muerte a vida; ¿cómo se logra eso? Solo por una resurrección. En Cristo tenemos una resurrección a una nueva vida. Fíjense en lo siguiente:

Pablo ora para conocerlo a él, y el *poder de su resurrección*. ¿Cuál es el poder de esa resurrección? En Efesios 2:4, 5, 6 y 7 leemos: «Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos).» (Efesios 2:4-5) Fíjense, él ha hecho esto, y él «nos resucitó y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús.» (Efesios 2:6) Estábamos muertos, somos vivificados, y somos resucitados para sentarnos en lugares celestiales con Cristo Jesús. Debemos tener, y podemos tener la vida de Cristo hoy, porque cuando él venga, cambiará nuestros cuerpos viles por el mismo poder por el cual ha

cambiado nuestros corazones. El corazón debe ser cambiado ahora. No puede ser cambiado excepto por la vida de Cristo que entra y permanece en él. Pero cuando Cristo está en el corazón, podemos vivir la vida de Cristo, y entonces, cuando él venga, la gloria será revelada. Él fue Cristo cuando estuvo aquí en la tierra, aunque no tuvo un séquito de ángeles y gloria visible a su alrededor. Él fue Cristo cuando fue el hombre de dolores. Luego, cuando ascendió, la gloria fue revelada. Así con nosotros. Cristo debe morar en nuestros corazones ahora, y cuando venga y cambie estos cuerpos, entonces la gloria será revelada.

Cristo dio su vida por nosotros. Juan 10:10, 11. Dio todo lo que era. ¿Qué fue eso? Su vida. La dio por nuestros pecados. Gálatas 1:3, 4. Seremos salvos por su vida. Es la vida de Cristo obrando en nosotros lo que nos libra de los pecados de este presente mundo malo. Esto es una transacción comercial. Él dio su vida por nuestros pecados. Entonces, ¿a quién dio su vida? A aquellos que tenían los pecados que dar a cambio. ¿Tienen algún pecado? Si los tienen, pueden cambiarlos por la vida de Cristo.

En Hebreos 5:2 aprendemos que la obra del sumo sacerdote debía ser de compasión. Es por eso que los hombres que llevaban el nombre de sacerdotes cuando el Salvador estuvo aquí en la tierra, no eran realmente sacerdotes. No tenían compasión. Eran hombres malvados y codiciosos. Uno pasó por el otro lado del hombre que había caído al borde del camino, a quien los ladrones habían despojado. Cristo tuvo compasión: «Por tanto, debía ser en todo semejante a sus hermanos, para venir a ser misericordioso y fiel sumo sacerdote en lo que a Dios se refiere, para expiar los pecados del pueblo.»

¿Qué se logra por la compasión de Cristo? Se nos da fuerza. ¿Qué beneficio tiene para nosotros la compasión de Cristo? Él sabe la fuerza que necesitamos. Él sabe lo que necesitamos, cuándo lo necesitamos y cómo lo necesitamos. Así que la obra de Cristo como sacerdote es para una cosa: librarnos del pecado. ¿Cuál es el poder del sacerdocio de Cristo? Él es hecho sacerdote «no conforme a la ley de un mandamiento carnal, sino según el poder de una vida indisoluble.» Ese es el poder por el cual Cristo nos libra a usted y a mí del pecado este día, y esta hora, y cada momento en que creemos en él.

Cristo era inmortal antes de venir a la tierra. Él era Dios. ¿Cuál es el atributo esencial de la divinidad? La vida. Si Cristo era inmortal, y por lo tanto tenía vida, ¿cómo pudo morir? No lo sé. Eso es un misterio, pero estoy tan contento de que uno que tenía una vida que no podía ser tocada por nada, y que tuvo éxito en resistir los ataques del enemigo, muriera por nosotros. Tan poderoso era que pudo poner su vida y volver a tomarla. ¿Por qué nadie podía quitarle la vida a Cristo? Porque era sin pecado, y si alguna vez hubiera habido otro hombre en la tierra que viviera sin pecado, él tampoco podría morir. Pero nunca hubo sino uno que pisó esta tierra, que fue perfectamente sin pecado, y ese fue Jesucristo de Nazaret. Nadie podía quitarle la vida a Cristo. Los impíos no tenían poder para matarlo. Él puso su vida. Si no hubiera elegido hacerlo, nadie se la habría quitado.

Dios le levantó, «suelos los lazos de la muerte, por cuanto era imposible que fuese retenido por ella.» Era imposible que la muerte retuviera a Cristo. Él tenía poder en su vida que desafió a la muerte. Puso su vida, y tomó la muerte sobre sí mismo, para mostrar su poder sobre la muerte. Desafió a la muerte, entró directamente en los reinos de la muerte —el sepulcro— para mostrar que tenía poder sobre ella. Cristo puso su vida; y cuando llegó el momento de hacerlo, la tomó de nuevo. ¿Por qué la muerte no pudo retenerlo? —Porque era sin pecado. El pecado había agotado toda su fuerza en él, y no lo había dañado en lo más mínimo. No había dejado ni una sola mancha en su carácter. La suya fue una vida sin pecado, y por lo tanto el sepulcro no podía tener poder sobre él. Es esa misma vida la que tenemos cuando creemos en el Hijo de Dios. Hay *victoria en ese pensamiento*. Podemos tenerla creyendo en el Hijo de Dios. Entreguen sus pecados al Señor y tomen esa vida sin pecado en su lugar. Él ha dado esa vida por ellos, ¿y por qué no aceptar el precio que ha sido pagado? No quieren los pecados, y la vida será tan preciosa para ustedes. Llenará sus corazones de gozo y alegría. Somos reconciliados por su sangre, ahora seamos salvos por su vida.

La vida de Cristo es poder divino. En el tiempo de la tentación la victoria se gana de antemano. Cuando Cristo mora en nosotros, somos justificados por la fe, y tenemos su vida morando en nosotros. Pero en esa vida él obtuvo la victoria

sobre todo pecado, así que la victoria es nuestra antes de que llegue la tentación. Cuando Satanás viene con su tentación, no tiene poder, porque tenemos la vida de Cristo, y eso en nosotros lo aleja cada vez. ¡Oh, la gloria del pensamiento, que hay vida en Cristo, y que podemos tenerla!

El justo vivirá por la fe, porque Cristo vive en ellos. «Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí.» (Gálatas 2:20) Sí, estamos crucificados con Cristo; pero ¿está Cristo muerto? —No, ha resucitado de nuevo; entonces nosotros hemos resucitado con él. Pero estamos en la carne. Eso es cierto; pero en la carne puede haber la vida divina que estaba en Cristo cuando él estaba en la carne.

No podemos entender estas cosas. Son el misterio del evangelio. El misterio de Cristo manifestado en la carne. Todo lo que el Cielo hace por el hombre, es un misterio. Una vez hubo una pobre mujer, afligida con un flujo de sangre. En una densa multitud tocó el borde del manto del Maestro. Dijo Cristo: «Yo sentí que una virtud ha salido de mí.» Ahora bien, esa mujer tenía una *verdadera enfermedad*, y cuando tocó el borde de su manto, fue *verdaderamente sanada* de ella. ¿Qué la sanó? Hubo un *poder real* que salió de Jesús y entró en ella y la sanó.

Estos milagros fueron escritos para nosotros. ¿Por qué fueron escritos? «Para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre.» (Juan 20:31) La misma vida y poder que salió de Cristo y sanó el cuerpo de esa mujer, salió para sanar su alma: Jesús está listo y dispuesto a hacer lo mismo hoy. Estas cosas fueron puestas en registro para que sepamos que el mismo poder y vida divinos que entraron en los cuerpos de los hombres para sanarlos, entran en el alma de aquellos que creen. Podemos llevar esa misma vida a nuestras almas para resistir las tentaciones del enemigo.

Solo hay una vida que puede resistir el pecado, y esa es una *vida sin pecado*, y la única *vida sin pecado* es la vida del Hijo de Dios. Cuántos de nosotros hemos estado esforzándonos por hacernos sin pecado. Ha sido un *juego perdido*. Pero

podemos tener la vida de Cristo, y esa es una vida sin pecado. Gracias sean dadas a Dios por este don inefable.

ESTUDIO BÍBLICO

CARTA A LOS ROMANOS — N.º 9

POR EL ELDER E. J. WAGGONER.

«Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando ya reconciliados, seremos salvos por su vida. Y no solo esto, sino que también nos gloriamos en Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo, por quien hemos recibido ahora la reconciliación.» (Romanos 5:10, 11)

El versículo once declara uno de los frutos que deben seguirse del conocimiento de que somos «salvos por su vida». Cuando los hombres tienen la seguridad bien fundamentada de que son salvos por la vida de Jesucristo, cuando lo comprenden hasta que se convierte en parte de su propio ser, se «gozarán en Dios» por medio de Jesucristo su Señor. No puede haber más que gozo en el corazón de un individuo cuando sabe que es salvo por la vida de Cristo. Ese es el secreto del gozo en la tribulación.

«Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, y así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron.» (Romanos 5:12)

Este versículo contiene una proposición parcialmente declarada. Notarán que, comenzando con el versículo trece y continuando hasta el final del diecisiete, hay un paréntesis. Luego, en el versículo dieciocho, la proposición se retoma y se completa. La primera parte del versículo dieciocho es simplemente un equivalente a la primera parte del doce; es la misma verdad expresada con otras palabras —«Así que, como por la transgresión de uno vino la condenación a todos los hombres» (Romanos 5:18). Luego, la porción final del versículo completa la proposición: «Así también por la justicia de uno vino a todos los hombres la justificación de vida» (Romanos 5:18).

Podemos observar solo brevemente los versículos intermedios. Contienen ricas verdades; pero el tiempo asignado para este tema es tan limitado que nuestros comentarios deben confinarse a los puntos principales del capítulo.

En el versículo catorce tenemos referencia al «reinado de la muerte». ¿Qué es el reinado de la muerte? ¿Qué fue este paso de la muerte sobre todos los hombres? El apóstol dice que «la muerte reinó desde Adán hasta Moisés». Con esto no quiere decir que no reinó en ningún otro momento, ni que no reina en la actualidad. La parte del versículo que se refiere a Adán y Moisés es parte de un gran argumento, que tiene su punto de partida en el capítulo cuatro. Es parte de su argumento sobre Abraham.

El argumento, en pocas palabras, es que la entrada de la ley no interfirió de ninguna manera con la promesa a Abraham. En Romanos 4:13, 14 se nos dice que la promesa «de que sería heredero del mundo, no fue dada a Abraham, ni a su descendencia por la ley, sino por la justicia de la fe. Porque si los que son de la ley son los herederos, la fe resulta vana, y la promesa se anula» (Romanos 4:13, 14). En estos versículos el apóstol está probando de manera práctica que la ley no interviene en absoluto en la justificación del hombre; que la justificación es únicamente por fe y no por obras. ¿Por qué la ley no interviene en la justificación del hombre? «Porque la ley produce ira.» (Romanos 4:15)

Si Abraham hubiera sido dejado para ser justificado por la ley, no se le habría imputado nada más que ira, porque eso es todo lo que la ley puede producir. Pero, por otro lado, cuando no es justificado por la ley, que solo podría ser el medio para imputarle ira, y es justificado por la fe, entonces se le imputa vida. Y la vida es lo que se desea, no la ira. La vida es lo que todos los hombres desean, no la ira. Quien busque ser justificado por sus obras cosechará solo ira. Abraham recibirá la herencia solo en virtud de la promesa, y recibirá su justicia solo por la fe que tuvo.

Algunos piensan que hay dos maneras de ser salvos, porque el Señor dio la ley en el Sinaí, y la muerte había reinado hasta ese momento, así que, por supuesto, eso significa que la ley trajo vida. Es cierto que el Señor dio la ley en el Sinaí; pero

la ley estaba en el mundo mucho antes de que se diera en el Sinaí. Abraham tenía la ley, y por la justicia de la fe pudo guardar esa ley. Así que la entrada de la ley en el Sinaí no militó contra la promesa de Dios a Abraham. No se introdujo ninguna fase diferente del plan de salvación en el Monte Sinaí, ni en el tiempo del Éxodo. No hubo más ley después de ese tiempo de la que hubo antes. Abraham guardó la ley. Si no hubiera habido ley allí, Abraham nunca podría haber sido justificado; pero guardó la ley por su fe. La muerte reinó por el pecado antes del tiempo de Moisés, pero la justicia fue imputada para vida. Esto demuestra que la ley ya estaba toda allí, aunque no la tuvieran en esa forma escrita y abierta que tuvieron después.

En cuanto al reinado de la muerte, estoy persuadido de que perdemos gran parte del bien y el aliento que hay en este capítulo cinco, simplemente por la mala aplicación de estas palabras —«la muerte reinó», y también la expresión «la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron». ¿Por qué la muerte pasó a todos los hombres? ¡Porque todos pecaron! Por un solo hombre el pecado entró en el mundo. Hay muchos que se detendrán en este punto, y filosofarán y cuestionarán cómo pudo ser esto, y tratarán de descifrar por sí mismos la justicia de ello. Se preguntarán por qué estamos aquí en esta condición pecaminosa, sin haber tenido elección o voz en el asunto nosotros mismos. Ahora sabemos que hubo un hombre al principio, y él cayó. Nosotros somos sus hijos, y es imposible que nazcamos en una condición más elevada de la que él tuvo.

Algunos se excluirán a sí mismos de la vida eterna porque no pueden resolver ese asunto con exactitud y ver su justicia. La mente finita del hombre no puede hacer esto, así que es mejor que lo deje de lado y se dedique a buscar la salvación ofrecida. Ese es el punto importante para que todos lo consideren. Sabemos que estamos en una condición pecaminosa, y que esta condición pecaminosa es una condición perdida. Viendo, entonces, que estamos en una condición perdida, ¿no es lo mejor para nosotros dedicar nuestras energías a buscar alcanzar ese estado por el cual podamos estar en una condición salvada?

¿Qué pensarían de un hombre que se ahoga en el océano, quien, cuando alguien le arroja una cuerda, la mira y luego dice: «Sé que me estoy ahogando, y

que la única esperanza que tengo radica en que me agarre de esa cuerda; pero no me agarraré a ella a menos que sepa que ha sido realmente mi propia culpa haber caído al agua. Si fue mi propia culpa, entonces la tomaré, porque soy el único culpable de estar en esta condición. Pero si, por otro lado, alguien me empujó al agua y no pude evitarlo, entonces no tendré nada que ver con esa cuerda». Tal hombre sería considerado desprovisto de sentido común. Entonces, reconociendo que somos pecadores y estamos en una condición perdida, aferrémonos a la salvación que se nos ofrece.

«La muerte reinó», «pasó sobre todos los hombres». Los versículos doce y dieciocho nos dicen qué es esta muerte. ¿Por qué pasó? ¡Porque «todos pecaron»! «¡El juicio vino sobre todos!» ¿Para qué? ¿Para qué? —Condenación. Estamos familiarizados con la muerte; vemos gente siendo colocada en sus tumbas todos los días. ¿Pero es esa la muerte a la que se refiere? Los hombres buenos mueren; con solo dos excepciones, todos los hombres buenos que han vivido en la tierra han muerto. ¿Mueren bajo condenación? No, ciertamente no. ¿Mueren porque son pecadores? No, si fueran pecadores, no serían hombres buenos. No ha habido hombre en este mundo sobre quien no haya pasado la sentencia de muerte, porque nunca hubo un hombre en este mundo que no fuera pecador, y si se convirtió en un hombre bueno de modo que anduvo con Dios como Enoc, fue por fe.

Si decimos que la muerte que les sobreviene a todos los hombres —buenos y malos, viejos y jóvenes por igual— es la ejecución de ese juicio que «vino sobre todos los hombres para condenación» (Romanos 5:18), entonces tomamos la postura de que no hay esperanza para nadie que haya muerto. Pues no existe tal cosa como la probación después de la muerte, y por lo tanto, el hombre que muere en pecado nunca podrá ser considerado justo. Si se dice que los buenos no mueren en pecado, sino solo por pecados cometidos previamente, la justicia de Dios es impugnada y su justicia imputada es negada. Porque cuando Dios declara su justicia sobre el que cree, ese hombre permanece tan limpio como si nunca hubiera pecado, y no puede ser castigado como pecador, a menos que niegue la fe. Jesús dijo: «De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra, y cree al que

me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida.» (Juan 5:24)

Cuando Adán fue colocado en el Jardín del Edén, el Señor le dijo: «El día que de él comieres, ciertamente morirás.» (Génesis 2:17). Eso no significa «muriendo morirás», como lo tiene la lectura marginal. Esa expresión no es ni hebrea ni inglesa. Significa exactamente lo que dice, que en el día que Adán comió del fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal, en ese día murió. El mismo día que Adán comió del fruto, él cayó, y la sentencia de muerte fue pronunciada sobre él, y él fue un hombre muerto. La sentencia no fue ejecutada en ese momento, y, de hecho, sabemos que Adán fue un hombre bueno, y que la sentencia nunca fue ejecutada sobre él. Cristo murió por él. Pero él estaba en la misma condición, después de haber comido del fruto del árbol, en que estuvo Faraón, después de que los primogénitos de todos los egipcios hubieran sido asesinados, cuando se levantó de noche y dijo: «Todos estamos muertos.» (Éxodo 12:33)

Cuando se ha dictado sentencia sobre un asesino, este es, a todos los efectos, un hombre muerto. Pero fue más que eso en el caso de Adán; él estaba muerto, y el Hijo de Dios debía darle vida. Era solo cuestión de tiempo hasta que fuera borrado de la existencia. Pero Cristo interviene para darle al hombre un tiempo de prueba y para levantarlo. Todo lo que Cristo tiene para darle al hombre se resume en esa única palabra: VIDA. Todo está comprendido en eso. Este hecho demuestra que sin él los hombres no tienen vida. Cristo dijo a los judíos incrédulos: «No queréis venir a mí para que tengáis vida.» (Juan 5:40) Probablemente ellos respondieron: «No necesitamos venir, porque ya tenemos vida».

En Ezequiel 13:22 leemos: «Por cuanto con mentiras entristecisteis el corazón del justo, al cual yo no entristecí, y fortalecisteis las manos del impío, para que no se apartase de su mal camino, prometiéndole vida.» (Ezequiel 13:22) No hay vida para los impíos; no tienen vida; están muertos. Cristo dijo: «El que no cree al Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios permanece sobre él.» (Juan 3:36) Cristo vino a dar vida a los muertos. Él da vida solo a aquellos que conscientemente se aferran a esa vida, que traen su vida a las suyas, de modo que

toma el lugar de sus vidas perdidas. El que tiene al Hijo tiene la vida, y el que no tiene al Hijo no tiene la vida. Está muerto.

Así que Adán murió; y debido a eso, todo hombre nacido en el mundo es un pecador, y la sentencia de muerte ha pasado sobre él. El juicio ha pasado sobre todos los hombres para condenación, y no hay hombre en este mundo que no haya estado bajo la condenación de muerte. La única manera en que puede librarse de esa condenación y de esa muerte es a través de Cristo, quien murió por él, y quien, en su propio cuerpo, llevó nuestros pecados en la cruz. Él llevó la pena de la ley y sufrió la condenación de la ley, por nosotros, no por sí mismo, porque era sin pecado.

«Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte;... así también por la justicia de uno el don gratuito vino a todos los hombres para justificación de vida.» (Romanos 5:12, 18) ¿Qué es el don gratuito? Es el don gratuito por gracia, y concierne a muchos. La obra de Adán hundió al hombre en el pecado; la obra de Cristo saca a los hombres del pecado. La única ofensa de un hombre hundió a muchos en muchas ofensas; pero la obediencia de un hombre recoge las muchas ofensas de muchos hombres y los saca de debajo de la condenación de esas ofensas.

Entonces, el don gratuito es la justicia de Cristo. ¿Cómo obtenemos la justicia de Cristo? No podemos separar la justicia de Cristo de Cristo mismo. Por lo tanto, para que los hombres obtengan la justicia de Cristo, deben tener la vida de Cristo. Así que el don gratuito llega a todos los hombres que son justificados por la vida de Cristo. La justificación es vida. Es la vida de Cristo. «Porque así como por la desobediencia de un hombre muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno muchos serán constituidos justos.» (Romanos 5:19) Estas son declaraciones simples y positivas. Ningún bien puede venir al hombre al cuestionarlas. Solo cosecha esterilidad para su alma. Aceptémoslas y creémoslas.

«El don gratuito vino sobre todos los hombres para justificación de vida.» (Romanos 5:18) ¿Todos los hombres van a ser justificados? Todos los hombres

podrían serlo si quisieran; pero Cristo dice: «No queréis venir a mí para que tengáis vida.» (Juan 5:40) Todos están muertos en delitos y pecados. La gracia de Dios que trae salvación ha aparecido a todos los hombres. Llega al alcance de todos los hombres, y aquellos que no la obtienen son aquellos que no la quieren.

«Así como por la desobediencia de un hombre muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno muchos serán constituidos justos.» (Romanos 5:19) Eso resuelve toda la cuestión de si tú y yo podemos hacer obras que nos hagan justos. Es por la obediencia de un solo hombre. Ahora, ¿quién será ese hombre? ¿Puedo yo hacer justicia que te haga algún bien? —No. ¿Puedes tú hacer justicia que me haga algún bien? —No. Supongamos que un hombre pudiera hacer obras justas que se le imputaran como haciéndole justo — ¿quién será él? Yo no puedo hacerlo por ti, y tú no puedes hacerlo por mí. Entonces, ¿quién es ese hombre? ¡Jesucristo de Nazaret!

Esto resuelve la cuestión de si la justificación por la fe viene por la ley. Por la obediencia de Cristo muchos son hechos justos u obedientes. La justicia es obediencia a la ley. ¿Alguna vez leíste u oíste hablar de algún ser humano que guardara la ley perfectamente? ¿O alguna vez oíste hablar de alguien, por muy alto que fuera su estándar, que no encontrara algo más allá, a lo que no hubiera llegado? Incluso los hombres mundanos a menudo tienen un ideal propio; pero cuanto más se acercan a ese ideal, mayor deficiencia ven en sí mismos. Cualquiera que sea sincero en intentar alcanzar un estándar alto, cuando llegue allí, verá algo más allá.

Hay una vida sin mancha. Hay un hombre, el hombre Cristo Jesús, que resistió con éxito todos los poderes del pecado cuando estuvo aquí en la tierra. Él fue el Verbo hecho carne. Dios en Cristo reconcilió el mundo consigo mismo. Él podía presentarse ante el mundo y desafiar a cualquiera a que lo convenciera de pecado. No se halló engaño en su boca. Él fue «santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores, y hecho más sublime que los cielos»; (Hebreos 7:26) y por su obediencia muchos serán hechos justos.

Luego surge la pregunta: ¿cómo puede ser esto? Es la misma pregunta que los judíos le propusieron a Cristo, cuando él dijo: «Si no coméis la carne del Hijo del Hombre, y bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros.» (Juan 6:53) Dijeron ellos: «¿Cómo puede este darnos a comer su carne?» (Juan 6:52) Hoy en día muchos se encuentran haciendo la misma pregunta cuando dicen ¿cómo puedo tener su vida o su justicia? ¿Pudo Jesús explicarles cómo podía darles su carne? No pudo hacerlo sino con las palabras que les dijo: —Ellas son espíritu y son vida (Juan 6:63). El plan de salvación no puede explicarse al hombre. Fue hecho por un ser infinito, y no podemos entenderlo. En cuanto a cómo sucede, somos ignorantes. A lo largo de toda la eternidad no comprenderemos cómo se hizo. Es solo el poder infinito el que puede o pudo hacerlo; es solo la sabiduría infinita la que puede entenderlo.

Si comemos la carne de Cristo y bebemos su sangre, tendremos la vida de Cristo. Si tenemos su vida, tenemos una vida justa; su obediencia obra en nosotros y eso nos hace justos. Esto no deja lugar a la afirmación de que Cristo obedeció por nosotros, y que, por lo tanto, podemos hacer lo que queramos, y su justicia se nos imputará de la misma manera. Su obediencia debe manifestarse en nosotros día a día. No es nuestra obediencia, sino la obediencia de Cristo obrando en nosotros. Por medio de esas «grandísimas y preciosas promesas» (2 Pedro 1:4), tomamos la vida divina en nosotros. La vida que vivimos es la vida del Hijo de Dios. Él murió por nosotros, y nos amó con un amor que no podemos sondear. La justicia que tenemos es suya. ¡«GRACIAS SEAN DADAS A DIOS POR SU DON INEFABLE»! (2 Corintios 9:15) Él nos permite obtener todo el beneficio de esa obediencia, porque hemos mostrado nuestro intenso deseo de obediencia. Por eso nos lo da.

Cuando vayas a Dios, ten estas Escrituras en tus labios: «Seremos salvos por su vida.» (Romanos 5:10) «Por la obediencia de uno muchos serán constituidos justos.» (Romanos 5:19) Llévalas a Dios en oración. Son verdaderas, porque el Señor mismo lo ha dicho. ¿Cómo se pueden obtener estas bendiciones? ¡Por la fe! Tómala por fe, y es tuya, y nadie te la puede quitar. Entonces la tendrás, aunque no entiendas cómo puede hacerse. Cuando la tengas, tienes vida. ¿Qué vida? La

vida divina. Entonces, cuando llegues al momento de la tentación, el momento en que usualmente has caído, puedes decirle a Satanás que no tiene poder para hacerte caer bajo esa tentación, porque no eres tú, sino Cristo quien mora en ti.

Nunca hubo un momento en la vida de ningún hombre en que, por sí mismo, tuviera poder para resistir la tentación. No podemos hacerlo. Eso prueba que debemos tener una vida diferente de nuestra vida natural para resistir el pecado en absoluto. Debe ser una vida que el pecado nunca ha tocado y nunca podrá tocar. Repite las gloriosas palabras una y otra vez: *«Su vida es mía, no puedo ser tocado por el pecado. Su fuerza es mi fuerza; su obediencia es mi obediencia, y su vida es mi vida. Esa fue una vida sin pecado, y por fe la tengo. Me aferro a ella porque es mía, y el pecado no puede tocarla.»* Esa es la única manera de resistirlos, y eso tendrá éxito cada vez.

«La ley se introdujo para que el pecado abundase; pero allí donde el pecado abundó, sobreabundó la gracia; para que así como el pecado reinó para muerte, así también la gracia reine por la justicia para vida eterna mediante Jesucristo, Señor nuestro.» (Romanos 5:20, 21)

El momento de la entrada de la ley fue el momento en que fue pronunciada desde el Sinaí. Entró para que la ofensa, o el pecado, abundara. Pero donde ese pecado abundó, la gracia sobreabundó mucho más. Había pecado en el mundo antes de que esa ley fuera proclamada desde el Sinaí. Por lo tanto, la ley estaba allí antes de que fuera proclamada desde el Sinaí. Pero Dios la pronunció de esa manera terrible, y con esos tonos de trueno desde el monte, con el propósito de que el pecado pareciera ser un pecado mayor. Se hizo para que el pueblo pudiera ver el pecado más como Dios lo veía.

Estas cosas fueron escritas para nuestro beneficio. La pronunciación de esa ley en tonos de trueno, con una escena tan solemne de grandeza a su alrededor, debe tener el mismo efecto en nosotros que tuvo en los hijos de Israel. Debemos ver las nubes de tormenta y los relámpagos, y estos deben infundir terror en nuestros corazones.

Todavía más: Quien tocara el monte debía morir. ¿Qué significa eso? Todo eso tenía la intención de mostrar lo terrible de la ley. Fue dada de esa manera para que la gente pudiera ver la maravillosa majestad que tenía, y que por ella ningún hombre podía obtener vida. Era tan grande que ningún hombre podía guardarla. Todo lo relacionado con su entrega conspiró para mostrar al hombre que lo único que podía obtener por ella era la muerte. Era tan grande, tan inexpresablemente grande, que nunca podrían alcanzar sus alturas. Fue dada de esa manera para mostrar a la gente que solo había muerte y condenación para ellos en ella.

¿Entonces la ley no fue dada solo para infundir desánimo en los corazones del pueblo? No; volvamos a Abraham, y veremos qué más se enseñó con la entrega de la ley. Hubo una promesa a Abraham y a su descendencia justa, de una herencia justa. Esa promesa fue jurada a Abraham y a su descendencia por Dios mismo. Dios había comprometido su propia existencia a que habría hombres justos — hombres cuya justicia sería igual a la justicia de la ley. Pero aquí estaba la ley con tal majestad terrible que de ella no se podía obtener justicia. Debía ser el único estándar. Ahora unamos dos cosas: La ley es tan santa en sus demandas que ningún hombre puede obtener justicia de ella, como se mostró en su entrega; pero Dios había jurado que habría hombres que tendrían toda la justicia que ella demanda; por lo tanto, la misma entrega de la ley sirvió para mostrar al pueblo que debía haber, y había, otra manera de obtener esa misma justicia.

Así, al dar la ley, él estaba dando el evangelio en tonos de trueno. Justicia y paz moran juntas en plenitud en Cristo. Así, en él hay vida. La condenación está en la ley, pero la ley está en Cristo; y en Cristo también hay VIDA. En Cristo obtenemos la justicia de la ley por su vida. La voz que declaró la ley desde el Sinaí, fue la voz de Cristo, la voz de aquel mismo que tiene esta justicia para otorgar.

Ahora vean la fuerza de las palabras de Moisés en Deuteronomio 33:2, 3. «Y dijo: Jehová vino de Sinaí, y de Seir les esclareció; resplandeció desde el monte Parán, y vino de entre diez millares de santos; con la ley de fuego a su mano derecha para ellos. SÍ, ÉL AMÓ AL PUEBLO.» (Deuteronomio 33:2, 3)

La entrega de esa ley fue una de las más altas manifestaciones de amor que pudo haber; porque predicó al pueblo en los tonos más fuertes que había vida en Cristo. El que dio la ley, fue el que los sacó de Egipto. Él fue quien juró a Abraham que él y su descendencia serían justos, y esto les mostró que no podían obtener justicia en la ley; sino que podían obtenerla a través de Cristo. Así que hubo una sobreabundancia de gracia; porque donde el pecado, por la entrega de la ley, abundó, allí la gracia sobreabundó mucho más. Eso se manifiesta cada vez que un pecador se convierte. Antes de su conversión no se da cuenta de la pecaminosidad de sus pecados. Luego la ley interviene y le muestra cuán terribles son esos pecados; pero con ella viene la voz suave de Cristo en quien hay gracia y vida.

¡Cuán precioso es tener esa convicción de pecado enviada a nuestros corazones! Porque sabemos que es parte de la obra del Consolador que Dios envía al mundo para convencer de pecado. Es parte del consuelo de Dios el convencer de pecado; porque la misma mano que convence de pecado sostiene el perdón, para que así como el pecado reinó para muerte, así también la gracia reine por la justicia para vida eterna mediante Jesucristo, Señor nuestro.

En esta gracia tenemos de nuevo esas preciosas palabras: —mucho más. Donde el pecado abunda, la gracia mucho más abunda.

El Señor escudriña el corazón y conoce nuestros pecados. ¿Acaso andaremos lamentándonos y suspirando, diciendo que nuestros pecados son tan grandes que Dios no puede perdonar a pecadores como nosotros? Algunas personas parecen imaginar que Dios nunca supo que tenían pecados. Luego dicen que no son dignos de que él les quite sus pecados. No pueden ver cómo puede salvarlos. ¿Quién es el que nos hace sentir pecadores? ¿Quién nos muestra nuestra indignidad? ¿Cómo llegamos a descubrir que hemos pecado? Es Dios quien nos muestra nuestros pecados. Él los había conocido todo el tiempo. No consideramos esto —que Dios ha conocido todos nuestros pecados de antemano, y que es él quien nos los muestra por primera vez, cuando somos convencidos de pecado por él.

Cuando Dios hizo el plan de salvación, sabía lo que estaba haciendo. Conocía el corazón humano. Conocía la profundidad de degradación a la que la humanidad caería, como ningún hombre la ha conocido jamás. Ahora, por su ley, él lleva los pecados a nuestros corazones, y entonces ese pecado abunda en la proporción que debe. Antes era pequeño a nuestros ojos, pero él nos hace verlo como él lo ve.

Recuerda que es el CONSOLADOR el que convence. Recuerda que donde el pecado abunda en tu corazón, o en tu mente, allí la gracia mucho más abunda. Es tu firme creencia en eso lo que hace que la gracia sea efectiva para quitar el pecado. Cristo es capaz de salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios. No puedes pedirle nada tan bueno o tan grande que él no sea capaz de hacerlo y —

MUCHO MÁS.

Dios no tiene que tomar la medida de la gracia, y mirar por el mundo para ver cuántos hay entre quienes tendrá que ser dividida, y luego ponerse a distribuirla para que haya suficiente para todos. Él nos da medida bíblica, apretada, remecida, y rebosante. No importa cuán grandes sean los pecados a cubrir, hay gracia mucho más que suficiente para hacerlo. El hombre mortal puede ser cubierto con la justicia de Cristo como con una vestidura. Entonces tomemos la vida de Cristo por fe y vivamos una vida nueva.

ESTUDIO BÍBLICO

CARTA A LOS ROMANOS — N.º 10

POR EL ÉLDER E. J. WAGGONER.

El sexto capítulo de Romanos comienza con una continuación del argumento contenido en el capítulo cinco. Ese argumento es que la vida de Cristo nos es dada para nuestra justificación. La gracia reina por medio de la justicia para vida eterna por Jesucristo nuestro Señor. Gracia es favor, y el salmista nos dice que en su favor hay vida; y así, «siendo justificados gratuitamente por su gracia», es simplemente la dádiva de la vida de Cristo sobre nosotros. Esa vida es una vida sin pecado. Cristo en nosotros obedece y por su obediencia somos hechos justos.

«¿Qué, pues, diremos? ¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde? En ninguna manera. Porque los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él? ¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte? Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva. Porque si fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección.»

Ahora bien, este capítulo nos muestra cómo nos conectamos con Cristo y lo que esa conexión hace por nosotros. En el capítulo anterior aprendimos que el juicio había pasado sobre todos los hombres para condenación, y que la sentencia de muerte había sido pronunciada sobre cada hombre en este mundo. La sentencia de muerte ha sido dictada, y la muerte opera en los hombres. ¿Por qué opera la muerte en los hombres? ¿Cuál es el poder peculiar de la muerte? ¡Es el pecado! «El aguijón de la muerte es el pecado». Por lo tanto, el pecado obrando en los hombres es simplemente la muerte obrando en ellos. Los hombres que son pecadores son aguijoneados por la muerte. La muerte ya está en ellos, y está llevando a cabo su obra en ellos, y es solo cuestión de tiempo hasta que los tenga en su poder para siempre. Pero mientras la probación continúa, existe la

posibilidad de que los hombres escapen de ese aguijón y de la ejecución de esa pena. Sin embargo, Dios debe ser justo, incluso mientras es el justificador de los que en él creen. La sentencia de muerte ha sido pronunciada sobre todo hombre, y esa sentencia será ejecutada. Todo hombre debe morir, porque todos los hombres han pecado.

Pero a cada hombre se le da una elección sobre cuándo morirá. Cristo murió por todos los hombres. Podemos reconocer su muerte y morir en él y así obtener su vida; o, por otro lado, podemos, si lo deseamos, negarnos a reconocerlo y morir en nosotros mismos. Pero morir debemos. La muerte ha pasado sobre todos los hombres, y todos los hombres deben morir. La vida de todo hombre está perdida; por nosotros mismos no tenemos vida alguna.

La Escritura dice claramente: «El que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida.» (1 Juan 5:12). Ahora bien, viendo que estamos en esa condición, cuando la muerte reclama su rescate, ¿qué vamos a hacer? ¿No veis que quedamos sin vida? Si debo mil dólares y tengo exactamente mil dólares en mi poder, cuando pago esa deuda, me quedo sin un centavo, ¿no es así? Así es con esta vida nuestra. Todos tenemos una vida en nuestro poder, pero no nos pertenece. Ha sido confiscada por la ley. No nos pertenece en absoluto. Cuando la ley exige esa confiscación, y esa vida nuestra se ha ido, entonces no nos queda nada más que la muerte eterna.

Pero Cristo, el Hijo de Dios, tiene tanta vida en sí mismo que puede dar vida a todo hombre y aún le queda la misma cantidad de vida. Él no estaba bajo ninguna obligación de venir a la tierra y pasar por la experiencia que pasó. Él tenía gloria en el cielo; tenía la adoración de todos los ángeles; tenía riquezas y poder; pero los dejó todos, e incluso se despojó de su gloria y de su honor; vino a la tierra como un hombre pobre, tomó la forma de siervo y fue hecho en todas las cosas semejante a aquellos a quienes vino a salvar.

Él obró justicia aquí en la carne. ¿Para qué lo hizo? ¿Para sí mismo? No, no tenía ninguna necesidad de ello. Tenía riquezas para empezar. Tenía todo lo que podía tener cuando estaba en el cielo. Pero aquí en la tierra, como hombre, obró

justicia y redención eterna para poder darnoslas. Esa es la única razón que lo trajo al mundo. Él tiene toda esa justicia que obró aquí, y la dará y la da a los hombres. Así pagó la pena de la ley, ¿para sí mismo? ¡No! Él no tenía pecado, por consiguiente, la ley no tenía ningún reclamo sobre él.

En la segunda carta a los Corintios, capítulo cinco, y versículo veintiuno, el apóstol Pablo dice: «Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él.» (2 Corintios 5:21). Así fue que Él sufrió la pena, no por sí mismo, sino por nosotros. Cuando por fe nos aferramos a Cristo y nos unimos a él, de modo que nos identificamos con él, entonces tenemos esa vida que él tiene para otorgar.

Pero pagar la pena, sufrir la confiscación, debemos; porque la ley exigirá la confiscación. Pero como dije antes, tenemos la elección de si esperaremos y dejaremos que la ley nos quite la confiscación, en un momento en que no nos quedará nada después de que se haya ido, o si entregaremos la vida confiscada cuando podamos tomar la vida de Cristo y tenerla después de haber pagado la confiscación.

Ahora bien, ¿cómo nos aferramos a Cristo? ¿Cómo obtenemos el beneficio de esa vida justa suya? —Es en el acto de la muerte. ¿En qué punto tocamos a Cristo y hacemos la conexión? ¿En qué punto del ministerio de Cristo él nos toca y efectúa la unión? —Es en el punto más bajo posible donde el hombre puede ser tocado, y ese es la muerte. En todo él es hecho semejante a sus hermanos, así que Él toma lo más bajo de esto, —el punto de la muerte—, y ahí es, cuando estamos realmente muertos, que entramos en Cristo.

La ceremonia del bautismo es simplemente el símbolo de la muerte y resurrección de Cristo. Dice Pablo en Gálatas 3:27: «Porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos.» (Gálatas 3:27). En Romanos dice: «Todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte». Pero si morimos con Cristo, estamos obligados y seguros de vivir de nuevo; porque Cristo está vivo. Aquí podemos aplicar con fuerza las palabras de Pedro en Hechos 2:24: «a quien Dios levantó, sueltos los

dolores de la muerte, por cuanto era imposible que fuese retenido por ella.» (Hechos 2:24). Era absolutamente imposible que la muerte retuviera a Cristo. Por lo tanto, si morimos con él, y en nuestra muerte nos unimos a él, también viviremos con él. El gran pensamiento en torno al cual se agrupa toda la Biblia es la muerte y resurrección con Cristo. *Si morimos con él, volveremos a vivir.*

Morimos con Él, —¿cuándo? ¡Ahora! Cuando reconocemos nuestra vida perdida y renunciamos a todas las pretensiones de esa vida y a todo lo que está conectado con ella, en ese mismo momento morimos con Cristo. Ahora bien, ¿qué es este renunciar a nuestra vida? Vida representa todo lo que un hombre tiene. Representa todo lo que pertenece a la vida. ¿Qué es, entonces, lo que pertenece a la vida que naturalmente tenemos en nosotros mismos? ¡Es el pecado! Es la concupiscencia de la carne, y la concupiscencia de los ojos, y la vanagloria de la vida. Es la envidia, la malicia, el mal hablar y el mal pensar; todas estas cosas componen la vida natural, porque vemos que todo hombre que tiene la vida natural, tiene estas cosas. Son parte de su vida. Entran en la vida de todo hombre en la tierra.

Cuando llegamos a ese punto donde vemos que tenemos esas cosas y estamos listos para renunciar a ellas y pagar la confiscación, entonces es que podemos morir con Cristo y tomar su vida sin pecado en su lugar. Al renunciar a esa vida nuestra, renunciamos a todas estas cosas, y cuando todas son entregadas, entonces estamos muertos con Cristo. Pero así como estamos seguros de que las renunciamos y morimos con Cristo, así de seguros debemos ser resucitados de nuevo, porque Cristo ha resucitado, y entonces andamos en novedad de vida. Esa nueva vida, —esa novedad de vida que tenemos—, es la vida de Cristo, y es una VIDA SIN PECADO. Sabiendo esto: «que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado».

Aquí está el secreto de todo esfuerzo misionero. Cuando un hombre llega al punto donde en verdad considera que no tiene vida propia, y renuncia a la vida perdida que tenía en su posesión, y la vida que vive en la carne la vive por fe en el Hijo de Dios; entonces Cristo es su vida, y su vida está «escondida con Cristo en

Dios». Ha sido resucitado a novedad de vida por fe en la operación de Dios. ¿Qué temerá de lo que los hombres digan de él? Se dirá a sí mismo: «No yo, sino Cristo vive en mí».

¿Qué le importará si es llamado a ir a un lugar insalubre? Su vida ya ha sido entregada, de modo que la muerte no tiene terrores para él. Va de buena gana, «no tomando su vida en la mano», sino dejándola al cuidado de Cristo en Dios. Si Cristo, en quien su vida está escondida, desea permitirle dormir por un tiempo, está bien. Además, no se desanima por las dificultades en la obra que Cristo le ha encomendado; porque tiene un conocimiento práctico del poder de Cristo y sabe que aquel que derribó las cosas altas que se habían exaltado en su propio corazón contra Cristo, es capaz de someter todas las cosas a sí mismo. La vida que vive es la vida de Cristo, siempre y cuando, a cada momento de su vida, se entregue y esté tan completamente consagrado como lo estuvo en el momento en que murió.

Es necesario que muramos continuamente, y que conozcamos continuamente el poder de Dios y de la resurrección de Cristo. Porque «somos salvos por su vida». Debemos conocer y experimentar el mismo poder que Dios obró en Cristo cuando lo resucitó de los muertos. Tomamos ese poder, —¿cómo? «Sepultados con él en el bautismo, en el cual fuisteis también resucitados con él, mediante la fe en el poder de Dios que le levantó de los muertos».

Es simplemente una cuestión de hacer de la resurrección de Cristo algo práctico en nuestras vidas. Es simplemente creer que lo que Dios pudo hacer por Cristo, mientras yacía en el sepulcro, puede hacerlo por nosotros. Ese poder que sacó a Cristo de los muertos puede mantenernos vivos de entre los muertos. Si tenemos la vida de Cristo, y está obrando en nosotros, debe hacer por nosotros todo lo que hizo por él cuando estuvo en Galilea y Judea.

¡Qué pensamiento tan precioso es que nuestras vidas no son nuestras! Solo tenemos la vida de Cristo. Es este pensamiento lo que hace que un hombre triunfe incluso en la muerte. ¿Por qué? ¡El aguijón de la muerte se ha ido! La muerte no aguijonea al hombre justo, porque está libre del pecado. Fue el conocimiento de esto lo que permitió a los mártires como Jerónimo y Hus ir a la

hoguera, cantando cánticos de triunfo y victoria. «No temáis a los que matan el cuerpo, mas el alma no pueden matar; temed más bien a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno». Nuestras vidas están escondidas con Cristo en Dios, de modo que no tememos el poder de los hombres impíos, ni del diablo mismo. Cuando nos hemos entregado a Cristo, y nuestra vida está escondida con él, ¿qué importa si esta vida se interrumpe pronto o no? Andamos con Cristo, y él controla nuestras vidas. Hombres impíos o demonios no pueden tocar nuestra vida más de lo que pudieron retener a Cristo en el sepulcro.

¡Oh, que sintiéramos el poder de esa vida y supiéramos que somos Suyos! Cuando lo obtengamos, el poder de Dios acompañará el mensaje, a medida que salgamos a llevarlo. ¿Qué importa si los hombres nos traen reproches? —estamos muertos, y nuestra vida está escondida con Cristo en Dios; y la vida que vivimos, la vivimos en él, y por la fe en él. Este es el poder del evangelio, y la esperanza que hace que el cristiano triunfe incluso en la muerte. Es la esperanza de la resurrección; porque cuando el hombre es llamado a acostarse y dormir, duerme en Jesús. Su vida es tan segura, y aun más segura, entonces, que si estuviera vivo sobre la tierra. Su probación está sellada; ha peleado la buena batalla; ha terminado su carrera y ha guardado la fe. Bien podría decir el apóstol que no se entristecía por los que dormían, como por los que no tenían esperanza.

Cuando la iglesia de Dios y los ministros de Dios hayan muerto en verdad, renunciando a todo lo que ha pertenecido a su propia vida, entonces pertenecerán a Cristo en hecho y en verdad. Si Cristo está dispuesto a confiarnos algunas de estas cosas; si hemos de ser preservados en la tierra por un tiempo, está bien. Si, por otro lado, él cree que es mejor llevarnos, eso también está bien. Ya sea durmiendo en el sepulcro o trabajando para el Maestro en la tierra, no importa, porque es Cristo todo el tiempo.

Cuando captamos estas ideas y las hacemos nuestras, y podemos tenerlas tan pronto como queramos, son preciosas para nosotros. Habiendo calculado el costo de renunciar a todas esas cosas que nos han sido queridas, si estamos preparados para contarlas todas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Jesucristo nuestro Señor, entonces podemos entregarnos por completo a Cristo.

Tan pronto como estemos dispuestos a calcular el costo y a dejarnos crucificar con Cristo; renunciando al orgullo de la vida, la concupiscencia de la carne y todas esas cosas que han pertenecido a nuestra vieja vida, sin hacer provisión para la carne, entonces el poder de Cristo viene sobre nosotros. ¡Pero todavía estamos viviendo en la tierra! Sí, pero hemos entregado nuestra vida, y todo lo que hay en nosotros es Cristo obrando en nosotros.

En el mismo momento en que un hombre niega todo lo que pertenece a la carne, en ese mismo momento puede decir que Cristo es suyo y que tiene la vida de Cristo. ¿Cómo lo sabe? ¡Por la fe en la operación de aquel que resucitó a Cristo de los muertos!

«Sabido esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado. Porque el que ha muerto, ha sido justificado del pecado. Y si morimos con Cristo, creemos que también viviremos con él; sabiendo que Cristo, habiendo resucitado de los muertos, ya no muere; la muerte no se enseñoreará más de él.»

La vida de Cristo es una vida eterna. Él voluntariamente se sometió al dominio de la muerte. Al hacer esto demostró su poder sobre la muerte. Descendió al sepulcro para mostrar que allí mismo, mientras estaba atado por las cadenas de la cárcel del sepulcro mismo, tenía poder para romper esas cadenas y salir libre y victorioso. Por lo tanto, dado que ya no muere, y tomamos esa vida sin pecado suya, entonces podemos considerarnos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús Señor nuestro. Como la muerte no puede tener dominio sobre él, así el pecado, que es el aguijón de la muerte, no puede tener dominio sobre nosotros.

Un interrogador podría decir: «Vosotros hacéis que nunca más debamos pecar, —no dejáis lugar para el pecado». Pero, ¿no es eso lo que dice la Biblia? «Porque el pecado no se enseñoreará de vosotros; pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia». Pertenecemos al Señor Jesucristo. ¿Cómo? Por la muerte, no hacemos provisión para que la carne satisfaga sus deseos. Existe una entrega completa a Cristo, —cuando lo entregamos todo, y luego confiamos en su poder

para mantenernos en ese estado. Y doy gracias a Dios porque él es capaz de hacerlo.

Los hombres emprenden expediciones peligrosas, —algunos para conquistar un país, y cuando llegan a esa tierra, queman los barcos en los que vinieron, para no poder regresar si lo desearan. Es correcto que calculemos bien el costo. No tiene sentido lanzarse de cabeza a la batalla. Analicemos todo el terreno. Aquí está este placer, y aquella indulgencia; ¿puedo renunciar a ellos? Me han sido muy queridos, se han entrelazado con mi vida misma. Están identificados conmigo, de modo que se muestran en mi propia fisonomía, están incrustados en mi propio carácter y son parte de mí mismo. Me he aferrado a ellos como me he aferrado a la vida misma. Pero Cristo no estaba en ellos, no saben para nada a la vida de Cristo. Por el gozo puesto delante de él, él soportó la cruz. ¿Puedo yo, por el bien de compartir ese gozo, *soportar esa cruz*? ¿Puedo renunciar a los placeres del pecado por un tiempo, para compartir las riquezas de Cristo y el gozo de su salvación? Estas son las preguntas que debemos hacernos.

Mirad hacia arriba y poned vuestros ojos en Cristo y en el gozo de la salvación presente. Ellos forman el lado opuesto del cuadro. Existe el gozo de tener un poder infinito obrando en nosotros. Por ese gozo que podemos tener ahora, ¿estamos dispuestos a renunciar a todo, y a participar de los sufrimientos de Cristo, y a hacernos partícipes de su muerte y del poder de su resurrección? Este es un gozo que durará para siempre, ¡así que quememos los barcos y los puentes detrás de nosotros! ¿Podemos renunciar a todas estas cosas que nos han sido tan queridas, podemos renunciar a ellas para siempre? Esa es la parte difícil.

Dice alguien: «He intentado renunciar a estas cosas antes y he vuelto a caer, ahora ¿cómo sé que no volveré a caer?» Ah no, esta vez no estás haciendo una nueva resolución, no estás pasando una nueva página, y diciendo que vas a mejorar. Simplemente estás dejando ir la vieja vida y todas las resoluciones. Simplemente di: Sé que hay poder en Dios. Y ese mismo poder que hizo existir el mundo, ese mismo poder que sacó a Cristo del sepulcro, —en las manos de ese poder me entregaré, y dejaré que me sostenga y me guarde en la nueva vida. Y día

a día, al hacer eso, nuestros corazones se llenarán de gratitud a Dios por su maravilloso poder.

No nos corresponde hacer provisión para la carne en sus pasiones; sino que debemos salir y aferrarnos a la vida de Cristo, y sentir que el poder de Dios está obrando en nosotros. Cuando sintamos ese poder obrando, —ese milagro que se obra en nosotros—, las tentaciones a las que hemos cedido tan a menudo, las prácticas pecaminosas a las que hemos dado paso, serán vencidas, y nos elevaremos por encima de ellas. Entonces podremos salir al mundo, en el poder de Cristo, y llevar el mensaje, como nunca antes lo hemos hecho.

¿Cómo es que tendremos más poder? Porque sabemos que si Dios puede obrar ese milagro por nosotros, puede hacerlo por cualquiera. Nuestra obra, desde un punto de vista humano, es imposible; surgen dificultades por todas partes; pero tenemos el conocimiento de lo que el poder de Dios puede hacer, y por lo tanto salimos con fe de que aquel que puede derribar imaginaciones en nuestros corazones, y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y puede llevar cautivo todo pensamiento a la obediencia de Cristo, puede hacer esa misma obra por otros, ya que la ha hecho por nosotros. Fue ese mismo poder el que hizo que los muros de Jericó cayeran ante el pueblo de Dios. Estoy muy agradecido de que el Dios que nos ha llamado a ser sus siervos sea un Dios de poder infinito. Aferraos a ese poder y comprobadlo por vosotros mismos.

«Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro.» «Así también» — ¿Cómo qué? Así como Cristo resucitó de los muertos para no morir más, así también consideraos muertos al pecado para no pecar más. ¿Es eso cierto? Notadlo cuidadosamente, —que el pecado no se enseñoreará más de vosotros. Eso es lo que dice la Biblia. Ya no estamos bajo la ley, sino bajo la gracia. Ya no estamos bajo condenación, sino que la gracia de Dios reposa sobre nosotros. El espíritu de gloria y de gracia está presente con nosotros.

Hay poder en Cristo. ¿Cuál es ese poder? Notad. ¡Gracia es favor! En el favor de Dios hay vida. Entonces, ¿cuál es el poder de la gracia de Cristo? Es el poder

de una vida interminable. Si los hombres realmente creen que Cristo ha resucitado de los muertos, pueden creer que están muertos al pecado, pero vivos para Dios, y libres de pecado. ¿Quiere decir el apóstol libres de pecado? Es un pensamiento solemne, pero glorioso. ¡Cuán agradecidos deberían estar los hombres de poder tener esa confianza en el poder de Dios por medio de Cristo, que sin ninguna reserva mental pueden tomar este capítulo y creerlo! Sí, creer estas mismas palabras: «Porque el que ha muerto, ha sido justificado del pecado . . . así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús».

Pero ¿es cierto que el hombre puede vivir sin pecado? En la última parte del capítulo leemos: «Porque cuando erais esclavos del pecado, erais libres en cuanto a la justicia.» Todos sabemos lo que eso significa. Nuestra experiencia pasada no es tan agradable de recordar. En ella no vemos nada bueno. Ahora, ¿por qué éramos libres en cuanto a la justicia? —Porque éramos siervos de Satanás. «Mas ahora, habéis sido libertados del pecado y hechos siervos de Dios para santificación, y como resultado, la vida eterna». Cristo es el autor de la justicia. El servicio que rendimos es suyo. ¿Cuáles somos, siervos de Cristo o siervos de Satanás? Cuando éramos siervos de Satanás, no hacíamos ninguna justicia. Pero ahora somos siervos de Dios. «Ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado como instrumentos de iniquidad, sino presentaos vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia.» «¿No sabéis que si os sometéis a alguien como esclavos para obedecerle, sois esclavos de aquel a quien obedecéis, sea del pecado para muerte, o sea de la obediencia para justicia?»

Hay solo dos servicios. El servicio de Satanás, que es de pecado para muerte, y el servicio de Cristo, que es de obediencia para justicia. Un hombre no puede servir a dos señores. Todos creen eso. Entonces es imposible servir al pecado y a la justicia al mismo tiempo. Ahora nos llamamos cristianos. ¿Qué significa eso? ¡Seguidores de Cristo! Pero en toda nuestra experiencia cristiana hemos dejado pequeñas escapatorias aquí y allá para el pecado. Nunca nos hemos atrevido a llegar a ese lugar donde creeríamos que la vida cristiana debería ser una vida sin

pecado. No nos hemos atrevido a creerlo ni a predicarlo. Pero en ese caso no podemos predicar la ley de Dios plenamente. ¿Por qué no? Porque no entendemos el poder de la justificación por la fe. Entonces, sin la justificación por la fe es imposible predicar la ley de Dios en toda su extensión. Por lo tanto, predicar la justificación por la fe no le resta ni disminuye a la ley de Dios, sino que es lo único que la exalta.

Ahora bien, ¿podemos ser siervos de Cristo mientras cometemos pecados y hacemos provisión para que la carne satisfaga sus deseos? ¿Es Cristo ministro de pecado? ¿De quiénes somos siervos mientras cometemos pecado? Somos siervos del pecado, y el pecado es de Satanás. Ahora, si un cristiano (?) está cometiendo pecado parte del tiempo y haciendo justicia el resto del tiempo, debe ser que Satanás y Cristo están asociados, de modo que tiene un solo amo, porque no puede servir a dos amos.

Pero no hay consorcio entre la luz y las tinieblas, —entre Cristo y Belial. Están en deadly antagonismo, se oponen el uno al otro, y han librado una batalla hasta la muerte. No hay cuartel en ninguno de los lados. Entonces es absolutamente imposible que el hombre sirva a estos dos amos. Debe estar de un lado o del otro. «¿No sabéis que si os sometéis a alguien como esclavos para obedecerle, sois esclavos de aquel a quien obedecéis, sea del pecado para muerte, o sea de la obediencia para justicia?» Sabemos bastante sobre ser siervos del pecado. Nos hemos entregado como instrumentos de injusticia para el pecado.

Ahora surge la pregunta: ¿Cómo voy a convertirme en siervo de Cristo, para poder morir a mi vieja vida? «A quien os sometáis como siervos para obedecerle, siervos sois de aquel a quien obedecéis». La palabra traducida «siervo» en realidad significa un «siervo esclavo». En el mismo momento en que me entrego a Cristo para convertirme en su siervo, en ese mismo momento soy su siervo esclavo. En ese mismo momento le pertenezco. ¿Cómo sé que Cristo aceptará mi servicio si se lo doy? Porque él ha comprado ese servicio y ha pagado el precio por él. Y en todos esos años en que me entregué como siervo al pecado, le he estado defraudando de su derecho. Pero todo este tiempo en que he estado reteniendo mi servicio, él ha estado buscando, y procurando atraerme a él. Y cuando

decimos: «Aquí, Señor, aquí estoy, me entrego a ti», en ese mismo momento Cristo nos ha encontrado, porque nos ha estado buscando, y somos sus siervos.

Pero ¿cómo sabemos que vamos a continuar en su servicio? ¿Cómo sabemos que podemos vivir la vida de Cristo? De la misma manera que sabemos que hemos vivido la vida de pecado. Cuando consideramos este asunto de quiénes seremos siervos, queremos tomar en cuenta el poder de los dos amos. Cuando éramos siervos del pecado, estábamos libres de justicia, porque Satanás nos influía y nos usaba como quería, y estábamos a merced de su poder.

¿Es el pecado más fuerte que la justicia? ¿Es Satanás más fuerte que Cristo? ¡No! Entonces, así como Cristo ha demostrado ser el más fuerte de los dos, y tan ciertamente como cuando éramos siervos del pecado, este tenía el poder de mantenernos libres de justicia; así cuando nos entregamos como siervos de Cristo, él tiene el poder de guardarnos del pecado. La batalla no es nuestra; es de Dios. Dije que Cristo y Satanás no estaban asociados, sino que existe la más amarga antagonismo entre ellos.

Todos están familiarizados con las palabras: «El Gran Conflicto entre Cristo y Satanás». Es una frase común entre nosotros. ¿Sobre qué trata el conflicto? Es sobre las almas de los hombres y el lugar de su morada. Quién tendrá tu servicio y el mío, es la pregunta por la que están luchando. El conflicto es entre Cristo y Satanás. No solo son los principales en el conflicto, sino que todo el conflicto es entre ellos, y solo entre ellos.

Tenemos esto que decir: —ninguno de ellos puede tomar nuestro servicio contra nuestra voluntad. Por nosotros mismos no tenemos poder para resistir a Satanás; lo hemos intentado. No tenemos poder para enfrentarlo; no podemos enfrentarlo y vencerlo. No tenemos ningún poder en absoluto; pero al mismo tiempo sabemos que no queremos ser sus siervos. Sí; y no solo diremos: No quiero ser su siervo, sino que no seré su siervo. Así que en lugar de poner nuestra fuerza contra Satanás, nos entregamos a Cristo y repetimos una y otra vez, como David el salmista: «Oh Jehová, ciertamente yo soy tu siervo; siervo tuyo soy, hijo de tu sierva; tú has roto mis cadenas.» (Salmos 116:16).

¿Qué? Yo era siervo esclavo de Satanás, pero en el mismo momento en que le dije a Cristo: «Seré tu siervo», él rompió mis cadenas y asumió la responsabilidad de defenderme contra Satanás, quien no tiene derecho sobre mí. Así que cuando Satanás viene a recuperarme y a hacerme su siervo esclavo de nuevo, Cristo lo confronta, así como lo confrontó cuando estuvo aquí en la tierra. Así que simplemente di a tu propio corazón, y a Satanás, que eres de Cristo, y que él ha roto tus cadenas. Entonces eres verdaderamente libre. Has calculado el costo, y ahora puedes tomar las palabras de David y repetir las una y otra vez.

Tu vida ya no es tuya, es la vida de Cristo. Su vida, su misma existencia, está enfrentada a Satanás. La batalla pasa por encima de nuestras cabezas, porque estamos muertos, y nuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Dice el salmista: «En lo secreto de tu presencia los guardarás del orgullo del hombre; los esconderás en un pabellón del combate de las lenguas». La batalla entre Cristo y Satanás se libra sobre nuestras cabezas, y estamos escondidos en el pabellón secreto. Esta es la victoria que vence al mundo, porque Cristo ha obtenido la victoria sobre Satanás, y al aferrarnos a las promesas de Cristo por fe, y al aferrarnos a la vida de Cristo, la victoria sobre Satanás es nuestra.

¿No dice Cristo que todo poder le es dado en el cielo y en la tierra? Notad las preciosas palabras en Efesios 1:19-21: «y cuál la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, según la operación del poder de su fuerza, la cual operó en Cristo, resucitándole de los muertos y sentándole a su diestra en los lugares celestiales, muy por encima de todo principado y autoridad y poder y señorío, y de todo nombre que se nombra.» (Efesios 1:19-21).

Ese mismo poder que lo colocó en esa posición exaltada que está muy por encima de todo principado y poder, —¿qué ha hecho por nosotros? «Nos dio vida juntamente con Cristo, y juntamente nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús». ¿Dónde estamos colocados? «Muy por encima de todo principado y poder».

Entonces la victoria es nuestra en Cristo, y él ya ha ganado la victoria. Ha conquistado una paz para nosotros. Tan ciertamente como nos da su paz, así de

seguro ha ganado la victoria para nosotros. Así que en la hora de la prueba tenemos una victoria que ya ha sido ganada. Bien podemos decir que la batalla pasa por encima de nuestras cabezas, y grande es nuestra paz. Hay paz todo el tiempo.

La fuerza del cristiano radica en someterse, —la victoria en entregarse a Cristo, para que él pueda guardarnos en su presencia y cubrirnos en su pabellón de la contienda de las lenguas. Entonces no importa cuán grande sea la prueba, si tenemos a Cristo, habrá paz en nuestros corazones.

¡Oh, que cada uno en esta casa se llene del deseo de tener a Cristo y su justicia, para que esta misma noche podamos tomar su palabra e inspirarnos en su inspiración, y entonces tendremos y seremos capaces de vivir la vida de Cristo! Entonces podremos salir como misioneros de Cristo y hacer el bien. Cuando tomemos ese poder que tenemos por la fe en él, no pasará mucho tiempo hasta que la obra sea acertada en justicia, y veremos a aquel a quien, sin haberle visto, amamos.

ESTUDIO BÍBLICO

CARTA A LOS ROMANOS. — N.º 11.

POR EL ÉLDER E. J. WAGGONER

«¿O ignoráis, hermanos (pues hablo a los que conocen la ley), que la ley se enseñorea del hombre entre tanto que este vive? Porque la mujer casada está sujeta por la ley a su marido mientras este vive; pero si el marido muere, ella queda libre de la ley del marido. Así que, si en vida del marido se uniere a otro hombre, será llamada adúltera; pero si su marido muere, es libre de esa ley, de tal manera que si se une a otro hombre, no es adúltera. Así también vosotros, hermanos míos, habéis muerto a la ley mediante el cuerpo de Cristo, para que seáis de otro, a saber, de aquel que resucitó de los muertos, a fin de que llevemos fruto para Dios. Porque mientras estábamos en la carne, las pasiones pecaminosas que eran por la ley obraban en nuestros miembros llevando fruto para muerte. Pero ahora estamos libres de la ley, por cuanto hemos muerto a aquello en lo cual estábamos sujetos, para que sirvamos bajo el régimen nuevo del Espíritu y no bajo el régimen viejo de la letra.» (Rom. 7:1-6)

La materia cubierta en este séptimo capítulo se aborda dos veces. La primera parte nos presenta los hechos generales; la última parte profundiza en los detalles y particularidades de lo que se expone al principio.

En los seis versículos que se han leído, se nos ofrece una ilustración y su aplicación. La ilustración es fácil de entender. Se toma el simple hecho del matrimonio. Una mujer que tiene un marido está ligada a él mientras este vive. ¿Por qué está ligada? Por la ley. Es contrario a la ley que ella tenga dos maridos al mismo tiempo; pero si el primer marido muere, la misma ley le permitirá casarse con otro hombre. Esta es solo una ilustración sencilla, y si se tiene en cuenta a lo largo del estudio del capítulo, nos será de gran ayuda para comprenderlo.

No hay necesidad de argumentar en este capítulo a favor de la perpetuidad de la ley. Esa no es la cuestión que se examina. El apóstol no está haciendo un

argumento especial para probar que la ley no ha sido abolida. Su argumento parte de ese punto como uno ya establecido, y muestra el funcionamiento práctico de la ley en casos individuales. Él lleva a los corazones de los hombres la convicción de que están bajo la ley; y si están bajo ella, ¿cómo puede ser abolida? Él insiste en sus exigencias sobre los corazones de los hombres, y por el Espíritu de Dios estos sienten su poder operante sobre ellos, y por lo tanto saben que no ha sido abolida.

Obsérvese la clase de personas a quienes Pablo escribe. «*Hablo a los que conocen la ley*». Esta epístola se dirige a seguidores profesos de Cristo. Esto lo encontramos en el segundo capítulo, comenzando con el versículo diecisiete: «He aquí, tú tienes el sobrenombre de judío, y te apoyas en la ley, y te glorías en Dios.» (Rom. 2:17)

Ahora, a la ilustración: Si bien la ley no permitirá que la mujer se una a dos maridos al mismo tiempo, sí le permitirá unirse a dos en sucesión. Es la ley la que lo permite, y es la ley la que la une. La misma ley que la une al primer marido, también le permite unirse al segundo, después de que el primero haya muerto. Esto es fácil de entender y no es necesario considerarlo más a fondo.

Ahora, a la aplicación: «Así también vosotros, hermanos míos, habéis muerto a la ley mediante el cuerpo de Cristo, para que seáis de otro, a saber, de aquel que resucitó de los muertos, a fin de que llevéis fruto para Dios.» (Rom. 7:4) Podemos determinar quiénes son los dos maridos comenzando por el segundo. El «otro» con quien debemos casarnos es aquel que ha resucitado de los muertos, y ese es Cristo. Nosotros somos una de las partes en el segundo matrimonio, y Cristo es la otra. Él es el segundo marido.

La pregunta que surge ahora es: ¿quién fue el primer marido que murió, para que pudiéramos unirnos al segundo? El capítulo seis ha respondido a eso. Compárese Rom. 7:5 con Rom. 6. «Porque mientras estábamos en la carne, las pasiones pecaminosas que eran por la ley obraban en nuestros miembros llevando fruto para muerte.» (Rom. 7:5) La ley nos mantuvo en la primera unión, y ahora, ¿a qué estábamos unidos? ¿En qué estábamos? Estábamos en unión con

la *CARNE*. En el capítulo seis encontramos que el cuerpo del pecado es destruido por Cristo. ¿Por qué medio es destruido el cuerpo del pecado? Por el hecho de que el hombre es crucificado con Cristo.

En primer lugar, estamos unidos al pecado —la carne pecaminosa—. No podemos servir a dos señores. Aquí hay dos figuras. Somos siervos de un señor —unidos a un marido—. No podemos servir a dos señores al mismo tiempo, y no podemos estar unidos a dos maridos al mismo tiempo. Pero sí podemos estar unidos a dos en sucesión. El primero de estos, al que todos hemos estado unidos, es el cuerpo de pecado; el segundo es Cristo, quien ha resucitado de los muertos.

Surge la pregunta, ¿qué significa que estemos *muertos a la ley por medio del cuerpo de Cristo*? Eso nos lleva al punto donde la ilustración nos falla. La ilustración nos falla, ¿por qué? Porque es absolutamente imposible encontrar algo en la vida que represente correctamente, en cada particular, las cosas divinas. No hay ilustración que sirva en todos los detalles. Por eso tenemos tantos tipos de Cristo. Ninguna persona podía servir como un tipo completo de él. Tenemos a Adán en un lugar como un tipo de Cristo; tenemos a Abel; tenemos a Moisés; tenemos a Aarón; David; y Melquisedec, y muchos otros que representan diferentes fases de Cristo, porque no hay ninguno de ellos que pudiera representarlo en cada detalle.

Así, cuando el apóstol quiere representar la unión de todas las personas con la casa de Israel, dice: «No quiero, hermanos, que ignoréis este misterio.» (Rom. 11:25) Es un misterio, es algo antinatural. Él dice que es un proceso de injerto, pero que es contrario al método natural. Por lo tanto, esta ilustración del matrimonio no puede considerarse completa en todos sus detalles. Y sin embargo, después de todo, la ilustración no falla, si elegimos considerar que la unión con el primer marido es una conexión criminal. Así es en la aplicación. Aquellos que están unidos a la carne son culpables de un crimen capital. La ley los mantiene en esa conexión —es decir, no les permitirá disolver la unión a la ligera y pasarla por alto como si nada hubiera sucedido—, sino que exige su vida. Con esta explicación podemos entender lo que sigue.

Hallamos que estamos unidos al pecado y al cuerpo de pecado. Entonces Cristo viene a nosotros y se presenta como el *totalmente hermoso*. Y en realidad, Él es el único que tiene una verdadera pretensión sobre nosotros. «Tengo contra ti que has dejado tu primer amor.» (Apoc. 2:4) El apóstol escribe a aquellos que conocen la ley y que han dejado su primer amor; y lo que se aplica a ellos, también se aplicará en mayor medida a los del mundo. Cristo llega a la puerta de nuestros corazones, y llama, y ruega que vengamos a Él. Ha extendido sus manos todo el día a un pueblo rebelde, «que anda por camino no bueno, en pos de sus propios pensamientos». (Isaías 65:2) ¡Cuán profundo, cuán insondable es el amor de Dios!

En Jer. 3:1 leemos: «Dicen: Si un hombre repudiare a su mujer, y yéndose esta de él se uniere a otro hombre, ¿volverá a ella más? ¿No será la tierra en gran manera amancillada? Tú, pues, has fornicado con muchos amantes; mas ¡vuélvete a mí!, dice Jehová.» (Jer. 3:1) Pablo, escribiendo a los Corintios, dice: «Porque os he desposado con un solo esposo, para presentaros como una virgen pura a Cristo.» (2 Cor. 11:2)

Ahora deseamos esa belleza de carácter que solo se puede encontrar en Cristo. Hallamos que esta unión en la que estamos —con la carne— no es una unión placentera, sino que el marido con quien estamos casados es un capataz, es un tirano que nos oprime de tal manera que no tenemos libertad. La carne es tiránica, y nos somete, y nos hace hacer, no lo que deseamos, sino lo que ella desea que hagamos. Cuando, con la ayuda de Cristo, llegamos a sentir que esta unión es una *esclavitud irritante*, entonces despertamos al estado real de nuestra condición, y nos damos cuenta de que si bien pudo habernos satisfecho por un tiempo, ahora la odiamos y deseamos librarnos de ella, y unirnos a Cristo.

Pero aquí es donde surge la dificultad. Se expresa en las palabras de Santiago 4:4: «¡Oh almas adúlteras! ¿No sabéis que la amistad del mundo es enemistad contra Dios? Cualquiera, pues, que quiera ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios.» (Sant. 4:4) ¿Creéis que en vano ha dicho Cristo: «¿Qué comunión tiene la luz con las tinieblas? ¿Y qué concordia Cristo con Belial?» (2 Cor. 6:14-15) Ahora bien, mientras permanecemos en la carne, deseamos tomar

el nombre de Cristo. Por supuesto, es imposible que nos unamos realmente a Cristo y sigamos aferrados al cuerpo de pecado, aunque en apariencia podamos hacerlo. No podemos estar realmente unidos a Cristo y al mundo al mismo tiempo. No podemos tener a Cristo como nuestro marido y, al mismo tiempo, vivir con el mundo.

Pero podemos tomar el nombre de Cristo y, al mismo tiempo, retener los pecados de la carne. Pero la ley no justificará a una persona que hace esto —que toma el nombre de un hombre y, al mismo tiempo, vive con otro—. La ley de Dios no nos justifica al tomar el nombre de Cristo y vivir con la carne. ¿Estamos justificados entonces al tomar el nombre de Cristo —al decir que estamos unidos a Cristo— y al mismo tiempo vivir en unión con el cuerpo de pecado? No, ciertamente no.

Aquí de nuevo encontramos cómo la ley es guardada en cada paso en este asunto de la justificación por la fe en Cristo. Aquí se elimina toda posibilidad de que una persona diga: —Yo soy de Cristo y Cristo es mío, y no importa lo que haga, es Cristo quien lo hace en mí. No; eso no es así. No podemos imputar ningún pecado a Cristo; Él no es responsable de ningún pecado, porque la ley no nos justifica al cometer ningún pecado. Así vemos que la justificación por la fe no es otra cosa que llevar a una persona a una *perfecta conformidad con la ley*. La justificación por la fe no hace ninguna provisión para la transgresión de la ley.

Pero procederemos a considerar el caso de aquellos que han sido inconscientes de las exigencias de la ley, mientras la profesaban. Pablo habla a aquellos que conocen la ley, y que se jactan de la ley, y profesan exaltar la ley, y al mismo tiempo están tan ciegos a los requisitos de la ley, que han pensado que podían profesar a Cristo y vivir en pecado. No siempre son aquellos que profesan temer que el honor de la ley sea rebajado, quienes comprenden sus exigencias en toda su extensión. Algunos incluso han predicado la ley, y al mismo tiempo han pensado que podían vivir en la indulgencia de las pasiones de la carne, mientras creían que estaban unidos a Cristo.

Ahora Cristo ha sido puesto ante nosotros, y vemos que no podemos estar unidos a Cristo y al cuerpo de pecado al mismo tiempo. Entonces decimos que renunciaremos a ese primer marido —el cuerpo de pecado— y nos uniremos a Cristo. Pero, ¿cómo podemos liberarnos de este cuerpo de pecado —este primer marido—? No podemos hacer que muera simplemente diciendo que deseamos que muriera. La mujer que siente aversión en su corazón por su marido, porque es un tirano brutal, no puede lograr separarse de él simplemente deseándolo. Es algo bueno querer servir a Cristo, si hemos calculado el costo y sabemos que estamos hartos de la vieja vida y queremos comenzar una nueva vida y vivir con Cristo; porque cuando llegamos a ese punto, podemos descubrir fácilmente cómo se puede hacer.

Cristo viene a nosotros y nos propone una unión con Él. Eso es lícito, porque Él es el único que realmente tiene algún derecho sobre nosotros, y por lo tanto, mientras vivimos en esta baja conexión con el cuerpo de pecado, Él puede venir lícitamente a nosotros y rogarnos que nos unamos a Él. Pero aquí estamos unidos a este cuerpo de pecado, y la ley no nos justificará al unirnos a Cristo hasta que ese cuerpo de pecado esté muerto.

Porque nótese de nuevo lo que implica la figura del matrimonio. Cuando dos personas se unen en matrimonio, se hacen una sola carne. Esto es un misterio. Pablo dice que lo es: «Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne. Grande es este misterio; mas yo digo esto respecto de Cristo y de la iglesia.» (Ef. 5:31-32) Este es el pensamiento que se nos presenta en esta figura del matrimonio. Porque nosotros dos —nosotros y la carne— estamos tan completamente unidos que ya no somos dos, sino una sola carne, y nuestra vida es solo una.

Repasa tu vida y mira si hay algún momento en ella en el que puedas ver que se haya separado del pecado. Ha sido una vida de pecado. El pecado siempre ha sido parte de tu vida. Solo tenemos una vida, y esa ha sido pecado. Por lo tanto, tan estrechamente hemos estado unidos al pecado, que ha habido una sola vida entre nosotros —nosotros dos hemos sido una sola carne—. Entonces, la única manera por la cual podemos deshacernos de este cuerpo de pecado —que es uno

con nosotros— es morir también. Así es como el apóstol dice que *hemos muerto a la ley por medio del cuerpo de Cristo*. Porque esa unión con la carne era realmente ilícita, y la ley tenía una demanda contra nosotros por esa unión. Nos dará muerte por esa unión. Estamos muertos en Cristo, y el cuerpo de pecado también muere.

En el capítulo seis leemos: «Nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido.» (Rom. 6:6) Cristo, en su propia carne, llevó nuestros pecados en su cuerpo en el madero. Él toma nuestros pecados para que sean crucificados con Él, para que el cuerpo de pecado sea destruido. Consentimos en morir. Reconocemos que nuestra vida ha sido confiscada por la ley, y que la ley tiene una justa pretensión sobre nosotros. Entonces entregamos voluntariamente nuestras vidas para que este odiado cuerpo de pecado muera. Aborrecemos tanto la unión con él que estamos dispuestos a morir para que él también muera.

Por tanto, «somos sepultados con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva.» (Rom. 6:4) Por lo tanto, así como morimos con Cristo, también resucitamos con Cristo. Pero Cristo no es ministro de pecado, así que aunque Él crucificará el cuerpo de pecado, no lo resucitará de nuevo, y el cuerpo de pecado es destruido. Así resucitamos, la unión entre nosotros y Cristo es completa, para que de ahora en adelante demos fruto para Dios.

«Ahora estamos libres de la ley, por cuanto hemos muerto a aquello en lo cual estábamos sujetos». (Rom. 7:6) ¿Qué está muerto? ¡El cuerpo de pecado! Fue porque estábamos unidos a ese cuerpo de pecado que la ley tenía algo contra nosotros. Nótese; Dios no tiene ningún odio contra nosotros. Dios no tiene ningún deseo de castigarnos, pero no puede soportar el pecado. Su ley debe condenar el pecado, y puesto que nos hemos identificado con el pecado, de modo que éramos uno con él, al condenar el pecado, necesariamente nos condenó; y mientras vivimos una vida de pecado, esa condenación necesariamente recayó sobre nosotros. Pero como ya hemos demostrado, tenemos la opción de cuándo

moriremos, y hemos elegido entregar voluntariamente nuestras vidas a Él, mientras que podemos tener su vida en su lugar.

Cuando nuestras vidas han sido entregadas a la ley, la demanda que la ley tenía contra nosotros es satisfecha, porque ahora, al estar muerto el cuerpo de pecado, somos liberados de la ley, así como la mujer cuyo marido está muerto es librada de la ley de su marido, para que pueda unirse a otro. Pero la misma ley que la sujetaba a ese primer marido, la une al segundo. Así ocurre en este caso. La misma ley que nos ataba al cuerpo de pecado, ahora testifica nuestra unión con Cristo. (Rom. 3:21) Esa ley perfecta testifica la unión con Cristo y la justifica. Y mientras permanezcamos en Cristo, nos justifica en esa unión, mostrando que la unión con Cristo es conformidad con la ley.

Y el poder de Cristo es capaz de mantenernos en esa unión. «Y si morimos con Cristo, creemos que también viviremos con él.» (Rom. 6:8) Nos unimos a Cristo en el acto de la muerte. Por esa muerte, el vínculo que nos unía a nuestro primer marido —el cuerpo de pecado— se rompió —el cuerpo de pecado fue destruido—, y ahora resucitamos con Cristo.

¿Creemos que viviremos con Él? ¿Por qué se casa la gente? Para que puedan vivir juntos. Entonces, porque hemos sido unidos por la muerte con Cristo, creemos que ahora, ya que hemos resucitado con Él, viviremos con Él. Nótese además —cuando dos se unen, ellos dos ya no son dos, sino una sola carne. Cristo «para crear en sí mismo de los dos un solo y nuevo hombre, haciendo la paz.» (Ef. 2:15) Somos suyos, Cristo y nosotros somos uno, y por lo tanto juntos hacemos un hombre nuevo. Ahora, ¿quién es el uno? Cristo es el uno.

Bien podría decir Pablo: «Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí.» (Gál. 2:20) Ahora es Cristo, no nosotros. Así somos los representantes de Cristo en la tierra. Por eso Cristo, en su oración en el huerto, oró: «para que sean perfectos en unidad; para que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado.» (Juan 17:23)

¿Cómo puede el mundo saber esto? ¿Por la Biblia? —No; porque el mundo no lee la Biblia; y por lo tanto Dios nos ha puesto en el mundo como la luz del mundo. La Biblia es una luz y una lámpara, pero no para aquellos que no la toman. Tomamos la palabra de Cristo, nos alimentamos de ella en espíritu, y traemos a Cristo a nuestros corazones, y así afectamos la unión; y entonces la luz brilla para el mundo, y el mundo sabe que Cristo ha sido enviado como un Salvador divino.

Pasamos por alto algunos versículos. El apóstol muestra que mientras las pasiones de los pecados eran por la ley, no es porque la ley sea pecaminosa, sino porque la ley es santa. Por la ley es el conocimiento del pecado. Pablo estuvo una vez vivo en seguridad carnal, sirviendo a Dios, según pensaba; pero cuando vino el mandamiento, entonces el pecado abundó y él murió; y esta ley que fue ordenada para vida, porque justifica al obediente, encontró que no tenía nada más que muerte para él, porque no la había estado obedeciendo realmente. Por eso dice: «De manera que la ley a la verdad es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno.» (Rom. 7:12)

Pero nótese; antes de este tiempo Pablo había sido uno que honraba la ley, se había jactado de la ley, y por lo tanto escribe a aquellos que conocen la ley —a aquellos que se han esforzado con todas sus fuerzas por guardar la ley—; y sin embargo, ellos son los que tienen que ser librados de la ley. ¿Por qué? Porque mientras se jactaban de la ley, al quebrantarla, deshonraron a Dios.

Ahora seguiremos sirviendo, pero ¿cómo? —no como lo hacíamos antes, en la vejez de la letra, sino en la novedad del espíritu. Eso significa que nuestro propio servicio a la ley es algo de lo que tenemos que ser liberados. ¿Por qué? —Porque ha sido simplemente un servicio forzado; ha sido simplemente en la vejez de la letra; no ha habido espíritu y vida en él. No ha sido de Cristo, por lo tanto ha sido pecado. Nos jactábamos de la ley, y profesábamos guardar la ley, sin embargo, ese mismo servicio era pecado, y debemos ser liberados de ese tipo de servicio a la ley, para servir de la manera correcta. Así que ahora servimos en la novedad del espíritu, y no en la vejez de la letra.

En la última parte del capítulo, el apóstol muestra qué es esa vejez de la letra de la cual debemos ser librados. «Porque según la carne, estoy vendido al pecado.» (Rom. 7:14) Hacemos una gran violencia al apóstol Pablo, ese hombre santo, cuando decimos que en esto él está relatando su propia experiencia cristiana. Él no está escribiendo su propia experiencia ahora que está unido con Cristo. Él está escribiendo la experiencia de aquellos que sirven, pero en la vejez de la letra, y mientras profesan servir a Dios, son carnales y vendidos al pecado.

Una persona vendida bajo servidumbre es un esclavo. ¿Cuál es la evidencia de esta esclavitud? «Porque lo que quiero, no lo hago; mas lo que aborrezco, eso hago. ... Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago.» (Rom. 7:15, 19) ¿Hemos tenido alguna vez tal experiencia en nuestra llamada experiencia cristiana? Sí; hemos luchado, pero con toda nuestra lucha, ¿guardamos la ley? No, hemos fracasado, y está escrito en cada página de nuestras vidas. Es un servicio constante, pero al mismo tiempo es un fracaso constante.

Fracaso, tomo una nueva resolución —la rompo, y luego me desanimo, luego tomo otra resolución, y la rompo de nuevo. No podemos obligarnos a hacer lo que queremos haciendo una resolución. No queremos pecar, pero pecamos todo el tiempo. Decidimos que no caeremos de nuevo bajo esa tentación, y no lo hacemos —hasta la próxima vez que surge, y entonces caemos como antes.

Cuando estamos en esta condición, ¿podemos decir que tenemos esperanza y que «nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios»? (Rom. 5:2) No escuchamos tales testimonios —se trata únicamente de lo que queremos hacer, y lo que hemos fallado en hacer, pero intentamos hacer en el futuro. Si una persona tiene la ley ante sí, y reconoce que es buena, y sin embargo no guarda sus preceptos, ¿es su pecado menor a los ojos de Dios que el pecado del hombre que no se preocupa por la ley? No.

¿Cuál es la diferencia entre el aspirante a cristiano, que conoce la ley pero no la guarda, y el mundano que no guarda la ley y no reconoce que es buena? Simplemente esto: Nosotros somos esclavos reacios, y ellos son esclavos

dispuestos. Nosotros estamos todo el tiempo distraídos y afligidos, y no obtenemos nada de la vida en absoluto, mientras que el mundano no se preocupa en lo más mínimo.

Si uno va a pecar, ¿no es mejor ser el mundano, que no sabe que existe tal cosa como la libertad, que ser el hombre que sabe que hay libertad, pero no puede obtenerla? Si tiene que ser esclavitud, si debemos vivir en los pecados del mundo, entonces es mejor estar en el mundo, participando de sus placeres, que estar en una miserable servidumbre, y no tener esperanza de una vida venidera.

Pero *gracias sean a Dios*, podemos tener libertad. Cuando la vida se vuelve insoportable a causa de la esclavitud del pecado, entonces es cuando podemos tener esperanza, porque eso nos lleva a la pregunta: «¡Miserable de mí! ¿quién me librará de este cuerpo de muerte?» (Rom. 7:24) Nótese; hay liberación. «Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro.» (Rom. 7:25) Cristo vino para que tuviéramos vida. En Él está la vida. Él está lleno de vida, y cuando estamos tan hartos de este cuerpo de muerte, que estamos dispuestos a morir para librarnos de él, entonces podemos entregarnos a Cristo y morir en Él; y con nosotros muere el cuerpo de muerte. Entonces resucitamos con Cristo para andar en novedad de vida, pero Cristo, que no es ministro de pecado, no levantará el cuerpo de pecado; así que es destruido, y somos libres.

Deja ir todas tus pasiones pecaminosas, y cree que Cristo te dará algo mucho mejor que ellas, de modo que tendrás un gozo inefable. No solo habrá gozo ahora, sino que habrá gozo por toda la eternidad, un canto de alegría por el precioso don que Él ha dado.

Cristo ha condenado el pecado en la carne, y por la fe lo tomamos y vivimos con Él. Esa es una vida bendecida. Aférrate a Cristo por la fe y vive con Él.

ESTUDIO BÍBLICO

CARTA A LOS ROMANOS — N.º 12

POR EL ÉLDER E. J. WAGGONER.

No debemos olvidar que el único objetivo que debemos tener en este estudio de la Biblia es que nos acerquemos más a Dios, y que aprendamos que la Palabra de Dios significa exactamente lo que dice, y que lo que dice, es la voz de Dios hablándonos individualmente. *Tomemos la Palabra y edifiquemos sobre ella.*

Hay una idea que se mencionó anoche y que deseo imprimir en vuestras mentes. Nuestra unión con Cristo y con su justicia puede y debe ser tan íntima y completa como nuestra unión lo ha sido con el pecado. La figura del matrimonio demuestra que esto es así. Estábamos unidos al pecado —*casados con el viejo hombre*—, con el cuerpo del pecado. Esa fue una conexión ilícita, por consiguiente, el cuerpo del pecado fue para nosotros un cuerpo de muerte, porque no podíamos separarnos de ese cuerpo sino por la muerte. Ese cuerpo y nosotros estábamos identificados —*estábamos casados*; por lo tanto, éramos uno, y el cuerpo del pecado era la influencia dominante en esa unión; lo dominaba todo.

Ahora Cristo viene a nosotros, y cuando nos entregamos a él, *desata los lazos que nos han atado al cuerpo del pecado*. Entonces entramos en la misma relación íntima con nuestro Señor Jesucristo que sosteníamos previamente con el cuerpo del pecado. Nos unimos a Cristo —*nos casamos con él*—, y entonces somos uno. Y como en el caso anterior, donde el cuerpo del pecado era la influencia dominante, así en este segundo matrimonio, Cristo es la influencia dominante.

Observad cuán perfectamente se desarrolla esa figura del matrimonio. Se nos representa como la mujer. El marido es la cabeza de la familia; y así Cristo es nuestra cabeza, y nosotros nos entregamos a él. *Somos uno con él*. ¡Qué pensamiento tan precioso es que somos *una sola carne con Cristo*! En esto vemos

reaparecer el misterio de la encarnación. Si podemos creer que Cristo estuvo en la carne, Dios encarnado en Cristo, podemos creer esto —*Cristo morando en nosotros y obrando a través de nosotros*—, a través de nuestra carne, exactamente igual que cuando él tomó carne sobre sí y la controló. Es un misterio que no podemos comprender; pero lo reconocemos, y eso nos da libertad.

Cantamos esta noche: «*Mi pecado está clavado en su cruz*». Él dice que nuestro viejo hombre fue crucificado con él. Eso es cierto; pero no resucitó con él. Cristo vino a servir, y no para ser servido, sino que vino a servirnos a nosotros y no a ser ministro del pecado. Por lo tanto, cuando nosotros y el cuerpo del pecado somos crucificados junto con Cristo, y somos sepultados juntos, *somos resucitados para andar en novedad de vida*, pero el cuerpo del pecado permanece sepultado, así que somos libres de él. Ahora, ¿qué sigue?

«Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu. Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte. Porque lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne; para que la justicia de la ley se cumpliera en nosotros, los que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu. Porque los que son de la carne piensan en las cosas de la carne; pero los que son del Espíritu, en las cosas del Espíritu.» (Romanos 8:1-5)

En estos versículos tenemos aquello que, si lo mantenemos en nuestras mentes y creemos que Jesús es capaz de salvarnos por la fe, será para nosotros una roca segura sobre la cual edificar. «Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús.» (Romanos 8:1) En estas palabras reside un pensamiento práctico, y de él surge una pregunta que a muchos les preocupa. Dicen: «Yo creo todo eso en teoría, estoy totalmente en armonía con ello, y sé que Cristo puede limpiar del pecado. Creo que si confieso mis pecados, él es fiel y justo para perdonarme y limpiarme de toda injusticia. Pero la pregunta en mi mente es, ¿he confesado todos mis pecados? Eso es lo que me causa problema; si

solo estuviera seguro de haber confesado todos mis pecados, entonces podría reclamar esa promesa y creer que no hay condenación para mí.»

Ahora, esto es algo que a muchísimos les preocupa: ¿cómo vamos a saber que no estamos bajo condenación? No podemos acusar a Dios de haber dejado el asunto tan indeterminado que nos sea imposible saber si estamos condenados o no, por lo tanto, debe ser que podemos averiguarlo. Podemos decirlo de esta manera: «He confesado todos los pecados de los que tengo conocimiento, todo lo que el Señor me ha mostrado; y cuando el Señor me muestre algo más, lo confesaré.» Por supuesto, confesad todo lo que el Señor os muestre; pero, hermanos, *no os detengáis a medio camino*. «Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda iniquidad.» (1 Juan 1:9) Entonces, cuando hayáis confesado un pecado, creed que Dios lo perdona, y tomad su paz en vuestros corazones, y si os muestra otros pecados, confesadlos, creed que son perdonados y seguid teniendo su paz. Pero hay muchísimas almas honestas que se privan de una bendición, y finalmente caen en la oscuridad, porque cuando han confesado sus pecados, no aceptan el perdón y no dan gracias a Dios por la libertad que debe seguir.

Ahora, la idea transmitida en esa expresión, de que hemos confesado todos los pecados de los que tenemos conocimiento, pero aun así no nos atrevemos a reconocer la libertad de la condenación, por temor a que haya otros pecados de los que no sabemos y, por lo tanto, no hemos confesado, es en realidad *presentar una acusación grave contra Dios*. Es hacer del Señor el perdonador del hombre que tiene la mejor memoria. Pero, ¿fue solo vuestra memoria lo que os permitió recordar los pecados que confesasteis? ¿Quién avivó y estimuló vuestra memoria? Fue el Espíritu de Dios el que os mostró esos pecados. Ahora, ¿vamos a acusar a Dios de hacer una obra parcial? Él envió su Espíritu Santo para mostraros esos pecados. ¿Diremos entonces que retuvo una parte de ellos, que no nos los reveló? Él nos mostró exactamente lo que quería que confesáramos, y cuando los hemos confesado, hemos cumplido la voluntad del Espíritu de Dios, y somos libres.

Supongamos que he injuriado a uno de vosotros, es posible que haya estado siguiendo un curso sistemático de maldad hacia vosotros —acusándoos

falsamente, intentando dañar vuestro negocio, tratando de provocaros e irritaros de todas las maneras posibles, haciendo todo lo que podía contra vosotros, día tras día, semana tras semana y mes tras mes. Con el tiempo, mis ojos se abren y veo la bajeza de ese proceder. Me siento completamente deshecho porque me he prestado a una forma tan vil de actuar, y vengo a vosotros y reconozco lo que he estado haciendo. Podéis ver en un instante que estoy completamente destrozado por ello, y que realmente siento que he obrado mal.

Algunos de los aquí presentes hemos tenido ocasión de perdonar a personas que se acercaron a nosotros de esa misma manera. Ahora bien, ¿ha sido nuestra costumbre, cuando vienen de esa forma contrita, permanecer impassibles y dejar que cuenten toda la historia de principio a fin, y que se esfuercen por recordar todo lo que han hecho en detalle, para que puedan confesarlo? Luego, cuando creen haberlo contado todo y piden vuestro perdón, ¿seguís impassibles, recordándoles que hay otra pequeña cosa que han omitido y les decís que también os gustaría que confesaran eso? Entonces, cuando os han dicho todo lo que pueden recordar y lo que vosotros podéis recordarles, ¿decís: «Bueno, supongo que lo habéis confesado todo, así que os perdonaré»? *No hay una persona en esta casa que haría eso.*

Cuando resolví esa cuestión para mí mismo, pensé: *no tengo por qué creerme mejor que Dios.* Cuando alguien se acerca a mí o a vosotros, completamente destrozado, y confiesa su error, le perdonamos libremente; y antes de que haya contado la mitad de lo que podría contar, le decimos que todo está bien, que está perdonado, y que no diga nada más al respecto.

Eso es exactamente lo que Dios hace. Nos ha dado la parábola del hijo pródigo como ilustración de cómo perdona. Su padre lo vio a gran distancia y corrió a su encuentro. Estoy tan agradecido de que Dios no me exija, para ser perdonado, que regrese y retome cada pecado que he cometido y lo confiese. Si lo hiciera, tendría que alargar mi tiempo de prueba más de lo que creo que es posible, para que yo repitiera la más mínima parte de ellos. Bien puede decir David: «Porque me han rodeado males sin número; me han alcanzado mis iniquidades, y no puedo levantar la vista; son más que los cabellos de mi cabeza; por eso mi

corazón me desmaya.» (Salmos 40:12) Sí, nuestros pecados son «*innumerables*», pero «los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado; al corazón contrito y humillado no despreciarás tú, oh Dios.» (Salmos 51:17) Tomamos el sacrificio de Cristo, lo incorporamos a nuestro propio ser, y así *hacemos un pacto con Dios mediante el sacrificio*.

El Señor perdona libremente, y podemos saberlo. Dios nos muestra los pecados representativos de nuestras vidas. Pecados que sobresalen prominentemente —ellos representan nuestra naturaleza pecaminosa completa, y sabemos que toda nuestra vida es de ese mismo carácter pecaminoso. Venimos y confesamos los pecados. ¿Vamos a acusar a Dios de decir: «Os he mostrado esos pecados y los habéis confesado; pero hay otros pecados, y no os los mostraré, sino que debéis descubrirlos por vosotros mismos, y hasta que lo hagáis no os perdonaré»? Dios no trata con nosotros de esa manera. Él es infinito en amor y compasión. «Como el padre se compadece de los hijos, así se compadece Jehová de los que le temen.» (Salmos 103:13)

Ahora, otro punto: «Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu.» (Romanos 8:1) La gente dice: «He aceptado a Cristo, y ahora miro hacia atrás y rastreo la historia de mi vida a lo largo del día, o de la semana, y no puedo ver nada más que imperfección en lo que he hecho, y entonces me invade el sentimiento de condenación, y no puedo sentirme libre. ¿Cómo puedo decir que no hay condenación para mí, cuando veo estos fracasos?» Esta es una *sutil decepción de Satanás*, para privarnos de la aceptación y la paz con Dios. ¿Esperamos ser justificados por esas obras? Si lo hacemos, cometemos un gran error desde el principio. «Por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él.» (Romanos 3:20) A Jesús debemos mirar para nuestra justificación, y solo a él.

Dice uno: «Tengo miedo de caer.» No tenéis por qué temer. Pablo dice: «Sé en quién he creído, y estoy seguro de que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día.» (2 Timoteo 1:12) ¿Qué le he encomendado? Mi vida, y él es capaz de guardarla.

Cuando entremos en el reino de Dios, no miraremos las mejores obras que hemos hecho, ni daremos gracias a Dios porque estemos justificados por haber obrado tan bien. Pero nuestro cántico de gozo será: «Al que nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su propia sangre.» (Apocalipsis 1:5) Y así sabemos que cuando nos entregamos a él, y morimos a él constantemente, él hace por nosotros aquellas cosas que no podemos hacer por nosotros mismos. *iMirémosle continuamente!* Pero cuando apartamos nuestros ojos de él y caemos en el pecado, él no es responsable de ello.

Mientras sigamos mirándole, no hay condenación. Probadlo, y sabréis que es un hecho, porque es un hecho que «ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús». (Romanos 8:1) ¿Por qué? «Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte.» (Romanos 8:2) En nuestros pecados, la ley es muerte para nosotros; y no solo es muerte para el hombre que no profesa justicia, sino que es muerte para el hombre que reconoce las demandas de la ley, que es buena, y sin embargo dice: «pero el cómo hacer lo bueno, no lo hallo.» (Romanos 7:18)

Todos admitirán que un cristiano debe hacer el bien, al menos parte del tiempo. Pero esta experiencia en Romanos 7:21, «cuando quiero hacer el bien, el mal está presente conmigo», (Romanos 7:21) muestra que el hombre que tiene esa experiencia no hace el bien en absoluto. Sin embargo, quiere hacer el bien. Esto es servicio en la vejez de la letra. El hombre está sirviendo a la ley, pero es un esclavo. No hay libertad en el servicio; es esclavitud. Pero ahora, habiendo intentado con todas sus fuerzas hacer lo que quiere hacer, y habiendo fracasado, encuentra que en Cristo está la perfección de la ley; en él hay vida.

Así, la ley tal como está en la persona de Cristo es la ley del Espíritu de Vida. Por lo tanto, él toma la vida de Cristo y obtiene la perfección de la ley tal como está en Cristo, y le sirve en espíritu, y no en la vejez de la letra. Así es librado de la esclavitud a la ley a la libertad en ella. Hay una maravillosa cantidad de *rica verdad* en eso: «La ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte.» (Romanos 8:2)

«Porque lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne.» (Romanos 8:3) ¿Hay algún desánimo en eso? ¿Arroja menosprecio sobre la ley? *En lo más mínimo.* ¿Qué no podía hacer la ley? No podía justificarme porque yo era débil. No tenía buen material sobre el que trabajar. No fue culpa de la ley, fue culpa del material. La carne era débil, y la ley no podía justificarla. Pero Dios envió a su Hijo en semejanza de carne de pecado, para condenar el pecado en la carne, para que él pudiera justificarnos.

Algunos han adoptado la postura de que este versículo enseña que la ley no podía condenar el pecado a menos que Cristo muriera. Hermanos, esa es una *acusación terrible* que se hace contra Dios y Cristo. Eso convertiría a Cristo, no en nuestro Salvador, sino en nuestro condenador. Cristo mismo dice, en Juan 3:17: «Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él.» (Juan 3:17) La ley siempre condenó el pecado. «El que no cree, ya ha sido condenado.» (Juan 3:18) Cristo es el justificador. Dado que la ley condena al hombre, es evidente que no puede justificarlo, porque le es imposible condenar y justificar al mismo tiempo. Pero lo que la ley no podía hacer, Cristo vino en semejanza de carne de pecado para hacerlo. ¿Cómo lo hizo? —*Guardando la ley cuando estaba en la carne.*

Hay ciertas cosas que solía hacer, por las cuales siempre me gustaba excusarme. Sabía que estaban mal, por consiguiente, tomaba resoluciones de no hacerlas. Pero las hacía de todos modos. Una y otra vez las hacía, hasta que finalmente me convencí de que eran *rasgos heredados* —que nací con ellos, y por lo tanto no podía evitar hacerlos. Pero pensar de esa manera no me libró de la condenación; me sentía condenado de todos modos. Porque Cristo no nos ha dejado excusa; él ha condenado el pecado en la carne; con su vida ha mostrado que el pecado en la carne está condenado y lo ha destruido, porque en él el cuerpo del pecado es destruido, y somos *nuevas criaturas en Cristo*. Por sus *grandísimas y preciosas promesas* somos hechos participantes de la naturaleza divina. Él ha quitado esta naturaleza pecaminosa —la ha tomado sobre sí para que nosotros fuéramos librados de ella.

«Porque los que son de la carne piensan en las cosas de la carne; pero los que son del Espíritu, en las cosas del Espíritu. Porque el ocuparse de la carne es muerte, pero el ocuparse del Espíritu es vida y paz.» (Romanos 8:5-6) «Por cuanto la mente carnal es enemistad contra Dios; porque no se sujeta a la ley de Dios, ni tampoco puede.» (Romanos 8:7)

Pero la mente carnal puede reconocer que la ley es buena. «Porque soy carnal, vendido al pecado. Porque lo que hago, no lo entiendo; pues no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco, eso hago. Y si lo que no quiero, esto hago, apruebo que la ley es buena.» (Romanos 7:14-16) Hemos imaginado, y hemos intentado consolarnos con la idea de que estábamos sujetos a la ley, porque la amábamos, y la considerábamos algo hermoso, y tratábamos con todas nuestras fuerzas, o como algunos lo expresan, «*a nuestra débil manera*», de guardarla. Pero la mente carnal no está sujeta a la ley, ni tampoco puede estarlo. ¿Y cuál es la evidencia de la mente carnal? La incapacidad de hacer lo que es bueno, y lo que sabemos que debemos hacer. «Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne; y estos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisierais.» (Gálatas 5:17)

«Mas vosotros no vivís según la carne, sino según el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros. Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él. Pero si Cristo está en vosotros, el cuerpo en verdad está muerto a causa del pecado, mas el espíritu vive a causa de la justicia. Y si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros.» (Romanos 8:9-11)

Hay un pensamiento hermoso contenido en estos versículos. Primero, se nos presenta el hecho de que podemos tener el Espíritu de Dios. ¿Cómo lo obtenemos? *Pidiendo*. Volvamos al capítulo once de Lucas. Cristo dice: «¿Qué padre de vosotros, si su hijo le pide pan, le dará una piedra? ¿o si le pide un pescado, en lugar de pescado, le dará una serpiente?... Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?» (Lucas 11:11-13) Haced una

aplicación personal de ese texto. Cuando os arrodilléis para orar por el Espíritu de Dios, que es todopoderoso y limpiará de todo pecado, citadle eso al Señor.

Si vuestros hijos vinieran a vosotros, pidiendo algunas de las necesidades de la vida, vosotros estudiaríais todas las maneras de saber cómo podríais darles las cosas que deseaban. Vosotros sois pobres, débiles y miserables, pero Dios es infinito; por lo tanto, *él está infinitamente más dispuesto a daros aquello que tanto necesitáis* de lo que vosotros podéis estarlo para dar cosas buenas a vuestros hijos. El Espíritu Santo es suyo para dar, y él está dispuesto y deseoso de que lo tengamos.

De nuevo, Cristo dijo: «El que cree en mí, . . de su interior correrán ríos de agua viva.» (Juan 7:38) Y esto dijo del Espíritu que habían de recibir. Cristo dijo de nuevo a la mujer en el pozo: «Cualquiera que bebiere de esta agua, volverá a tener sed; mas el que bebiere del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás; sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna.» (Juan 4:13-14) ¿Por qué? —«Y si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros.» (Romanos 8:11) Aquí está de nuevo *la esperanza de la resurrección*. ¿Qué queda por hacer cuando el Espíritu de Cristo mora en vosotros? Solamente vivificar, es decir, dar vida, a nuestros cuerpos mortales.

«Así que, hermanos, deudores somos, no a la carne, para vivir conforme a la carne; porque si vivís conforme a la carne, moriréis; mas si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis. Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, estos son hijos de Dios. Pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre!» (Romanos 8:12-15) *¡No habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor! ¡Oh, recordad eso!*

Él nos da su Espíritu ahora; ¿y tendremos miedo? Isaías dice: «Confiaré y no temeré.» (Isaías 12:2) No; no hemos recibido el espíritu de esclavitud para estar

otra vez en temor; porque *el amor perfecto echa fuera el temor*. (1 Juan 4:18) Pensad en Abraham, y lo que fue escrito de él para nuestro beneficio. No necesitamos considerar las fragilidades de nuestros cuerpos, sino ser *fuertes en la fe*, dando gloria a Dios, sabiendo que lo que ha prometido, es capaz de cumplirlo. Sí, «consideraremos a aquel que sufrió tal contradicción de pecadores contra sí mismo». (Hebreos 12:3)

«¡Abba, Padre!» (Romanos 8:15) Eso significa, *Padre, Padre*. Primero de todo, reconoced que él está en el cielo, y que él es Dios; es infinito en poder, y tan grande que puede levantar las islas como si fueran algo muy pequeño; para él las naciones son como *una gota de agua en un cubo*, y son contadas como *el polvo menudo de la balanza*. (Isaías 40:15) Siendo él un ser tan grande e imponente, podemos acercarnos a él y llamarle «nuestro Padre». Él tiene la ternura de un padre, respaldada por el poder de la divinidad infinita.

«El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios.» (Romanos 8:16) En Efesios 1:13 se nos dice que el espíritu es las «arras de nuestra herencia». Algunos no parecen ser capaces de entender este testimonio del Espíritu. Dicen que si solo lo tuvieran se regocijarían. ¿Qué es el testimonio del Espíritu? «Bueno», dice uno, «es una especie de sentimiento, y cuando lo tenga sabré que Dios me ha aceptado.» Pero, hermanos, se basa en algo más sustancial que un sentimiento. Me alegro de que Dios no haya dejado que el testimonio de su Espíritu dependa de mi sentimiento.

A veces me siento tan cansado y exhausto que apenas tengo fuerzas para sentir nada. Y ese es el momento preciso en que más que en cualquier otro momento deseo saber que soy un hijo de Dios. A veces la enfermedad se apodera de nosotros y nos agota todas las fuerzas, y no tenemos poder mental ni corporal. Estamos simplemente vivos, conscientes, pero sin emoción. Ese es el momento en que deseamos el testimonio del Espíritu. ¿Podemos tenerlo entonces? Sí, «El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios.» (Romanos 8:16) ¿Cómo testifica? «Si recibimos el testimonio de los hombres, mayor es el testimonio de Dios; porque este es el testimonio de Dios: que él ha

testificado acerca de su Hijo. El que cree en el Hijo de Dios, tiene el testimonio en sí mismo.» (1 Juan 5:9, 10)

Ahora, ¿qué hace un testigo? *Da testimonio, ¿no es así?* Se me presenta como testigo en un tribunal. ¿Cómo doy testimonio en ese caso? —*Contando lo que sé.* Eso es todo; doy mi palabra, y quizás la respaldo con mi juramento. Entonces, si el Espíritu testifica, debe decir algo, ¿no es así? —Sí; entonces, ¿cómo reconocemos el testimonio del Espíritu? ¿Cómo habla el Espíritu? *Notad este punto: —*

Dios habló por boca de sus santos profetas desde el principio del mundo. El Espíritu Santo habló por el profeta Jeremías. David, el dulce salmista, dice: «El Espíritu de Jehová ha hablado por mí, y su palabra ha estado en mi lengua.» (2 Samuel 23:2) Habló por el apóstol Pablo. ¿De quién es esta palabra? [Sosteniendo la Biblia.] Es la palabra de Dios. ¿Qué habla en esta palabra? El Espíritu de Dios. Entonces, ¿cuál es el testimonio del Espíritu? *Es la palabra de Dios.*

Bien, ¿pero qué hay de este testimonio en mí mismo? Recordad las palabras de Pablo en Romanos 10:6-8. «No digas en tu corazón: ¿Quién subirá al cielo? (esto es, para traer a Cristo de arriba;) o, ¿quién descenderá al abismo? (esto es, para hacer subir a Cristo de entre los muertos). Pero ¿qué dice? Cerca de ti está la palabra, en tu boca y en tu corazón: esta es la palabra de fe que predicamos.» (Romanos 10:6-8) ¿Qué palabra? La palabra de Cristo, que «si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo.» (Romanos 10:9)

La Palabra de Dios es la voz del Espíritu de Dios. Entonces tenemos el testimonio en nosotros mismos, cuando tenemos su palabra en nuestros corazones por fe. Comemos la carne y bebemos la sangre de Cristo, alimentándonos de su palabra, y así tenemos el testimonio dentro de nosotros mismos.

Este testimonio ha sido jurado. Dios ha registrado su testimonio, y juró sobre ese testimonio. Cuando Dios se ha registrado, ¿qué puedes traer para corroborar

esa palabra? Cuando Dios ha hablado, ¿traerás el testimonio de un hombre para sustentarlo? No —*Es la palabra de Dios*—, esa es nuestra ancla principal. Es nuestra única esperanza, y es *el ancla del alma, segura y firme*. (Hebreos 6:19) Entra hasta dentro del velo, donde Jesús, el precursor, ha entrado por nosotros.

Nuestra vida cristiana, desde el principio mismo, debe basarse en la palabra de Dios. Por eso quiero que toméis la palabra de Dios y la creáis. Cuando vayáis a vuestros hogares —a vuestros aposentos—, reconoced la voz de Dios hablándoos; porque su Espíritu testifica con nuestro espíritu que somos hijos de Dios. Doy gracias a Dios por el testimonio de Su palabra.

«Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo.» (Romanos 8:17) Hermanos, significa algo ser hijo de Dios. «Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios.» (1 Juan 3:1) *¡MIRADLO!* ¡Somos llamados hijos de Dios! Es demasiado maravilloso para que la mente humana lo capte por completo. Criaturas pobres, indignas, miserables, que no valen nada, sin embargo, Dios ha tenido un amor tan infinito por nosotros, que nos ha hecho dignos de ser sus hijos; y nos da todo lo que le da a Cristo.

En Juan 17:23 el Salvador ora al Padre: «para que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado.» (Juan 17:23) Hermanos, el Padre nos ama, tanto como ama a su Hijo unigénito. ¿Cómo lo sabemos? La seguridad de eso no solo se da en este texto, sino en el hecho de que permitió que su Hijo unigénito muriera para salvarnos de la muerte. Compartimos con Cristo todo el amor que el Padre tiene por él.

«Somos herederos de Dios y coherederos con Cristo.» (Romanos 8:17) Eso significa que, dado que somos coherederos con Cristo, Cristo no puede entrar en su herencia sin nosotros. Porque si tú y yo somos coherederos de una herencia, debemos tenerla juntos. No puedes entrar en tu herencia antes de que yo entre y la disfrute contigo. Entonces, todo lo que Cristo comparte ahora a la diestra del Padre es para nosotros. Él está a la diestra de Dios en los lugares celestiales, y así

somos vivificados con él, y resucitados y hechos sentar juntos en los lugares celestiales con Cristo Jesús.

Con el tiempo, cuando Cristo tome su propio trono, nosotros también lo tomaremos. En la primera carta a los Corintios está escrito: «Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman.» (1 Corintios 2:9) Esto tiene que ver con la herencia, pero *no lo pospongáis todo para el futuro*. Retroceded un par de versículos: —«Pero hablamos sabiduría de Dios en misterio, la sabiduría oculta, la cual Dios predestinó antes de los siglos para nuestra gloria; la que ninguno de los príncipes de este siglo conoció; porque si la hubieran conocido, nunca habrían crucificado al Señor de gloria.» (1 Corintios 2:7-8) Podrían haberla conocido, porque leed lo que sigue en el versículo 10: «Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu.» (1 Corintios 2:10)

Es algo que Dios nos revela ahora. No debemos posponerlo todo para las calles de oro de la Nueva Jerusalén, para las puertas de perla y los muros de jaspe. Y la única razón por la que no hemos visto estas cosas en el pasado es porque el *hombre natural no puede verlas*. Es un pensamiento precioso, y quiero que lo entendáis —que todo lo que Cristo tiene, lo tenemos ahora. Como David en la antigüedad, podemos decir: «Las cuerdas me cayeron en lugares deleitosos, Y es hermosa la heredad que me ha tocado.» (Salmos 16:6)

Tomemos a Dios por su palabra, para que conozcamos el significado de esa oración en Efesios 1:17, 18: «Para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él, alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos, y cuál la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, según la operación del poder de su fuerza.» (Efesios 1:17-19) Si nos falta sabiduría, pidámosla a aquel que da a todos abundantemente y sin reproche, y nos será dada. (Santiago 1:5)

ESTUDIO BÍBLICO

CARTA A LOS ROMANOS — N.º 13

POR EL ÉLDER E. J. WAGGONER

Anoche cerramos nuestro estudio con la consideración del versículo dieciséis del capítulo ocho de Romanos: «El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios» (Romanos 8:16).

Esta noche comenzaremos con el versículo diecisiete. Será imposible considerar cada versículo del capítulo por separado, porque nuestro tiempo es demasiado limitado, de modo que algunos de ellos deberán ser pasados con solo una pequeña cantidad de estudio.

«Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que padecemos juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados. Pues tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son dignas de ser comparadas con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse» (Romanos 8:17, 18). Hay un pensamiento sobre esta gloria que deseo aclararles. Anoche afirmé que si somos coherederos con Cristo, debemos tener todo lo que Cristo tiene. Cuando él entre en su reino, recibiendo esa promesa que Dios hizo a Abraham y a su descendencia, nosotros entraremos con él. Somos coherederos con Cristo; por lo tanto, todo lo que Cristo disfruta ahora, nosotros también lo tenemos, si estamos en él. Toda la gloria que él tiene ahora, es también para nosotros. Todo el amor que él disfruta en la presencia de su Padre, nosotros lo disfrutamos igualmente; pues él dice: «para que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado» (Juan 17:23). Así es como Dios nos ha concedido este amor maravilloso; para que seamos llamados hijos de Dios.

Piensen en ello —Dios tiene un Hijo unigénito, el resplandor de su gloria y la imagen misma de su ser; él es el bienamado; pero ¡oh, la amplitud de su amor, que es capaz de acogernos en él —de adoptarnos en su familia y hacernos

partícipes del mismo título que comparte su Hijo unigénito! Por lo tanto, el mundo no nos conoce, porque no le conoció a él. Así como el mundo no lo reconoció como el Hijo divino de Dios, el heredero del cielo; tampoco nos reconocerá a nosotros como hijos de Dios y herederos del cielo. «Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es» (1 Juan 3:2). Ahora somos hijos de Dios, tan hijos suyos ahora como lo seremos siempre. La gloria de la filiación no se manifiesta en nosotros, pero cuando Cristo aparezca, seremos semejantes a él, porque él «transformará este cuerpo de humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya» (Filipenses 3:21).

Entonces los hijos de Dios resplandecerán como el sol en el reino de su Padre.

Hermanos, desde que he aprendido que Dios da tanto gracia como gloria, me deleito cada vez más al pensar en la gloria que se ha de revelar en nosotros. Porque entiendo que Dios las da ambas por el mismo poder y que ese trono al que venimos a presentar nuestras peticiones, como a un trono de gracia, es igualmente un trono de gloria. Dice Jeremías, al hacer una petición por su pueblo: «No nos deseches, por amor de tu nombre; no deshonres el trono de tu gloria; acuérdate, no invalides tu pacto con nosotros» (Jeremías 14:21). Y así, puesto que es tanto un trono de gracia como un trono de gloria, la gracia que se concede es igual a la medida de la gloria que hay en ese trono. Esa gloria se revelará en nosotros con el tiempo, de modo que este cuerpo pobre y vil resplandecerá como el sol. Esta seguridad —que la gloria que se ha de revelar en nosotros con el tiempo, es nuestra seguridad de que la medida de esa gracia puede revelarse en nosotros ahora; y es por eso que el Señor nos ha revelado ahora tanto de la gloria que ha de venir, como podemos entender. Aquí es donde a menudo no logramos obtener el beneficio de las cosas que Dios ha puesto ante nosotros acerca de esta gloria que ha de venir. Olvidamos que son dadas para nuestra ayuda presente, para que podamos tener y compartir ahora toda la fuerza que hay en ellas.

Así como los sufrimientos de este tiempo presente no son dignos de ser comparados con la gloria que ha de ser revelada; así también los sufrimientos de este tiempo presente no son dignos de ser comparados con la gracia que se nos da en este tiempo presente para soportarlos. La gracia es igual a la gloria.

«Porque la creación aguarda con ardiente anhelo la manifestación de los hijos de Dios. Porque la creación fue sujeta a vanidad, no por su propia voluntad, sino por causa de aquel que la sujetó en esperanza. Porque también la creación misma será libertada de la esclavitud de corrupción a la libertad gloriosa de los hijos de Dios. Porque sabemos que toda la creación gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora. Y no solo ella, sino que también nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo» (Romanos 8:19-23).

Ahora hemos recibido las primicias del Espíritu. Eso no significa que ahora debamos recibir solo un poco del Espíritu, sino que obtenemos el Espíritu como las primicias, o el dinero adelantado —las *arras*— de nuestra herencia. Pablo prueba esto en Efesios 1:13, 14: «En él también vosotros, habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa, que es las arras de nuestra herencia hasta la redención de la posesión adquirida, para alabanza de su gloria» (Efesios 1:13, 14). Entonces, tener el Espíritu de Dios y ser hijos de Dios es entrar ahora en las riquezas de nuestra herencia. Comenzamos a compartir las riquezas de esa herencia ahora, y si continuamos siendo hijos de Dios, continuamos en nuestra herencia a lo largo de toda la eternidad, siendo la única diferencia que cuando venga el Hijo de Dios, tendremos la herencia y la gloria completas de ella.

Al considerar estas promesas de esta manera, podemos ver cómo es que el cielo comienza aquí mismo en la tierra. Si realmente nos aferramos a estas cosas por fe, podemos llevar el Espíritu de Dios con nosotros, y conoceremos la paz y el gozo del cielo.

«Porque en esperanza fuimos salvos; pero la esperanza que se ve, no es esperanza; porque lo que alguno ve, ¿a qué esperar? Pero si esperamos lo que no vemos, con paciencia lo aguardamos. Y de igual manera el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad; pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles» (Romanos 8:24-26).

Hermanos, hay un mundo entero de ánimo en estos versículos. He pensado tanto a veces cuando he estado en nuestras reuniones, y he oído a uno tras otro levantarse y dar testimonio, y cerrar con las palabras: «oren por mí», que Cristo mismo oró por nosotros, y que el Espíritu Santo mismo está intercediendo por nosotros, con gemidos que no pueden ser expresados. Hermanos, aunque podemos pedir a otros que oren por nosotros, ¿no podemos aferrarnos por fe y apropiarnos de las oraciones que se ofrecen continuamente por nosotros en el cielo? Incluso si los hermanos no oran por nosotros, tenemos el gozo y el consuelo de saber que Cristo y el Espíritu están orando por nosotros.

Por mi parte, puedo entender estas cosas y sacar ánimo de ellas de esta manera: voy a Dios, le abro mi alma y le pido que me dé —¿qué pediré?— a veces las palabras se han ido, y no puedo pensar en nada, solo en un deseo inexpresable de algo más de lo que tengo; pero el Espíritu Santo sabe lo que necesito, y conoce la mente de Dios. Sabe justo lo que Dios tiene para darme, y así intercede por mí, y Dios da *en abundancia mucho más allá de todo lo que puedo pedir o imaginar*. El Espíritu de Dios toma esos pensamientos que no podemos expresar con palabras, y que apenas podemos pensar, y los transforma en palabras y peticiones ante el trono de Dios, y el que escudriña los corazones de los hombres sabe cuál es la intención del Espíritu.

Estoy persuadido de que muchos de nosotros cometemos un gran error en esto de escudriñar los corazones. Oímos a hermanos decir que «van a escudriñar sus corazones y a desechar todas las cosas malas que puedan encontrar en ellos». Dice Jeremías: «Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso; ¿quién lo conocerá? Yo Jehová, que escudriño la mente, que pruebo el corazón, para dar a cada uno según su camino, y según el fruto de sus obras» (Jeremías

17:9, 10). Estamos aquí en la tierra, en una condición pecaminosa. Admitimos que no estamos en la condición espiritual en la que deberíamos estar; y así escudriñaremos nuestros corazones y desecharemos toda la maldad que podamos encontrar en ellos. No podemos hacerlo, porque el corazón nos engañará siempre. Sin embargo, Dios puede escudriñar el corazón, y lo hace; y si aceptamos el resultado de su escudriñamiento, grande será nuestro gozo. Porque es el Consolador quien trae estos pecados a nuestros corazones, los que el Señor ha escudriñado; y este mismo acto de traer nuestros pecados ante nuestros ojos es parte del consuelo de Dios. Sí; por la misma obra de darnos a conocer nuestros pecados, Dios nos da consuelo.

Algunas personas dicen que el Señor les da a conocer sus pecados según pueden soportarlos. Cuando el Señor me dio a conocer mis pecados, no pude soportarlos. Pensé que la vida misma estaba siendo aplastada en mí, y supe que no podía soportarlos. Ahí fue donde vino el consuelo —no podía soportarlos, así que estuve dispuesto a dejar que el Salvador los soportara por mí. Así, el Señor escudriña los corazones de los hombres, y lo único que tenemos que hacer es aceptar el perdón que él tiene para nosotros, una vez que los ha escudriñado y los ha puesto ante nuestros ojos.

Ahora llegamos a la parte más bendita y gloriosa de este capítulo tan glorioso. Una palabra forma la clave del capítulo ocho de Romanos: «*Gloria*».

«Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados. Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos. Y a los que predestinó, a estos también llamó; y a los que llamó, a estos también justificó; y a los que justificó, a estos también glorificó» (Romanos 8:28-30).

El versículo veintiocho se cita mal muy a menudo, y se aplica mal, mucho más a menudo, simplemente cambiando el tiempo verbal. La gente lo lee: "Sabemos que todas las cosas *obrarán* para bien a los que aman a Dios". Pero eso no es lo que Pablo dice. Él dice que todas las cosas *obran* para bien, en el tiempo

presente, para aquellos que aman a Dios. Pero dice uno: "No sé si lo hacen". Bueno, simplemente aférrase a esta Escritura y créala, y entonces lo sabrá. La única manera en que podemos saber es creyendo la palabra de Dios. Entonces encontraremos que todas las cosas sí obran para bien a los que aman a Dios. Esta es la alegría del cristiano —que no puede pasarle nada malo.

Algunos dicen que hay una clase especial para quienes esto es así. Sí, es cierto, hay una clase especial, y esa clase especial está compuesta por aquellos que aman a Dios. Sabemos si amamos a Dios o no, por lo tanto, sabemos si podemos apropiarnos de esta promesa o no. ¿No hay razones suficientes para amar a Dios? Algunos dicen: "Quiero amar más a Dios, sé que no lo amo lo suficiente". ¡Qué absurdo es esto! —como si el amor de Dios fuera un deber que pudiéramos obligarnos a cumplir. El amor no puede ser forzado; el mismo acto de forzar a una persona a amar a otra, mostraría que no hay amor en absoluto. ¿Cómo amamos cualquier objeto por el cual tenemos afecto? Simplemente porque es amable a nuestros ojos, y cuanto más conocemos de aquello que amamos, más lo amamos. Entonces, cuanto más conocemos de Dios, más lo amaremos. Al acudir a su palabra, de la cual debemos obtener nuestro conocimiento de él, vemos la amplitud de la misericordia de Dios, y no podemos evitar amarlo. ¿Por qué no podemos evitar amarlo? Porque *él nos amó primero*. Entonces, si queremos amar más a Dios, estudiemos más su amor tal como se revela en su palabra.

Ahora, ¿qué hay de esta clase —«a los que conforme a su propósito son llamados» (Romanos 8:28)?

Aquí tenemos el asunto del «llamamiento», y eso a veces desalienta a algunos. Un hermano dirá: "Quizás no he sido llamado, no estoy del todo seguro de serlo; y por lo tanto no funciona bien para mí". Ese asunto del «llamamiento» puede resolverse muy fácilmente. ¿A quién ha llamado Dios? «Y el Espíritu y la Esposa dicen: Ven. Y el que oye, diga: Ven. Y el que tiene sed, venga; y el que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente» (Apocalipsis 22:17).

Ahora el llamado es para cada hombre, mujer y niño en la tierra. Aquellos que lo oyen deben tomarlo y transmitirlo. La bondad de Dios es lo suficientemente

amplia como para incluir a cada individuo; «porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna» (Juan 3:16). Esos dos textos son suficientes para dispersar a los cuatro vientos toda la basura teológica que se ha escrito para probar que Dios tiene unos pocos escogidos a quienes ha llamado, y a ningún otro. Que ninguna alma se mantenga alejada porque piensa que no ha sido llamada. El llamado es para todos. No todos vienen —no todos siguen el consejo de Pedro, y hacen su llamamiento y elección seguros—; pero eso no es culpa de la provisión de Dios.

Ahora somos «llamados» y «elegidos». A veces nos asustamos mucho de esa palabra, «elegido». ¿Hay alguna necesidad de temer ese término? No; porque cada individuo puede ser candidato, y cada candidato puede ser elegido. Aquí hay algo que todos pueden tener, y el hecho de que uno sea elegido no impide que todos los demás también lo sean.

En 2 Timoteo 1:9 leemos: «Quien nos salvó y nos llamó con llamamiento santo, no conforme a nuestras obras, sino conforme a su propósito y a la gracia suya que nos fue dada en Cristo Jesús antes de los tiempos de los siglos» (2 Timoteo 1:9). Fíjense, su propio propósito es un propósito de gracia, y el don gratuito por gracia viene sobre todos para justificación de vida. Ahora noten lo que es la elección:—

«Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo, según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él en amor, habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia, con la cual nos hizo aceptos en el Amado» (Efesios 1:3-6).

«¡Él nos bendijo con toda bendición espiritual!» (Efesios 1:3). ¿En qué? —En Cristo; por lo tanto, en el momento mismo en que renuncias al yo y tomas a Cristo en su lugar, tienes todo lo que Cristo tiene para dar. ¿Por qué todas estas bendiciones han sido depositadas en Cristo? Porque él es capaz de bendecirles,

«al apartar a cada uno de vosotros de sus iniquidades» (Hechos 3:26). Así que, puesto que Dios mismo nos ha dado todas las bendiciones que pueden ser dadas para librarnos del pecado y para apartarnos de nuestras iniquidades, podemos tener gozo y paz en él. Pedro dice: «Como todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad nos han sido dadas por su divino poder, mediante el conocimiento de aquel que nos llamó por su gloria y excelencia» (2 Pedro 1:3). Todo lo que es necesario para la vida y la piedad nos es dado. ¿En quién? —En Cristo. Por lo tanto, el alma que está en Cristo puede permanecer y permanece tan firme y segura como la Roca de los Siglos.

Ahora es «para alabanza de la gloria de su gracia, con la cual nos hizo aceptos» (Efesios 1:6). ¿En quién? —«En el Amado» (Efesios 1:6). No en nosotros mismos, sino en el Amado; y cada uno es llamado a la comunión de Cristo, si la acepta. Hermanos, ¿es irrazonable que Dios no acepte a aquellos que no lo aceptan a él? —No. Entonces, ¿es irrazonable e injusto que Dios nos acepte cuando aceptamos su llamado? —Ciertamente no. Entonces somos elegidos en él, según el puro afecto de su voluntad, «para alabanza de la gloria de su gracia, con la cual nos hizo aceptos en el Amado. . . . dándonos a conocer el misterio de su voluntad, según su buen propósito, el cual se había propuesto en sí mismo, de reunir todas las cosas en Cristo, en la dispensación del cumplimiento de los tiempos, así las que están en los cielos, como las que están en la tierra; en él, asimismo, tuvimos herencia» (Efesios 1:6, 9-11). Noten esto, cuando estamos en Cristo, hemos obtenido una herencia —tenemos las primicias de ella—, comenzamos a compartirla ahora.

«Porque a los que antes conoció, también los predestinó. Habiendo sido predestinados conforme al propósito del que hace todas las cosas según el designio de su voluntad» (Romanos 8:29; Efesios 1:11). Solo unas pocas palabras sobre la «preciencia». A veces se adopta la postura de que Dios no sabía a qué destino llegaría el hombre cuando lo creó, y si lo sabía, entonces no debería haberlo creado en absoluto, o debería haberle impedido seguir el camino que ha tomado. Dios sabe, y conoce de antemano, y conoce el fin desde el principio. «Conocidas son a Dios desde el siglo todas sus obras» (Hechos 15:18). Dios no ha

cambiado ni un ápice del plan que conocía antes de que el mundo comenzara. Y no hay poder en todo el universo que pudiera hacerle cambiar.

«¿Sabía Dios que Adán iba a pecar, y sabe si seremos salvos o no?» Sí, él sabe todo al respecto —quién será salvo y quién se perderá. «Entonces, ¿cómo es que somos libres?» No lo sé, y no importa. Sé por su palabra que soy perfectamente libre de tener la salvación, y de tenerla cuando la quiera. Sé al mismo tiempo que Dios sabe si la tomaré o no. No puedo entender cómo estas dos cosas pueden ser; pero Dios sabe, y él no es injusto, así que todo está bien. No hay un ángel en el cielo que sepa cómo puede ser, pero ellos saben que es así.

Noten lo absurdo de la afirmación de que Dios puede saber si quiere, pero que no quiere saber algunas cosas; y por lo tanto no ejerce su poder de saber. Algunos dicen que si supiera, sería responsable de que nos salvemos o nos perdamos, así que no ejerce su poder de saber, y por lo tanto se libera de esa responsabilidad. Eso es lanzar una acusación terrible contra Dios. Realmente arroja toda la responsabilidad de la ruina del hombre sobre Dios, y lo acusa de intentar eludirla. Si elige no saber ciertas cosas, ¿cómo es posible que sepa lo que quiere saber y lo que no quiere saber?

La misma afirmación de que no quiere saber ciertas cosas prueba que debe conocerlas para saber que no quiere conocerlas, y esto es un absurdo total. Que no quiera saber las cosas que sí sabe, es un absurdo evidente por sí mismo. Una idea así debe basarse necesariamente en la suposición de que Dios sabe que sabe estudiando. Pero Dios no tiene que contar, y calcular, y figurar para llegar a conclusiones. Él es Dios, y el conocimiento está en él, y comienza y termina en él.

Dios es el Alto y Santo «que habita la eternidad» (Isaías 57:15). Él mora en la eternidad. ¿Qué es la eternidad? —Es algo que no tiene principio ni fin. Puede representarse con un círculo, en cada punto del cual Dios mora al mismo tiempo. Él es autoexistente. Es decir, los millones de edades que han existido en el pasado, y los millones que han de existir en el futuro, son todos «justo ahora» para Dios. Pasado, presente y futuro están todos presentes con Dios. Él vive en un

ETERNO AHORA. No podemos entender cómo puede ser eso; pero eso no importa; él dice que es así, y le creemos.

Que él sea el Dios eterno, constituye la fuerza del hecho de que él es nuestro refugio. Es el Dios eterno quien ha estado a cargo de nuestros caminos en el pasado, y tenemos confianza en su dirección. Si él no hubiera conocido el pasado y el futuro, ¿cómo podría yo haber sabido si me estaba guiando correctamente o no? Job dice: «Él conoce el camino que tomo» (Job 23:10).

Él nos guía en el camino que debemos seguir, y miró a través de los siglos, y vio quién tendría la herencia, y la está preparando para él. ¿Qué pensarías de un hombre, para poner el asunto en un plano muy bajo, que reuniera un montón de piedras y comenzara a construir una casa? Le preguntas qué tipo de casa va a construir. "Bueno", dice, "no lo sé, voy a juntar estas piedras y maderas, y luego veré qué tipo de casa resulta de ello". Hablar así sería una tontería. Antes de que un hombre comience a construir una casa, sabe cómo va a quedar, sabe exactamente cómo se verá cuando esté terminada. Cuando Dios trazó sus planes en épocas pasadas, ¿no crees que sabía qué tipo de tierra iba a tener? Él sabía qué tipo de tierra iba a ser y tenía un propósito al hacerla. La creó para ser habitada.

No solo sabía qué tipo de lugar iba a ser, sino que sabía qué tipo de hombres iban a morar en él; conocía a cada hombre que moraría en él, y les había puesto nombre a cada uno de ellos. Esos hombres que Dios vio que tendrían que habitar la tierra, cuando trazó sus planes para ella en épocas pasadas, iban a ser hombres buenos y santos; y esa misma tierra, cuando este pequeño experimento del pecado se haya resuelto, será habitada exactamente por las personas que Dios vio que la habitarían, y tendrán los nombres que él les dio en épocas pasadas.

En Apocalipsis 2:17 leemos: «Y le daré una piedrecita blanca, y en la piedrecita un nombre nuevo escrito, el cual ninguno conoce sino aquel que lo recibe» (Apocalipsis 2:17). Ahora, no debe suponerse que en el reino de Dios no conoceremos los nombres de los demás para poder pronunciarlos. En la Biblia, cada nombre significaba algo. Jacob era el «suplantador»; Israel, el «príncipe de Dios»; Abraham, el «padre de muchas naciones»; Sarai, una «mujer

contenciosa»; y Sara, una «princesa». El nombre significaba el carácter del individuo.

Ahora bien, aunque todos los redimidos han de tener el carácter perfecto de Dios, sin embargo, ese carácter es tan perfecto y tan amplio, que hay lugar para que cada uno tenga un carácter distinto. ¿Por qué nadie podrá entender el nombre de otro? Porque ninguna persona habrá tenido la misma experiencia en el desarrollo del carácter. Ninguna persona ha sido guiada de la misma manera, ni ha tenido la misma experiencia o pruebas. «El corazón conoce la amargura de su alma; y un extraño no se entremete en su alegría» (Proverbios 14:10).

En Éxodo 33:17 el Señor dijo a Moisés: «Gracia has hallado en mis ojos, y te he conocido por tu nombre» (Éxodo 33:17). Moisés estaba maravillosamente cerca del Señor en ese tiempo. Él anduvo con Dios, y soportó continuamente «como viendo al Invisible» (Hebreos 11:27). Día tras día su carácter fue moldeado por el Todopoderoso, y de no haber sido por un pecado, habría sido trasladado sin ver la muerte. Fue manso sobre todos los hombres, y Dios lo conoció por ese nombre que estaba escrito en el libro.

El hombre cayó, pero todo hombre que vivió inmediatamente después de la caída, pudo haber aceptado la salvación ofrecida si hubiera querido, y pudo haber sido una de esas personas que poblarían la tierra —una de esas personas a quienes Dios vio cuando trazó los planes para la tierra y para sus habitantes. Si eso hubiera sido así, la tierra se habría llenado y la obra habría terminado hace mucho tiempo. ¿Habría sido eso injusto para nosotros, ya que en ese caso no habríamos nacido y, por lo tanto, habríamos quedado excluidos? No, no habría sido más injusto de lo que será injusto cerrar la obra dentro de unos años y dejar fuera a posibles naciones aún no nacidas.

Ahora Dios nos preconoció en Cristo, y en él, en el principio, fuimos predestinados a tal lugar en la tierra en su estado de pureza como Dios quiere que tengamos. Estoy tan agradecido de que podamos tener a Cristo si queremos, y si le creemos y confiamos en él, sabemos que estamos predestinados a un lugar en su reino. Dios nos ha «predestinado conforme al propósito del que hace todas las

cosas según el designio de su voluntad» (Efesios 1:11). ¿No pueden ver que todas las cosas cooperan para bien a los que aman a Dios?

¿Cómo sé que soy hijo de Dios? Él me amó, y él me compró, y yo me entregué a él, y por lo tanto soy suyo. Ahora estoy en Cristo, y no importa lo que me pase. No hay nada malo que pueda venir sobre mí, porque todo lo que venga, Dios lo hará obrar para mi bien; y no solo lo hará, sino que lo hace. Lo hace para desarrollar mi carácter y prepararme para lo que me está preparando.

Ahora, Satanás trama algún plan malvado contra mí —influencia a algún hombre o gobierno para que haga algo contra mí, algo calculado para destruirme. Bueno, eso está bien; porque Dios toma esos mismos planes malvados, y de ellos saca bien para mí. Satanás obra esos planes malvados para lograr mi ruina; pero Dios toma sus planes, y por medio de ellos me lleva al puerto deseado. Por lo tanto, el cristiano no tiene por qué quejarse.

No hay nadie que pensaría en quejarse cuando se lo está pasando bien. Pero el cristiano se lo está pasando bien todo el tiempo, porque todas las cosas obran juntamente para su bien. ¿Son estas cosas malas buenas, las que se traman contra nosotros? Sí, porque aunque son malas cuando comienzan, y están diseñadas para arruinarnos, sin embargo, para cuando nos llegan, Dios las transforma en bien. Cuando miramos las cosas de esta manera, podemos alabar a Dios pase lo que pase.

Estaba José; sus hermanos lo enviaron a Egipto. Lo hicieron sin otra intención que destruirlo. Primero intentaron matarlo, y luego, cuando lo vendieron como esclavo, pensaron que no viviría mucho tiempo allí como esclavo, y que de esa manera se librarían de él. Y sin embargo, el salmista nos dice: «Envió un varón delante de ellos; a José vendieron por esclavo» (Salmos 105:17). Esos hermanos suyos estaban obrando la maldad de sus corazones, y al mismo tiempo Dios lo envió conforme a su voluntad. No podemos entender cómo puede ser esto, pero sabemos que así fue.

Caifás, aquel viejo y perverso sumo sacerdote, preguntó: «No conviene que un solo hombre muera por el pueblo, y no que toda la nación perezca» (Juan 11:50).

Allí estaba el sentimiento del político astuto y mundano. Sin embargo, al mismo tiempo, en esas mismas palabras, Dios estaba pronunciando una profecía. No hay persona malvada, ni siquiera el mismo diablo, que Dios no tome a él y su maldad tal como viene, y haga que obre su propio propósito eterno. Hay un mundo de consuelo en el pensamiento de que ese es el tipo de Dios a quien servimos.

Así es que a quienes predestinó, a estos también llamó; y a quienes llamó, a estos también justificó; y a quienes justificó, a estos también glorificó. Cristo dice: «La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno» (Juan 17:22). Sí, el Señor da gracia y gloria, y tenemos la gloria ahora, solo que en forma de gracia. «Hermoseará a los humildes con salvación» (Salmos 149:4). Él nos ha dado las riquezas de su gloria y su gracia. Con el tiempo nos mostrará las riquezas sobreabundantes de su gracia con la gloria que ha de ser revelada.

«¿Qué, pues, diremos a esto? Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?» (Romanos 8:31).

ESTUDIO BÍBLICO

CARTA A LOS ROMANOS. — N.º 14

POR EL ÉLDER E. J. WAGGONER.

Para terminar el octavo capítulo esta noche, será necesario que dediquemos poco tiempo a cada versículo. Sin embargo, creo que lo mejor será repasar brevemente los versículos que consideramos en nuestro estudio anterior.

«Sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados. Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos. Y a los que predestinó, a estos también llamó; y a los que llamó, a estos también justificó; y a los que justificó, a estos también glorificó.» (Romanos 8:28-30)

Notarán que los verbos en estos textos están todos en tiempo pasado. Las bendiciones y promesas aquí contenidas son verdaderas continuamente para aquellos que son llamados por Dios, y para todos los que son llamados por Dios. ¿Quiénes son los llamados? «Porque la promesa es para vosotros, y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos; para cuantos el Señor nuestro Dios llamare». Él llama: «Cualquiera que quiera». «El que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente».

Ahora bien, ¿cuál es el propósito de Dios al llamar a todo el mundo —a todo el que quiera venir— a Él? «De reunir todas las cosas en Cristo, en la dispensación del cumplimiento de los tiempos, así las que están en los cielos, como las que están en la tierra.» (Efesios 1:10) Hablando sobre el mismo tema en (2 Timoteo 1:9), el apóstol Pablo dice: «Quien nos salvó y llamó con llamamiento santo, no conforme a nuestras obras, sino conforme al propósito suyo y a la gracia que nos fue dada en Cristo Jesús antes de los tiempos de los siglos». Hemos de ser reunidos en Cristo conforme al propósito y la gracia de Dios. Viendo esto, ¿cuál es nuestro deber? «Por tanto, hermanos, procurad con mayor diligencia hacer firme

vuestra vocación y elección; porque haciendo estas cosas, jamás caeréis.» (2 Pedro 1:10)

Ahora, ¿cómo podemos hacer firme nuestro llamamiento y elección? Todo el mundo es llamado; pero el propósito de Dios está en Cristo; «porque de él, y por él, y para él, son todas las cosas. A él sea la gloria por los siglos. Amén.» (Romanos 11:36) Todos somos llamados, y todos podemos hacer firme nuestro llamamiento y elección, aceptando a Cristo y permaneciendo en Él; entonces somos llamados conforme al propósito de Dios, porque estamos en Cristo. Entreguemos todo el yo, y todo lo que está conectado con el yo; entonces podemos tener a Cristo, y somos llamados conforme al propósito de Dios.

Si decimos: «Aquí estoy, Señor, tócame», entonces estamos en Cristo; pero ese decir: «aquí estoy, tócame», debe ser *en obra y en verdad*. No son simplemente las palabras, sino que debemos saber lo que significa. Entonces estamos en Él y, por lo tanto, estamos predestinados a ser conformes a la imagen de su Hijo.

«Todas las cosas cooperan para bien a los que aman a Dios.» ¿Cuándo? — Ahora. ¿Cómo es eso? — «Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo». *Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios*. Cuando le decimos al Señor, día tras día: «Aquí está mi corazón, Señor; no he hecho ningún cambio en el don; quiero que tú lo tengas», Él nos atará con cuerdas de amor divino a los cuernos del altar. Entonces somos predestinados con Cristo. Lo que Él tiene, nosotros lo tenemos. Él nos ha dado vida eterna, y Él mismo ha dicho: «Nadie las arrebatará de mi mano.» (Juan 10:28)

Dios tenía un propósito. ¿Puede cambiarse? No, la cosa está *fija*. Aquellos que son llamados, son justificados, en Cristo, por lo tanto, tenemos justificación. Pero aquellos que son justificados, también son glorificados. ¿Podemos creer eso? Si podemos, hemos captado una cantidad *maravillosa* de fuerza. ¿Tenemos la gloria de Cristo? Sí, «La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno.» (Juan 17:22)

Noten, está en tiempo pasado. La gloria que Dios ha dado a Cristo es nuestra hoy. Es cierto que esa gloria aún no aparece, y el mundo no nos conoce, porque no conoció a Cristo. Pero es nuestra, y aparecerá, e incluso ahora aparece en forma de gracia. Interiormente la tenemos, porque dice Pablo: «Para que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu.» (Efesios 3:10) Por la misma razón, Jeremías dice: «No nos deseches, por amor de tu nombre; no deshonres el trono de tu gloria.» (Jeremías 14:21)

«Gracia y gloria dará Jehová; no quitará el bien a los que andan en integridad.» Pedro dice que, creyendo, podemos «regocijarnos con gozo inefable y glorioso.» (1 Pedro 1:8)

La gloria es toda nuestra, la tenemos ahora. Pronto, cuando hayamos aceptado esta gracia según las riquezas de su gloria, y Él haya obrado su propósito en nosotros, entonces pasaremos de la gracia a la gloria al mismo nivel.

«¿Qué, pues, diremos a esto? Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?» Tomen este versículo y léanlo, y apréndanlo de memoria; y luego recuerden decir: «Ellos le han vencido por medio de la sangre del Cordero y de la palabra del testimonio de ellos.» (Apocalipsis 12:11)

Y recuerden que Cristo dio el ejemplo de derrotar a Satanás con la palabra del testimonio; cada vez que venía la tentación, Él decía: «*Escrito está*». Así que, cuando lleguen las nubes de oscuridad, y la densa oscuridad se agrupe a nuestro alrededor, simplemente digan: «*¡Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?!*» Y Dios está por nosotros, como se demuestra en que dio a Cristo para que muriera por nosotros, y lo levantó de nuevo para nuestra justificación.

Hay paz en el pensamiento de que Dios obra todas las cosas según el consejo de su propia voluntad, y que todas las cosas cooperan para bien a los que aman a Dios, a los que son llamados según su propósito. Entonces no importa lo que venga contra nosotros, porque al venir contra nosotros, viene contra el propósito de Dios, y eso es tan seguro y firme como la existencia del Todopoderoso puede hacerlo.

Ahora, ¿quién está contra nosotros? Satanás está contra nosotros. Eso no hace ninguna diferencia si lo está. Satanás ha probado su poder con Cristo, y se ha demostrado que no es nada. «Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra», dice Cristo. Entonces, si toda potestad le ha sido dada a Cristo en el cielo y en la tierra, ¿dónde queda alguna para Satanás? No queda ninguna. En un conflicto con Cristo, Satanás no tiene poder; así que si tenemos a Cristo por nosotros, nada puede estar contra nosotros.

Algunos de nosotros hemos estado hablando sobre el poder de Satanás en el pasado; pero no tiene ninguno, no le queda nada. Técnicamente hablando, Satanás está contra nosotros. ¿Quién es él? —«*El príncipe de la potestad del aire*». Él trae pestilencia, trae enfermedad, pone cosas en nuestro camino, y las alinea contra nosotros. Pero las mismas cosas que él alinea contra nosotros para nuestra ruina, Dios las toma y las hace *para nosotros*. Todas son buenas. A menudo cantamos:

Que venga el bien o el mal,
será para mi bien,
seguro de tenerte en todo,
de tener todo en ti.

Pero muy a menudo cantamos cosas que no creemos en absoluto. Ahora bien, no querría que nadie dejara de cantar estas cosas, sino que las creyera más. A menudo ocurre que si se quitaran las palabras de la música y se pusieran en prosa sencilla, no habría nadie en toda una congregación que las creyera o se atreviera a decirlas. Creémoslas no porque estén en el himno, sino porque son verdad bíblica.

Somos como la gente representada por el profeta Ezequiel: «Y tú, hijo de hombre, los hijos de tu pueblo se juntan para hablar de ti junto a las paredes y a las puertas de las casas, y habla el uno al otro, cada uno a su hermano, diciendo: Venid ahora, y oíd qué palabra viene de Jehová.» Eso es —dicen: «*Venid, vamos a la reunión, y escuchemos el sermón*». «Y vienen a ti como viene el pueblo, y se

sientan delante de ti como pueblo mío, y oyen tus palabras, pero no las ponen por obra; antes hacen halagüeñas expresiones con su boca, y el corazón de ellos anda tras sus ganancias. Y he aquí que tú eres a ellos como cantor de amores, hermoso de voz y que canta bien; y oyen tus palabras, pero no las ponen por obra.» (Ezequiel 33:30-32)

Digo que muchas de estas verdades son solo una canción para mucha gente. Las oyen y se interesan por ellas, y luego siguen adelante, pero no las creen ni las practican. Pero el Señor las ha dado para que las creamos y las practiquemos, y serán nuestra fuerza. Así que todo coopera para bien a los que aman a Dios. No siempre podemos ver cómo, o decir cómo; pero Dios lo ha dicho, y sabemos que es así. Hay muchas cosas que no podemos decir por qué las creemos, y a nuestros propios sentidos no parecen ser así; pero el mero hecho de que Dios haya prometido que si las creemos, así serán, las hace así, cuando las aceptamos y las creemos. Nunca podremos saber esto hasta que creamos; pero cuando creemos, entonces sabremos. Así que, si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?

Piensen en ese profeta solitario de Dios, Eliseo. Estaba en Samaria, las montañas lo rodeaban por completo. Toda una hueste de hombres armados había venido a tomarlo. Él estaba solo con su siervo, y ese siervo tenía miedo. Él no pensó en ese momento, ni dijo, que el Rey de Israel debería enviar una tropa de caballería, o alguna infantería para defenderlo. El joven se acercó a él y le dijo: «¡Ah, señor mío! ¿Qué haremos?» Eliseo oró: «Te ruego, oh Jehová, que abras sus ojos.» Y Jehová abrió los ojos del joven, y él miró, y he aquí que el monte estaba lleno de caballos y carros de fuego alrededor.

Toda la montaña y la llanura estaban llenas de carros y caballos, y cualquiera de ellos era más fuerte que toda la hueste del enemigo. Es tan cierto en nuestro caso como en el de Eliseo, que «más son los que están con nosotros que los que están con ellos», y lo único que debemos hacer es abrir los ojos para que podamos ver que esto es así. ¿Qué nos abre los ojos? —La palabra; es lámpara a nuestros pies y lumbrera a nuestro camino, y si la creemos, sabremos que los que están por nosotros son más que los que están contra nosotros.

El que está con nosotros es el Dios vivo de Israel, que tiene poder para convertir la oscuridad en luz, y la debilidad en fuerza; y toda cosa mala que viene contra nosotros, Él la convierte en una bendición para ayudarnos en nuestro camino.

«El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos

«¿Cómo no nos dará también con él todas las cosas libremente?» ¿Por qué nos dará también con Cristo todas las cosas? —Porque todas las cosas están en él. Obsérvese Efesios 1:23: «que es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo».

El que se ha revestido de Cristo es *fortalecido con todo poder*. ¿Por qué? Porque Dios ha puesto a Cristo «muy por encima de todo principado y autoridad, y poder y señorío, y de todo nombre que se nombra, no solo en este siglo, sino también en el venidero; y sometió todas las cosas bajo sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, la cual es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo». Por lo tanto, todo está en Cristo. En él están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento. A él se le ha dado todo poder en el cielo y en la tierra. ¿No ve que, siendo este el caso, es una conclusión inevitable que cuando Dios dio a Cristo por nosotros, y lo entregó libremente por todos nosotros, en él nos da todas las cosas?

«Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo» (Efesios 1:3). «Gracia y paz os sean multiplicadas, en el conocimiento de Dios y de nuestro Señor Jesús. Como todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad nos han sido dadas por su divino poder, mediante el conocimiento de aquel que nos llamó por su gloria y excelencia, por medio de las cuales nos ha dado preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia» (2 Pedro 1:2-4).

Cristo tiene todo poder, y nos ha dado todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad. Nótese que se usa el tiempo pasado. Esto ya ha sido hecho por nosotros. Entonces, ¿por qué no las tenemos? Por una sola razón: porque no las tomamos. Hemos estado lamentándonos durante tanto tiempo, diciendo que queremos estas cosas; bueno, podemos tenerlas, nos han sido dadas, y no hay razón por la que no debamos apropiárnoslas.

Supongamos que vengo a usted y le digo que tengo mucha hambre y que me gustaría algo de comer. Muy bien, usted dice, siéntese aquí a la mesa y le traeremos algo. Pronto coloca lo mejor que tiene sobre la mesa y me dice que ahí está, y ahora, coma. Pero yo digo: «¡Oh, tengo tanta hambre, y realmente quiero comida!» Muy bien, tómela y coma. «Pero tengo tanta hambre, y realmente quiero algo de comer, no he comido nada en días». Bueno, tómela. «Sí, pero realmente quiero comida». Usted diría que estoy fuera de mis cabales si actuara de esa manera y no comiera la comida que tan libremente se puso delante de mí.

Una persona me dijo la otra noche: «Si así es como el Señor actúa con estas bendiciones que pertenecen a la vida y a la piedad, ciertamente somos necios al no tomarlas; pero no creo que la ilustración sea justa, porque no podemos ver estas cosas que el Señor tiene para ofrecer, y sí podemos ver la comida». Yo tampoco creo que sea una ilustración justa, porque no cumple con la mitad del propósito.

¿No creyó usted a menudo ver algo que no vio? ¿No le engaña a menudo su vista? A veces cree haber visto algo que no vio, y otras veces vio cosas que, al examinarlas de cerca, no eran como realmente parecían. Pero la palabra de Dios nunca engaña. Por lo tanto, estoy más seguro de las cosas prometidas en la palabra de Dios que si pudiera verlas. *«Por tanto, es por fe, para que sea por gracia, a fin de que la promesa sea firme para toda la descendencia; no solamente para la que es de la ley, sino también para la que es de la fe de Abraham, el cual es padre de todos nosotros»* (Romanos 4:16).

«Porque las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas» (2 Corintios 4:18). Debemos revisar nuestra lógica un poco en este

asunto. Pensamos que todo lo que podemos ver está bien y es seguro. Por lo tanto, nos apoderamos de una casa o un pedazo de tierra o alguna otra propiedad, y pensamos que tenemos algo, porque poseemos algo que podemos ver. Pero la verdad del asunto es que las únicas cosas de las que podemos depender son las cosas que no podemos ver. Podemos ver la tierra, y podemos ver los cielos, pero van a pasar. «Mas la palabra del Señor permanece para siempre. Y esta es la palabra que por el evangelio os ha sido anunciada» (1 Pedro 1:25).

Con el salmista podemos decir: «Dios es nuestro amparo y fortaleza, nuestro pronto auxilio en las tribulaciones. Por tanto, no temeremos, aunque la tierra sea removida, y aunque se traspasen los montes al corazón del mar» (Salmos 46:1-3). ¿Podemos decir eso? Hermanos, ese tiempo se acerca. La tierra se tambaleará como un borracho, y será removida como una cabaña, y las montañas saltarán y se precipitarán en el océano. Eso va a suceder, y habrá algunas personas en ese momento que se sentirán perfectamente tranquilas y confiadas; pero no estarán compuestas por hombres y mujeres que nunca aprendieron a decir que *todas las cosas obran para bien para los que aman a Dios, para los que son llamados conforme a su propósito*. El hombre que duda de Dios ahora, dudará de él entonces. «*El que habita al abrigo del Altísimo morará bajo la sombra del Omnipotente*».

El que no escatimó a su propio Hijo, antes lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él libremente todas las cosas? Esa promesa lo incluye todo. «*Así que, nadie se gloríe en los hombres; porque todo es vuestro: sea Pablo, sea Apolos, sea Cefas, sea el mundo, sea la vida, sea la muerte, sea lo presente, sea lo por venir; todo es vuestro, y vosotros de Cristo, y Cristo de Dios*» (1 Corintios 3:21-23). Esto no es en el futuro. Todas las cosas son vuestras, en el presente.

Todo es nuestro, y por lo tanto podemos decir con el salmista: «*Las cuerdas me han caído en lugares deleitosos, y es hermosa la heredad que me ha tocado*».

Sí, lo tenemos todo; somos hijos del Rey, del Altísimo. ¿Qué importa si la gente no nos posee? Dios nos posee, y él nos conoce; y por lo tanto, si los

hombres nos llenan de reproches y persecuciones, lo único que podemos hacer es compadecerlos y trabajar por ellos, porque no conocen las riquezas de la herencia.

«¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica». Bueno, hay uno que lo hará con seguridad. Tenemos su nombre, Satanás. Aquí hay un testimonio sobre él: «Y oí una gran voz en el cielo, que decía: Ahora ha venido la salvación, el poder, y el reino de nuestro Dios, y la autoridad de su Cristo; porque ha sido lanzado fuera el acusador de nuestros hermanos, el que los acusaba delante de nuestro Dios día y noche» (Apocalipsis 11:10). Sí, Satanás es el acusador de los hermanos; lo ha hecho día y noche, y todavía lo está haciendo, —poniendo todo lo que puede a cargo de los escogidos de Dios. Pero él es lanzado fuera, y ahora ha venido la salvación y el poder, y el reino de Dios, y el poder de su Cristo. Cristo tiene todo el poder; ¡qué bueno es eso!

Pero dice un alma pobre, desanimada y desesperanzada: «¡Creo todo eso, he confesado mis pecados, y creo que Dios es fiel y justo para perdonarlos y limpiarme de toda injusticia; pero estos pecados siguen apareciendo ante mí todo el tiempo!» ¿Está seguro de que es Satanás quien los trae a colación? Ese es un punto importante, porque si está seguro de eso, y ellos realmente aparecen, usted debería ser una de las criaturas más felices vivas.

¿Por qué trae Satanás estas cosas a colación? Porque él es el acusador de los hermanos, y es un falso acusador, es *mentiroso y padre de mentira*, y por lo tanto, si Satanás saca a relucir estos pecados y lo acusa, entonces usted sabe que están perdonados, porque nunca los habría sacado a relucir si no hubieran sido perdonados. Él no podría decir la verdad si lo intentara, y a menos que hubieran sido perdonados, nunca los sacaría a relucir, nunca en el mundo, porque tendría miedo de que usted los confesara, y serían perdonados.

Bueno, otra pregunta: «No sé; quizás no sea Satanás; debe ser Dios». No; «Dios es el que justifica». Si Dios justifica, no puede condenar. ¿Quién tiene derecho a condenar sino Dios? —Nadie—, solo Dios es juez. Entonces no hay otra alma que tenga derecho a condenar, excepto Dios. Él nos muestra nuestros

pecados, y los confesamos, y nos entregamos a él, y él nos justifica, y en él no hay variación ni sombra de cambio; por lo tanto, cuando él justifica, ¿quién hay en el universo que pueda condenar? ¿Quién lo hará? —Satanás; pero ¿qué tenemos que ver con él? Si solo diéramos más crédito a la verdad de Dios y menos a las mentiras de Satanás, sería mejor para nosotros.

«¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aun, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros». ¿Quién va a condenarnos entonces, ya que Dios justifica, y Cristo murió y resucitó como prenda de esa justificación? Cristo murió y resucitó, y está aun ahora a la diestra de Dios para interceder por nosotros. ¿No ve que no queda ni una posible escapatoria para el desánimo del cristiano?

Hay un momento en que Dios trae los pecados ante nosotros, pero es cuando no han sido confesados. Esa es la única vez. Pero es *el Consolador el que convence de pecado*; así que él nos consuela en todo lugar, y en el acto mismo de recordarnos las faltas que hemos cometido. Entonces, cuando Dios me hace notar pecados que no he confesado, le daré gracias por el consuelo, y cuando Satanás los traiga a colación de nuevo, alabaré a Dios de nuevo, porque si no fueran perdonados, Satanás nunca los traería a colación, pero si han sido confesados, han sido perdonados.

En Cristo se han encontrado la misericordia y la verdad. La misma mano que sostiene la ley, sostiene también el perdón. Hermanos, recordad esto, que cuando la ley fue pronunciada desde el Sinaí en tonos de trueno, estaba en la mano de un mediador, nuestro Señor Jesucristo. Entonces, la misma mano que sostiene la justicia, y que convence de pecado, sostiene también el perdón. Gracias sean dadas a Dios que siempre nos hace triunfar en Cristo.

«¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada? Como está escrito: Por causa de ti somos muertos todo el tiempo; somos contados como ovejas de matadero. Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de

aquel que nos amó». Esa idea de «*mucho más*» que es tan prominente en el capítulo cinco, se encuentra de nuevo en estos versículos.

A menudo escuchamos la expresión: «Si tan solo puedo entrar por las puertas del cielo, estaré satisfecho». Estoy tan agradecido de que no tengamos que simplemente entrar, como si quisiéramos disculparnos por nuestra presencia una vez que estuviéramos allí. ¿Por qué no? —Porque él ha prometido que «*os será otorgada amplia y generosa entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo*».

«Tenemos enemigos con los que lidiar», dice uno. No hable de ellos, ni de sus pruebas y tentaciones, sino hable del poder de Cristo. Todo poder le ha sido dado a él. Así que cuando luchemos, recordaremos que no es una batalla igualada, sino que *luchamos la buena batalla de la fe*, y el poder nos es dado para que podamos ser más que vencedores por medio de aquel que nos amó y se dio a sí mismo por nosotros. *Donde el pecado abundó, sobreabundó la gracia*.

¿Quiénes son los vencedores? Son aquellos que han obtenido la victoria. «*Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes*». No es contra carne y sangre que estamos luchando, por lo tanto, la carne y la sangre no tienen importancia en la defensa. Entonces, ¿cómo nos encontramos con el enemigo? «*Pelea la buena batalla de la fe, echa mano de la vida eterna*».

Ahí entra de nuevo esa cuestión de la vida. «*Echa mano de la vida eterna*». El único poder que puede resistir el mal es el poder de una vida interminable, y el que tiene al Hijo tiene esa vida. Debemos *pelear la buena batalla de la fe*. ¿Qué es la fe? Confiar en otro. Si peleo con mis puños, yo soy el que lucha. Si peleo la batalla de la fe, alguien más está luchando por mí, y yo estoy obteniendo el beneficio. *Somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó*. Gracias sean dadas a Dios que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo.

Bueno, ¿cómo es esto? Cristo ha luchado, ¿no es así? Sí, ha luchado mano a mano con Satanás aquí en la tierra. Él conquistó a Satanás y a toda su hueste, y

derribó todo poder y dominio, porque fue puesto por encima de todo «*principado y poder y potencia*». Noten, esas son las mismas cosas con las que luchamos. ¿Cuán grande fue la victoria de Cristo sobre ellas? «Y despojando a los principados y a las potestades, los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz» (Colosenses 2:15). Así que Cristo se encontró con estos mismos enemigos con los que tenemos que luchar, y triunfó sobre ellos y los despojó. Él ha obtenido la victoria sobre ellos. ¿Cuál es el resultado? ¿Cuál debe ser siempre el resultado cuando se ha librado una batalla, y un lado ha conquistado completamente al otro? —Paz. Satanás no se rendiría, así que el Salvador conquistó la paz.

«*Él es nuestra paz*». «La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo» (Juan 14:27). Como él nos ha dado su paz, y la paz sigue a la victoria, así la victoria ya ha sido obtenida. Y si tenemos a Cristo, esa victoria ya es nuestra. Simplemente nos aferramos a la vida eterna de Cristo, y eso se hace aferrándonos a su palabra, que es espíritu y vida. Así traemos a Cristo a nuestros corazones, y así tenemos a Cristo, y la victoria que él ganó para nosotros.

El gran problema con nosotros es que a veces tenemos miedo de que Cristo obtenga la victoria. ¿Por qué? Tenemos algún pecado querido al que no queremos renunciar, estamos dispuestos a que todo lo demás se vaya, pero no eso, y así tenemos miedo de que Cristo obtenga la victoria, y que ese pecado tenga que ser abandonado. ¡Solo piensen en ello! Llamamos a Cristo para que nos ayude a derrotar a nuestro enemigo, y cuando él viene, nos encuentra del lado del enemigo. Pero si renunciamos a todas estas cosas, Cristo nos dará algo infinitamente mejor. Cuando decidimos por la palabra de Dios que todo lo que Dios tiene para darnos está en Cristo, que él es la plenitud de aquel que lo llena todo en todo, nos daremos cuenta de que las escasas cosas de esta tierra no merecen ser tenidas, comparadas con lo que se nos va a dar.

En 1 Juan 4:2-4 tenemos referencia a los espíritus malignos con los que tenemos que luchar, y esta seguridad se da a los hijos de Dios: «Vosotros, hijitos, sois de Dios, y los habéis vencido; porque mayor es el que está en vosotros, que el

que está en el mundo» (1 Juan 4:4). Así que con Eliseo sabemos que *los que están con nosotros son más que los que están contra nosotros*. «Y esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe» (RV 1 Juan 5:5).

¿Creemos que Cristo ha conquistado todo, y que cuando lo tenemos a él, lo tenemos todo, y que no hay poder de las tinieblas que pueda hacernos daño?

Cuando esto ha sido hecho, somos *crucificados con él*. Nuestras propias vidas han sido entregadas a Cristo, pero aún vivimos. Entonces debe ser alguna otra vida la que vivimos, y esa vida es la vida de Cristo. Esa es la vida en la que nos gloriamos. Cristo es nuestra vida, y él tiene la victoria, y por lo tanto nosotros la tenemos. «Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo» (Efesios 6:11).

¿Qué es vestirse de toda la armadura? —Estar completos en Cristo, eso es lo que queremos decir.

Él es la verdad, *Jehová, justicia nuestra*. Calzados con la paz, él es nuestra paz. Es Cristo en todo. Luego, toma la espada en tu mano, y es la palabra de Dios, y Cristo es la palabra eterna.

«*Y vosotros estáis completos en él*». Habiéndonos vestido de toda la armadura que es Cristo, estamos completos en él. «*Vestíos del Señor Jesucristo*». Él es la armadura, y la armadura es él. Así es que en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó y dio su vida por nosotros. No hay nada que pueda quitarnos la armadura. «*Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro*».

ESTUDIO BÍBLICO.

CARTA A LOS ROMANOS. — N.º 15.

POR EL ELDER E. J. WAGGONER.

Será necesario saltar del octavo al decimotercer capítulo; no porque en los capítulos intermedios no se encuentren algunas de las verdades más importantes de la Biblia, sino porque el tiempo asignado para esta serie de estudio bíblico es demasiado limitado para permitir su lectura. Así que, esta noche abordaremos el estudio del capítulo 13, ya que trata cuestiones de vital importancia para todos los creyentes en el mensaje del tercer ángel. Este capítulo se utiliza y se cita con frecuencia para probar que el gobierno civil tiene algo que ver con la religión; y la razón por la que se comete este error es que el capítulo se considera un tratado que expone los deberes de los gobernantes civiles y muestra los límites hasta donde puede extenderse su poder. Pero esto es un error.

En este capítulo, el apóstol Pablo está hablando a cristianos profesos. Como ya hemos dicho, esto se demuestra en la primera parte de la epístola, donde en el segundo capítulo el apóstol se dirige a aquellos que descansan en la ley y se jactan de Dios. Desde ese punto en adelante, la epístola se dirige a aquellos que profesan conocer a Dios. En el capítulo siete el apóstol dice: «Porque hablo a los que conocen la ley» (Romanos 7:1). Así que, en lugar de que el capítulo decimotercero sea simplemente un tratado sobre el gobierno civil, mostrando sus deberes y límites, está dirigido a la iglesia, mostrando cómo deben relacionarse con Dios, para no estar en conflicto con las autoridades que existen. Si esto se tiene en cuenta, será de gran ayuda para la solución de las muchas preguntas importantes que se consideran en el capítulo.

«Sométase toda persona a las autoridades superiores; porque no hay autoridad sino de parte de Dios, y las que hay, por Dios han sido establecidas. De modo que quien se opone a la autoridad, a lo establecido por Dios se opone; y los que se oponen, acarrearán condenación para sí mismos» (Romanos 13:1, 2). Estos versículos no deben interpretarse como si enseñaran que los cristianos deben

obedecer todo mandato que los gobiernos civiles puedan imponerles. Podemos recordar el tiempo en que esto fue escrito, y a la gente a la que se dirigía. Fue escrito en un tiempo en que el Imperio Romano ejercía dominio sobre todo el mundo conocido, y se dirigía especialmente a la iglesia en Roma, la capital de este Imperio universal. El emperador que reinaba en ese tiempo era Nerón, y fue sin duda el monarca más perverso, el más sanguinario y abominablemente licencioso que jamás se sentó en el trono de cualquier reino. Supongo que nunca hubo otro hombre en el mundo que combinara tanta maldad en sí mismo como Nerón, el emperador de los romanos. Era un pagano, y un pagano entre los paganos.

Las leyes que se promulgaban en Roma reconocían la religión pagana y se oponían al cristianismo. En el reinado de Nerón ocurrió la más cruel persecución a los cristianos que jamás ha habido desde que el mundo comenzó; y fue durante esta persecución que el apóstol Pablo perdió la cabeza. Por lo tanto, es manifiesto que el apóstol, cuando dice que debemos estar sujetos a las autoridades que existen, no quiere dar a entender la idea de que debemos hacer todo lo que las autoridades nos digan que hagamos. Si el apóstol Pablo hubiera hecho eso, nunca habría perdido la cabeza; pero sufrió porque la verdad que predicaba se oponía a los principios del gobierno romano; y no podemos suponer que el apóstol Pablo predicara una cosa y hiciera otra. Entonces surge la pregunta: ¿Qué quiere decir al exhortarnos a ser *sujetos a las autoridades superiores*?

Tomemos el caso negativamente. No debemos resistir a las autoridades que existen. ¿Por qué? Porque somos hijos del Altísimo —hijos del reino celestial—, y la regla de ese reino es la paz. El gobernante del reino es el Príncipe de paz. Por lo tanto, dado que hemos sido librados del poder de las tinieblas y trasladados al reino de su Hijo, debemos permitir que la paz de Dios gobierne en nuestros corazones. «Y la paz de Dios gobierne en vuestros corazones» (Colosenses 3:15). Por esta razón debemos «Seguid la paz con todos, y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor» (Hebreos 12:14).

En el capítulo 12 de Romanos se nos instruye: «Si es posible, en cuanto dependa de vosotros, estad en paz con todos los hombres» (Romanos 12:18). Eso no significa que debamos vivir en paz con todos los hombres solo mientras

podamos soportar su provocación, y que cuando eso se vuelva insoportable, tengamos la libertad de tener una disputa abierta con ellos en una riña formal. Sino que significa que, «si es posible, en cuanto dependa de vosotros», debéis vivir en paz con todos los hombres. ¿Hasta qué punto, entonces, le es posible al cristiano vivir en paz con todos los hombres? Le es posible estar en paz con todos los hombres, en lo que a él mismo respecta, todo el tiempo. Porque, él está ciertamente muerto al pecado, pero vivo para Cristo. Cristo mora en su corazón por la fe, y Cristo es el Príncipe de paz. Entonces no hay circunstancias bajo las cuales el cristiano esté justificado en perder los estribos y declarar la guerra ya sea contra un individuo o contra un gobierno.

En Gálatas 5:18, se nos dice: «Pero si sois guiados por el Espíritu, no estáis bajo la ley» (Gálatas 5:18). Las obras de la carne son las obras que hacen aquellos que están bajo la ley, y en la enumeración de estas obras encontramos la palabra *contiendas*. Por lo tanto, un cristiano no puede entrar en contienda, porque no está en la carne. Las contiendas no pueden tener lugar en nosotros: por lo tanto, en lo que a nosotros respecta, habrá paz todo el tiempo. Pero si aquellos hombres con quienes tenemos que tratar endurecen sus corazones contra la verdad de Dios, y no se dejan afectar por la verdad, causarán problemas, pero el problema será de su parte; con nosotros habrá paz todo el tiempo.

En 1 Pedro 2:21 y siguientes, se nos dice que Cristo sufrió por nosotros, dejándonos ejemplo para que sigamos sus pisadas. Él, cuando le maldecían, no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba, sino que se encomendaba a aquel que juzga con justicia. El caso de Cristo ante el Sanedrín, ante Pilato, es un ejemplo de paz perfecta. Por lo tanto, si seguimos el ejemplo de Cristo y la exhortación de Pablo, la cual, siendo inspirada, debe estar en armonía con ella, no llegaremos a ese punto donde muchos dicen que *la paciencia deja de ser una virtud*. Si somos cristianos, tenemos el amor de Cristo morando en nuestros corazones. Ese amor es caridad, y el amor todo lo soporta.

Cristo, en su sermón del monte, nos mandó: «No resistáis al que es malo; antes, a cualquiera que te hiera en la mejilla derecha, vuélvele también la otra» (Mateo 5:39). Ahora, ¿quiere decir lo que dice o no? ¿Significa eso que si un

hombre malvado se nos acerca y nos ofrece violencia personal, debemos defendernos, o no? Dejamos esta pregunta abierta para que la decidáis vosotros mismos.

No importa bajo qué gobierno viva un cristiano, tiene el deber de no resistir sus ordenanzas. Todos los gobiernos, buenos, malos o indiferentes, son ordenados por Dios; de modo que la maldad o los males existentes en el gobierno no dan excusa al cristiano para resistir. Todos los gobiernos son ordenados por Dios, y todos son mejores que la anarquía; pero no están ordenados para encargarse de promover o llevar a cabo la religión, porque Dios no ha delegado su autoridad en asuntos de religión a ningún poder terrenal, aunque son ordenados por Dios.

Ahora bien, ¿cómo es que debemos estar sujetos a las autoridades, pero no siempre obedecerlas? Tomemos un ejemplo conocido. Nabucodonosor era rey de Babilonia, y el suyo era ciertamente un gobierno ordenado por Dios, pues Dios había entregado todas las tierras sobre las cuales reinaba en manos de Nabucodonosor, el rey de Babilonia, y todas las naciones debían servirle a él, y a su hijo y al hijo de su hijo. Nabucodonosor hizo una estatua de oro y mandó que cuando sonara la música, todo el pueblo debía postrarse ante ella. Se le informó al rey que los tres hebreos, Sadrac, Mesac y Abed-nego, no se habían postrado y adorado la estatua de oro. El rey los llamó y les dijo que, aunque lo habían desobedecido, pasaría por alto esa ofensa, si cuando la música sonara de nuevo, adoraban la estatua. «Sadrac, Mesac y Abed-nego respondieron al rey Nabucodonosor, diciendo: Oh Nabucodonosor, no necesitamos responderte sobre este asunto. He aquí, nuestro Dios a quien servimos puede librarnos del horno de fuego ardiente; y de tu mano, oh rey, nos libraré. Y si no, sabe, oh rey, que no serviremos a tus dioses, ni tampoco adoraremos la estatua de oro que has levantado» (Daniel 3:16-18).

Ellos no resistieron al rey. Él les dio una alternativa. Podían hacer una de dos cosas: postrarse ante la estatua o ser echados en el horno. Desobedecieron la orden de postrarse ante la estatua; pero no resistieron la alternativa de ir al horno.

Y además le dijeron al rey que su Dios era capaz de librarlos de su mano; pero no sabían si lo haría o no. Eso no importaría de todos modos. Si Él no elegía librarlos, serían quemados. Eso estaba bien; entregarían sus vidas, triunfarían en la muerte, y de esa manera serían librados de su mano, si no de otra.

¿Cuál es la relación de los cristianos con el gobierno civil? Cristo es el Ungido. ¿Para qué fue ungido? «A predicar buenas nuevas [el evangelio] a los mansos; . . . a vendar a los quebrantados de corazón, a publicar libertad a los cautivos, y a los presos apertura de la cárcel» (Isaías 61:1). Ahora bien, habrá un tiempo en que los reinos de esta tierra vendrán a ser los reinos de nuestro Señor y de su Cristo, como es declarado por el profeta.

En el salmo segundo, leemos: «Pídeme, y te daré por herencia las naciones, y como posesión tuya los confines de la tierra» (Salmos 2:8). Pero, ¿qué va a hacer con ellos? Despedazarlos. Ese tiempo aún no ha llegado; por lo tanto, Cristo, el Mediador, no tiene absolutamente nada que ver con los gobiernos de la tierra; su gobierno es un gobierno espiritual en los corazones de su pueblo. Su reino, pues se sienta sobre un trono y gobierna, es un gobierno sobre los corazones de su pueblo. Él gobierna en los corazones de los hombres, donde es imposible para los reyes de la tierra gobernar. Las contiendas pueden gobernar allí todo el tiempo; pero ellos no pueden impedirlo; o la paz puede tener dominio, y ellos no pueden perturbarlo. Él se sienta sobre un trono de gracia, y allí dispensa gracia sin interferir con los gobiernos de la tierra y de una manera que ellos no pueden impedir.

Los grandes hombres de esta tierra ejercen señorío sobre otros; pero Cristo ha mandado que no sea así entre su pueblo, sino que el que quiera ser el más grande entre ellos, sea el siervo de todos.

Tomemos a Daniel como ejemplo de cómo los hombres deben estar sujetos a las autoridades que existen, y aun así estar sujetos a Dios. Se estableció un decreto de que cualquiera que hiciera una petición a cualquier dios u hombre durante treinta días después de la promulgación de ese decreto, salvo al gran rey Darío, sería echado en el foso de los leones. Daniel ocupaba un alto cargo en el

gobierno, y era un ciudadano pacífico, como todo cristiano debe serlo. Le habría sido muy fácil decir: *"No necesito pedir nada a nadie durante treinta días, y puedo encerrarme en mi casa donde nadie pueda verme, y allí puedo adorar a Dios en silencio, y así llevaré a cabo mi religión y adoraré al Dios del cielo, y aun así no provocaré la ira del rey contra mí."*

Esta es una cuestión de vital importancia para nosotros. Cuando es probable que la persecución caiga sobre nosotros, ¿dejaremos de trabajar abiertamente en nuestros campos el primer día de la semana, como hemos estado haciendo, y haremos algo en silencio en nuestras casas, para que nadie nos vea, o debemos hacer como hizo Daniel? Él abrió sus ventanas e hizo exactamente lo que le dijeron que no hiciera: hacer peticiones al Dios del cielo. Lo hizo abiertamente donde sus enemigos podían verlo hacerlo, aunque se había aprobado el decreto de que por seguir tal curso sería echado en el foso de los leones. ¿No estamos, cuando por miedo a la persecución, trabajamos en silencio en nuestras casas donde ningún hombre puede vernos, escondiendo nuestra luz debajo de un almud? Algunos dicen que no hay necesidad de ser temerarios. Eso es muy cierto; pero ¿seremos temerarios si hacemos como hizo Daniel? ¿Diremos que cometió un error?

En 1 Pedro 2:13, se nos dice: «Someteos, por causa del Señor, a toda institución humana, ya sea al rey como a superior, ya a los gobernadores como por él enviados para castigo de los malhechores y alabanza de los que hacen bien. Porque esta es la voluntad de Dios: que, haciendo bien, hagáis enmudecer la ignorancia de los hombres insensatos; como libres, pero no como los que tienen la libertad como pretexto para hacer lo malo, sino como siervos de Dios. Honrad a todos. Amad a los hermanos. Temed a Dios. Honrad al rey» (1 Pedro 2:13-17). Esto es paralelo con la declaración en Romanos 13, como se ve en el versículo 7.

Pedro lleva este mismo principio a las cosas menores de la vida, e inmediatamente después de hablar del deber de obediencia al rey, habla del deber de los siervos para con sus amos. Si nos encontramos sujetos a un amo, y no hay diferencia si gobierna sobre uno o sobre millones, todos debemos estar sujetos a él. Pero suponiendo que el amo sea un hombre malo, y que mande a los

que están bajo él que hagan algo que está mal, ¿entonces qué? «Porque esto es digno de alabanza, si alguno, a causa de la conciencia delante de Dios, sufre molestias padeciendo injustamente. Pues ¿qué gloria es, si pecando sois abofeteados, y lo soportáis con paciencia? Pero si haciendo lo bueno sufrís, y lo soportáis con paciencia, esto es aceptable delante de Dios» (1 Pedro 2:19-20).

Si un hombre se encuentra sujeto a un amo malo, y hace todo lo que ese amo malo le dice, ¿cómo puede sufrir por ello? Él es un instrumento dispuesto en las manos de su amo; pero el sufrimiento es provocado por el hecho de que no hará las cosas malvadas mandadas; y esto es lo que es aceptable delante de Dios. Él ha desobedecido a la autoridad, y porque la ha desobedecido, sufre; pero sufre por hacer el bien. Si obedece a ese amo perverso, debe desobedecer a Dios. Esto sabemos que estaría mal. Pero es perfectamente correcto desobedecer el decreto malvado de un amo o gobierno, siempre que, cuando llegue el castigo, lo soportemos con paciencia. Esto es aceptable delante de Dios. El mismo hecho de que un hombre sufra por hacer el bien, muestra que es siervo de Dios y acepto por Él. Entonces, ¿cómo es que podemos estar sujetos a las autoridades que existen, y sin embargo ir directamente en contra de lo que dicen? — Sometiéndonos al castigo, pero sin hacer la cosa mala que nos mandaron hacer. Como cristianos, debemos lealtad a Dios, la autoridad suprema, y solo a Él.

«¿Quieres, pues, no temer la autoridad?» (Romanos 13:3). «Haz lo bueno» (Romanos 13:3), y tendremos alabanza de ella. La misma verdad es expuesta por el profeta Isaías cuando dice: «No llaméis conjuración a todas las cosas que este pueblo llama conjuración; ni temáis lo que ellos temen, ni tengáis miedo. Santificad al Señor de los ejércitos a él; sea él vuestro temor, y sea él vuestro espanto» (Isaías 8:12, 13). Los cristianos deben santificar al Señor en sus corazones; entonces él será su temor, y no temerán lo que los hombres les hagan.

Pedro expone la misma verdad cuando dice: «Mas también si alguna cosa padecéis por causa de la justicia, bienaventurados sois. Por tanto, no os amedrentéis por temor de ellos, ni os conturbéis, sino santificad a Cristo como Señor en vuestros corazones, y estad siempre preparados para presentar defensa con mansedumbre y reverencia ante todo el que os demande razón de la

esperanza que hay en vosotros» (1 Pedro 3:14, 15). No temáis el terror. ¿Por qué? Porque hemos santificado al Señor Dios en nuestros corazones, y él es nuestro temor. Dios está con nosotros, Cristo está con nosotros, y cuando los hombres arrojan reproches sobre nosotros, los arrojan sobre nuestro Salvador. Él es quien sufre, no nosotros.

Debemos santificar al Señor en nuestros corazones y estar siempre listos para dar razón de la esperanza que hay en nosotros. Me ha parecido, por las conexiones de estas palabras y la escritura que se cita, que el momento especial en que debemos dar esta respuesta de la esperanza que hay en nosotros, es el momento en que somos llevados ante magistrados por hacer el bien. ¿Qué ayuda tenemos? Hemos santificado al Señor Dios en nuestros corazones al tomar su palabra en nuestros corazones, así que no necesitamos hacer una gran provisión para lo que diremos. Porque Dios dará «una boca y sabiduría, la cual no podrán resistir ni contradecir todos vuestros adversarios» (Lucas 21:15).

Me parece que lo más importante para todos los que tenemos esta verdad especial que sin duda nos traerá problemas con las autoridades que existen, es santificar al Señor Dios en nuestros corazones por el Espíritu de Dios y su palabra. Debemos convertirnos en estudiantes de la palabra de Dios y seguidores de Cristo y su evangelio. Creo que hay granjeros y mecánicos entre nosotros que, aunque nunca han podido juntar textos para predicar un sermón, sin embargo, han santificado al Señor en sus corazones mediante el estudio fiel de su palabra. Estos hombres serán llevados ante los tribunales por su fe, y predicarán el evangelio allí como parte de su defensa, porque Dios en ese día les dará una boca y sabiduría que sus adversarios no podrán contradecir ni resistir.

A veces la gente dice que no tiene sentido hacer prominente nuestra fe y así buscar la persecución. Pero si seguimos tal política como esta, hermanos, ¿qué estamos haciendo sino esconder nuestra luz debajo del almud? Si no permitís que nadie vea el resplandor de vuestra luz, ¿de qué sirve?

A veces estamos en peligro de trabajar tan diligentemente para evitar la persecución, para poder llevar adelante la obra en paz, que descuidamos la obra.

Se nos dice que si desobedecemos las leyes y somos encarcelados, nuestras esposas y familias sufrirán, y que nuestro primer deber es proveer para ellas. Ahora, hermanos, ¿hasta dónde podemos llevar esto? ¿Mostraremos nuestra lealtad a Dios, o la esconderemos? Oh, dice uno, *«¡Podemos guardar nuestra religión; pero podemos guardarla en silencio; no debemos dejar que nuestras familias sufran!»* Hermanos, *«¿qué aprovechará al hombre, si ganare todo el mundo, y perdiere su alma?»* (Mateo 16:26). El Maestro dice: *«El que pierda su vida por causa de mí, la hallará»* (Mateo 16:25).

Volvamos al caso de Daniel. Él no se mantuvo en silencio: oró abiertamente. *«Sí; estuvo bien que Daniel hiciera eso, pero ahora es diferente en el siglo diecinueve.»* No; no lo es. Es exactamente lo mismo. La gente podría haberle dicho: *«Daniel, puedes hacer el bien a tu pueblo desde la posición de influencia que tienes; puedes evitar que sean perseguidos. ¡Ahora no vayas a encerrarte en ese foso de leones, ni pierdas tu vida, ni traigas gran calamidad sobre tu pueblo!»* Pero Daniel sí fue al foso de los leones, y fue allí por vivir su fe abiertamente, y de una manera que todos los hombres pudieran verla, ¿y trajo calamidad sobre su pueblo? No, en absoluto. Como consecuencia de su obediencia, el nombre del Dios del cielo fue más honrado y reverenciado en esa nación de lo que jamás lo había sido antes.

Es nuestro deber predicar el evangelio; levantarnos y dejar que nuestra luz brille, y si hacemos eso, Dios contendrá los vientos mientras deban ser contenidos. Hermanos, el mensaje del tercer ángel es la cosa más grande en toda la tierra. Los hombres no lo consideran así; pero llegará el tiempo en nuestra vida cuando el mensaje del tercer ángel será el tema y asunto de conversación en cada boca. Pero nunca será llevado a esa posición por personas que se callan al respecto, sino por aquellos que confían en Dios y no tienen miedo de hablar las palabras que Él les ha dado.

Al hacer esto, no tomaremos nuestras vidas en nuestras manos, y por ello doy gracias a Dios. Nuestras vidas estarán escondidas con Cristo en Dios, y él cuidará de ellas. La verdad será llevada a este alto lugar simplemente por hombres y mujeres que salen y predicán el evangelio y obedecen lo que predicán. Que la

gente conozca la verdad. Si tenemos un tiempo de paz para difundirla, estaremos agradecidos por ello. Y si los hombres hacen leyes que parecen cortar los canales por los que puede avanzar, podemos estar agradecidos de que adoramos a un Dios que hace que incluso la ira de los hombres le alabe; y Él lo hará —difundirá su evangelio por medio de esas mismas leyes que los hombres malvados han promulgado para aplastar su vida. Dios sujeta los vientos, hermanos, y nos manda a llevar el mensaje. Él los retendrá mientras sea mejor que sean retenidos, y cuando comiencen a soplar, y sintamos las primeras ráfagas al comienzo de la persecución, harán justamente lo que el Señor quiere que hagan.

Cantamos:—

Si por mares en calma,

Serenamente al cielo navegamos,

Con corazones agradecidos, oh Dios, a ti,

Reconoceremos el viento favorable.

Pero si las olas se levantan,

Y el descanso tarda en llegar,

Bendita sea la tristeza, amable la tormenta,

Que nos acerca más al hogar.

A menudo cantamos eso, hermanos, cuando no lo creemos. Porque cuando vemos la tormenta que se acerca, pensamos que no es lo mejor para nosotros dejar que venga, así que nos escondemos de ella o intentamos evitarla. Pero todo obra conforme al consejo de la voluntad de Dios. La tormenta apresurará la calma y el descanso no tardará en llegar.

«Pagad a todos lo que debéis: al que tributo, tributo; al que impuesto, impuesto; al que respeto, respeto; al que honra, honra. No debáis a nadie nada, sino el amaros unos a otros; porque el que ama al prójimo, ha cumplido la ley» (Romanos 13:7, 8). Si hacéis esto, viviréis en paz con todos los hombres, en cuanto de vosotros dependa. Si amáis a vuestro prójimo como a vosotros mismos,

ese es el cumplimiento de toda la ley; porque un hombre, para amar a su prójimo, debe amar a Dios, porque no hay amor sino de Dios.

Si amo a mi prójimo como a mí mismo, es simplemente porque el amor de Dios mora en mi corazón. Es porque Dios ha establecido su morada en mi corazón, y no hay hombre en la tierra que pueda quitármelo. Es por esta razón que el apóstol se refiere a la última tabla de la ley, porque si cumplimos nuestro deber para con nuestro prójimo, naturalmente se sigue que amamos a Dios.

A veces se nos dice que la primera tabla señala nuestro deber para con Dios y constituye la religión, y que la última tabla define nuestro deber para con nuestro prójimo y constituye la moralidad. Pero la última tabla contiene deberes para con Dios tanto como la primera. David, después de haber quebrantado dos de los mandamientos contenidos en la última tabla, al hacer su confesión, dijo: «Contra ti, contra ti solo he pecado, y he hecho lo malo delante de tus ojos» (Salmos 51:4). Dios debe ser primero y último y todo el tiempo. Y si los requisitos de Dios exigen que vayamos en contra de los requisitos del hombre, debemos obedecer a Dios y confiarle todo lo nuestro.

No importa si los hombres malvados obstaculizan el camino; debemos *avanzar* con nuestra obra. Cuando Israel salía de Egipto, llegaron a un lugar donde el Mar Rojo estaba delante de ellos y las montañas y el ejército de los egipcios detrás; pero el mandato de Dios a Moisés fue: «Di a los hijos de Israel que marchen» (Éxodo 14:15). Pero, ¿cómo podrían hacerlo con el mar delante de ellos y sus enemigos detrás? Eso no importaba. Dios dijo: «*Avanzad*».

Estas cosas están escritas para nuestra amonestación, a quienes los fines de los siglos han alcanzado. Los israelitas debían avanzar con la palabra de Dios. No importaba si el mar estaba delante de ellos. Dios lo abrió para que pasaran a pie enjuto. Pero si no lo hubiera hecho, podrían haber pasado sobre el agua igualmente bien. Podrían haber cruzado con la palabra de Dios. Esa fue la manera en que Pedro caminó sobre el Mar de Galilea.

Debemos recordar siempre que somos hijos de Dios; y siendo hijos de Dios, hemos vencido al mundo. Todas estas lecciones que hemos tenido son para

prepararnos para el tiempo de angustia. «Por tanto, tomad toda la armadura de Dios (que es el Señor Jesucristo), para que podáis resistir en el día malo, y habiendo acabado todo, estar firmes» (Efesios 6:13).

ESTUDIO BÍBLICO

CARTA A LOS ROMANOS. — N.º 16.

POR EL ELDER E. J. WAGGONER.

Esta es la última noche dedicada a nuestro estudio bíblico, y por lo tanto, parece apropiado que hagamos un pequeño repaso de las verdades que hemos estado considerando. Encontraremos este repaso delineado en Apocalipsis 14:6-12.

«Vi volar por en medio del cielo a otro ángel, que tenía el evangelio eterno para predicarlo a los moradores de la tierra, a toda nación, tribu, lengua y pueblo, diciendo a gran voz: Temed a Dios, y dadle gloria, porque la hora de su juicio ha llegado; y adorad a aquel que hizo el cielo y la tierra, el mar y las fuentes de las aguas. Y otro ángel le siguió, diciendo: Ha caído, ha caído Babilonia, la gran ciudad, porque ha hecho beber a todas las naciones del vino del furor de su fornicación. Y el tercer ángel los siguió, diciendo a gran voz: Si alguno adora a la bestia y a su imagen, y recibe la marca en su frente o en su mano, este también beberá del vino de la ira de Dios, que ha sido vaciado puro en el cáliz de su ira; y será atormentado con fuego y azufre delante de los santos ángeles y del Cordero; y el humo de su tormento sube por los siglos de los siglos. Y no tienen reposo de día ni de noche los que adoran a la bestia y a su imagen, ni nadie que reciba la marca de su nombre. Aquí está la paciencia de los santos, los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús» (Apocalipsis 14:6-12).

Estamos acostumbrados, y con razón, a hablar de estos tres mensajes como un solo mensaje triple. La palabra traducida como "siguió" significa propiamente "fue con". Así traducido, el texto diría: "y el tercer ángel fue con ellos". Es la misma palabra que se usa en 1 Cor. 10:4: «y todos bebieron la misma bebida espiritual; porque bebían de la roca espiritual que los seguía (margen), y la roca era Cristo» (1 Cor. 10:4). Así, el primer ángel sonó, el segundo se le unió, y el tercero se unió a ambos; y juntos los tres van haciendo sonar el mensaje. Por lo

tanto, hay un solo mensaje que debemos considerar, y ese mensaje comprende los tres.

El mensaje prepara a un pueblo que se describe en el versículo doce: *Aquí está la paciencia de los santos, los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús*. Hay tres puntos que estas personas poseen: paciencia; guardar los mandamientos; y la fe de Jesús. Si bien todos están combinados en uno, creo que podemos considerarlos en orden inverso al que se enuncian: fe; obediencia; y paciencia. Porque la fe es el fundamento sobre el cual todo se edifica, y de donde todo surge. La fe que produce obediencia y la gracia coronadora es la paciencia; pues el apóstol Santiago dice: «Tenga la paciencia su obra completa, para que seáis perfectos y cabales, sin que os falte cosa alguna» (Santiago 1:4). Cuando la paciencia se perfecciona en los santos, entonces ellos mismos son perfectos. Así es como este mensaje triple saca a la luz un pueblo perfecto delante de Dios. Son exactamente lo que el Salvador dice que deben ser: «Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto» (Mateo 5:48).

Quizás algunos en la audiencia no se han dado cuenta del hecho de que las lecciones que hemos estado estudiando durante las últimas doce noches sobre el libro de Romanos, no han sido otra cosa que el mensaje del tercer ángel. Deseo mostrarles esta noche que el mensaje del tercer ángel se resume todo en la predicación del apóstol Pablo, como se describe en 1 Cor. 2:2. «Pues me propuse no saber entre vosotros cosa alguna, sino a Jesucristo, y a este crucificado» (1 Cor. 2:2). Eso fue todo lo que Pablo predicó, y lo que predicó fue poderoso. Él dice: «Así que, hermanos, cuando fui a vosotros para anunciaros el testimonio de Dios, no fui con excelencia de palabras o de sabiduría. . . . y ni mi palabra ni mi predicación fue con palabras persuasivas de humana sabiduría, sino con demostración del Espíritu y de poder» (1 Cor. 2:1, 4).

Ahora bien, las cosas que Pablo predicó, las describe en 1 Cor. 1:17, 18: «Pues no me envió Cristo a bautizar, sino a predicar el evangelio; no con sabiduría de palabras, para que no se haga vana la cruz de Cristo. Porque la palabra de la cruz es locura a los que se pierden; pero a los que se salvan, esto es, a nosotros, es poder de Dios» (1 Cor. 1:17, 18). Cristo lo envió a predicar el evangelio, y él lo

hizo, no usando la sabiduría de palabras humanas, para que su predicación no fuera anulada. Él dice: *Para que no se haga vana la cruz de Cristo*. Entonces, cuando Pablo predicó entre los Corintios, no predicó otra cosa que a Cristo y a este crucificado, y ese era el evangelio. Ese evangelio —la cruz de Cristo— es el poder de Dios para salvación a todo aquel que cree.

Ahora surge la pregunta: ¿Fue esta predicación de Pablo algo similar al mensaje del tercer ángel, o al mensaje triple que se nos ha encomendado? ¿Su predicación difirió de la predicación que nosotros hacemos? Si difiere, ¿estamos predicando lo que debemos predicar? En otras palabras, ¿debería nuestra predicación abarcar algo más que lo que tenía el apóstol Pablo? Si es así, entonces, sea lo que sea, es mejor que nos deshagamos de ello tan pronto como podamos. Ahora veamos por qué:

«Mas si aun nosotros, o un ángel del cielo, os anunciare otro evangelio diferente del que os hemos anunciado, sea anatema». Esto es una declaración fuerte, pero la repite y enfatiza. «Como antes hemos dicho, también ahora lo repito: Si alguno os predica diferente evangelio del que habéis recibido, sea anatema» (Gálatas 1:8, 9).

Estas palabras no son en vano, porque ha habido hombres que han predicado otros evangelios, u otras cosas en lugar del evangelio; y más aún, ha habido ángeles que han predicado otros evangelios, y otras cosas en lugar del evangelio. Todavía veremos a esos ángeles caídos venir a nosotros y predicar lo que ellos llaman el evangelio, que tendrá poder, y que estará acompañado de una luz deslumbrante. Pero las cosas que nos digan, debemos declararlas falsas, y a quien nos las predique, anatema; porque diferirá en algún particular de lo que predicó el apóstol Pablo.

Dejando este punto, volvemos a Apocalipsis 14:6, donde leemos: «Vi volar por en medio del cielo a otro ángel, que tenía el evangelio eterno para predicarlo a los moradores de la tierra, . . . diciendo a gran voz: Temed a Dios, y dadle gloria, porque la hora de su juicio ha llegado» (Apocalipsis 14:6). Esta es una obra que prepara a los hombres para el juicio final, y consecuentemente una obra que

conlleva todo para la perfección del hombre, como vimos en el versículo doce. Pero ese mensaje no es ni más ni menos que el evangelio eterno. El segundo ángel fue con el primero, y el primero los acompañó a ambos, y los tres juntos hicieron sonar un mismo clamor.

Surge la pregunta: Si el tercer ángel vino y añadió su voz al clamor del primer y segundo ángel, ¿no tenemos algo más que decir al mundo que los que trabajaron bajo el primer mensaje? Bueno, ciertamente no podemos predicar nada más que el evangelio eterno. El segundo ángel anuncia un hecho, que Babilonia ha caído, debido a su apostasía del evangelio. Nótese, el segundo ángel no tiene una verdad nueva que decir; meramente un hecho, que algo ha ocurrido. El tercer ángel simplemente anuncia el castigo que caerá sobre los hombres que actúen diferente a la verdad anunciada por el primer ángel. Pero el primer ángel sigue sonando, y los tres van juntos; y puesto que los tres siguen sonando juntos, y el primero está anunciando el evangelio eterno —aquello que ha de preparar a los hombres para permanecer sin culpa ante Dios—, y el tercer ángel está anunciando el castigo que les sobrevendrá si no reciben el evangelio eterno, de ello se sigue necesariamente que el mensaje triple completo es el evangelio eterno.

Nótese bien, el primer ángel proclama el evangelio eterno; el segundo proclama la caída de todo aquel que no obedece ese evangelio; y el tercero proclama el castigo que seguirá a esa caída y que vendrá sobre aquellos que no obedecen. Así que el tercero está todo en el primero —el evangelio eterno. Sí, ese evangelio eterno lleva consigo toda verdad. Es el poder de Dios. Ese evangelio eterno, recuérdelo, se resume en una sola cosa: Jesucristo y este crucificado, y por supuesto, resucitado. No tenemos nada más en este mundo que proclamar a la gente, ya seamos predicadores, obreros bíblicos, colportores, o vendedores ambulantes, o simplemente personas que, en la humilde esfera de su propio hogar, dejan que la luz brille. Todo lo que cualquiera de nosotros puede llevar al mundo es a Jesucristo y a este crucificado.

Alguien dice: Eso es tomar una visión extrema; ¿vamos a desechar todas las doctrinas que hemos predicado —el estado de los muertos, el Sábado, la ley y el

castigo de los impíos? ¿Desecharlas? —No; de ninguna manera. Predíquennas a tiempo y fuera de tiempo; pero, sin embargo, no prediquen nada más que a Cristo Jesús y a este crucificado. Porque si predicán esas cosas sin predicar a Cristo y a este crucificado, pierden su poder, pues Pablo dice que Cristo lo envió a predicar el evangelio, no con palabras de sabiduría humana, para que la predicación de la cruz de Cristo no se hiciera vana. La predicación de la cruz, y solo ella, es el poder de Dios. Digo de nuevo, el evangelio es el poder de Dios, y la cruz es el centro del evangelio. «Lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo» (Gálatas 6:14). Para Pablo no había otra cosa digna de gloriarse, salvo la cruz de Jesucristo su Señor.

Ahora tomaremos algunas de las diferentes líneas de doctrina que predicamos, y veremos cómo podemos predicarlas, y al mismo tiempo predicar solo a Cristo y a este crucificado.

Y primero, en cuanto a la doctrina de la Biblia. La Biblia es toda doctrina. «El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá si la doctrina es de Dios, o si yo hablo por mi propia cuenta» (Juan 7:17). La palabra doctrina significa "enseñanza". A veces nos asustamos de la doctrina. Hablamos de sermones doctrinales y prácticos. Pero doctrina significa enseñanza, y si alguien hace la voluntad de Dios, conocerá la enseñanza. Pero la enseñanza debe ser práctica, o es inútil; entonces, hermanos, la enseñanza de la Biblia es toda práctica.

Ahora bien, si no conocemos la doctrina de la Biblia, no sabemos cómo practicar lo que enseña. Si algo no es práctico, es impráctico. Pero no diremos que la enseñanza de la Biblia es impráctica, algo que no se puede practicar. Así que quizás podamos desechar esa distinción entre sermones doctrinales y prácticos. Un siervo de Dios nunca debería predicar otra cosa que sermones prácticos; pero como toda la enseñanza o doctrina de la Biblia es práctica, es evidente que al predicar sermones realmente prácticos, no debemos predicar otra cosa que doctrina, y esa doctrina debe ser la doctrina de Cristo.

Ahora, en cuanto a las líneas específicas de doctrina en Cristo. Primero consideraremos la ley. Solo tengo que llamar su atención al hecho de que Cristo

está en la ley, y la ley está en Cristo, y que no se puede separar el uno del otro, para probar que los dos van juntos, y que predicar la ley sin Cristo en ella, no tendrá poder ni efecto en los corazones de los hombres. Nuestro estudio del libro de Romanos ha puesto esto claramente ante sus mentes. No anulamos la ley por la fe, sino que solo por la fe en Cristo establecemos la ley en nuestros corazones.

La ley condena al pecador, y por lo tanto por las obras de la ley ninguna carne será justificada delante de Él. Pero es por la obediencia de uno que muchos serán hechos justos, y esa obediencia puede hacerse nuestra por la fe en la palabra de Dios, y haciendo a Cristo nuestro. Hacer a Cristo nuestro es traerlo a nuestras vidas, y tenerlo en nuestras vidas es tener vida eterna. Cristo es la verdad, y la ley está en Él en su perfección, y si mantenemos a Cristo en nuestros corazones día a día, tenemos la ley en nuestros corazones en su perfección, mientras no vacilemos.

Si tenemos a Cristo, Él es nuestra salvación; pero debemos tenerlo en cada momento de nuestras vidas. Un solo acto de fe no bastará para siempre; *el justo por la fe vivirá*. Pero solo podemos vivir un momento a la vez; y puesto que la fe es nuestra salvación, es evidente que somos salvos momento a momento. No hay poder en la ley aparte de Cristo, y la predicación de la ley sin Cristo en ella, es simplemente predicar condenación a los hombres, y no esperanza. Pero Cristo ha enviado a los hombres como sus embajadores, para proclamar libertad a los cautivos, para decirles que son prisioneros de esperanza. Entonces, ¿estamos predicando la predicación de Cristo, estamos cumpliendo su comisión, si predicamos la ley, que solo condena, sin Cristo? No. Debemos predicar "esperanza". Mientras la ley se cierne sobre el pecador con todos los terrores del Sinaí, su mente debe ser dirigida, no simplemente a la ley, sino al dador de la ley, quien tiene *GRACIA* así como verdad en sí mismo. Verdad y gracia están en su mano, y cuando esa verdad condena a los hombres, la gracia que es extendida por la misma mano convierte del pecado.

Cuando los hombres tienen a Cristo, tienen su justicia, que es la justicia que la ley demanda. Pero la justicia de Cristo lleva consigo todo lo demás, porque Él ha dicho: «Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas

cosas os serán añadidas» (Mateo 6:33). Esa es la única cosa necesaria, y si la tenemos, tenemos todo el evangelio, porque es Cristo y su justicia, y Él es nuestra justicia, nuestra salvación y nuestra vida, tanto aquí como en el más allá.

El Sábado

La verdad particular que debe ser sostenida en estos últimos días es el Sábado. No podemos creerlo ni predicarlo con demasiada fuerza. Es ahí donde se ha hecho la gran brecha en la ley de Dios. ¿Se han detenido alguna vez a considerar por qué Satanás ha concentrado todas sus fuerzas en ese cuarto mandamiento? La raíz de todo el asunto se encuentra en Hebreos 1:10. Al hablar al Hijo, Dios el Padre dice: «Y: Tú, oh Señor, en el principio fundaste la tierra, y los cielos son obras de tus manos» (Hebreos 1:10).

Entonces, cuando leemos: *Los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos*, sabemos que simplemente manifiestan el poder que hay en Cristo. Juan dice: «En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. Este era en el principio con Dios. Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho» (Juan 1:1-3). Todo lo que es hecho, es hecho por Cristo.

En Salmo 111:2-4, leo: «Grandes son las obras de Jehová, buscadas de todos los que en ellas se complacen. Gloriosa y majestuosa es su obra, y su justicia permanece para siempre. Ha hecho memorables sus maravillas; clemente y misericordioso es Jehová» (Salmo 111:2-4). Literalmente, y según la traducción judía del hebreo, la primera parte del versículo 4, sería: *Ha hecho un memorial de sus maravillas*. ¿Cuál es su obra? Los cielos son sus obras, y Él puso los cimientos de la tierra. Deseo que noten que esas tres palabras —justicia, clemente y misericordia— son agrupadas por el salmista con estos pensamientos sobre la creación del mundo. Veremos por qué, pronto.

¿Cuál es el memorial de Dios? «Fueron, pues, acabados los cielos y la tierra, y todo el ejército de ellos. Y acabó Dios en el día séptimo la obra que hizo; y reposó el día séptimo de toda la obra que hizo. Y bendijo Dios al día séptimo, y lo

santificó, porque en él reposó de toda la obra que había hecho en la creación» (Génesis 2:1-3). Entonces, ¿cuál es el memorial? —El séptimo día, que es el Sábado. Es el día culminante de la semana, un memorial de la creación completa —una creación en la que el poder de la palabra de Dios se manifestó, *porque él habló, y fue hecho; él mandó, y existió*. Si tan solo mantienen la palabra de Dios y el poder de la palabra de Dios ante sus mentes, parece que no pueden dejar de ver por qué David agrupa la gracia, la misericordia y la justicia, todo junto con las obras de las manos de Dios.

Es la palabra de Dios la que creó los cielos y la tierra. El Sábado es el memorial que se nos da para que podamos conmemorar y meditar sobre el poder de la palabra de Dios. En Ezequiel 20:20 Dios dice que el Sábado ha de ser una «señal entre mí y vosotros, para que sepáis que yo soy Jehová vuestro Dios» (Ezequiel 20:20). Ahora bien, nótese, ha de ser una señal para que sepamos que el Dios del cielo es nuestro Dios.

Ahora pasemos a Jeremías 10:10-12, y allí leemos: «Mas Jehová es el Dios verdadero; él es Dios vivo y Rey eterno; . . . Así les diréis: Los dioses que no hicieron los cielos ni la tierra, desaparezcan de la tierra y de debajo de estos cielos. Él es el que hizo la tierra con su poder, el que afirmó el mundo con su sabiduría, y extendió los cielos con su inteligencia» (Jeremías 10:10-12). Pasen al Salmo 96:5 y allí leemos: «Porque todos los dioses de los pueblos son ídolos; pero Jehová hizo los cielos» (Salmo 96:5).

Ahora bien, cualquier cosa que lleve la mente del hombre al conocimiento del hecho, o que recuerde el hecho, de que el Dios a quien servimos es el Creador, también nos probará que todos los demás dioses son dioses falsos. Porque el poder de crear es el atributo distintivo, es la prerrogativa exclusiva, del Dios del cielo. Él puede crear, y todo lo demás que pretende ser digno de adoración se muestra como un falso pretendiente porque no puede crear.

Pero, ¿por qué quiere Dios que le recordemos como Dios? ¿Qué cosa particular quiere Dios que tengamos en mente cuando pensamos en Él como Dios? La clave de estas preguntas se encuentra en Hebreos 11:6: «Pero sin fe es

imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan» (Hebreos 11:6). Debemos creer que Dios existe; y de esa idea de existencia no puede separarse la idea de recompensa y ayuda del Dios que creemos que existe. Si no consideramos a Dios como un galardonador, como una ayuda presente en la aflicción, no le conocemos como Dios. Si no sabemos que Él es exactamente lo que dice ser, entonces no le conocemos.

Puesto que el Sábado es un memorial de la obra maravillosa de creación de Dios, y es dado para que sepamos que Él es Dios; por lo tanto, el Sábado es dado para que conozcamos a Dios como galardonador, porque Él no es otra cosa sino galardonador de los que le buscan diligentemente. Esto se prueba de manera concluyente en Ezequiel 20:12. «Y mis días de reposo les di por señal entre mí y ellos, para que supiesen que yo soy Jehová que los santifico» (Ezequiel 20:12). Entonces, el propósito de dar el Sábado al hombre era que supiera que ese Dios que lo dio, era un Dios que lo santifica. Esa idea de santificación es la que queremos destacar en esta conexión.

Podría objetarse que el Sábado fue dado antes de la caída del hombre, de modo que en el momento en que fue dado, él estaba santificado y, por lo tanto, no necesitaba a Cristo para salvarlo del pecado. Adán fue puesto en el huerto del Edén por el Señor. Vivió en pureza inmaculada, pero pudo mantener esa pureza solo por fe en Dios. Fue el poder de Dios lo que lo mantuvo. Adán no vivía en sí mismo. Sí, al final lo hizo —y cayó. Pero mientras se mantuvo sin caer, fue por el poder de Dios y la Palabra de Dios. Entonces, necesitaba el poder de Dios para evitar que cayera, como lo necesitó después, una vez caído, para salvarlo de los pecados que había cometido y para evitar que cometiera otros.

Cometemos el mismo error con respecto al tiempo después de que la gracia ha terminado. Pensamos que, como no habrá mediador entonces, nos mantendremos por nuestra propia fuerza. Llegará un momento en que no habrá mediador; pero aquellos que se mantengan en ese tiempo no lo harán por su propia fuerza, sino por el poder de Cristo que nos mantendrá en ese momento; porque estaremos sin pecado, no necesitaremos un mediador, pero

necesitaremos un Salvador en cada momento. Cristo es quien «el cual también os confirmará hasta el fin, para que seáis irreprochables en el día de nuestro Señor Jesucristo» (1 Cor. 1:8).

Si Adán nunca hubiera caído, el Sábado habría existido como el memorial del poder de Dios para guardarlo de caer de la posición y el lugar en que Dios lo había puesto. Eso es exactamente para lo que sirve el Sábado ahora. Es para probarnos que Dios es nuestra santificación, y que Él pone su justicia en nosotros y sobre nosotros por la misma palabra por la cual hizo los cielos y la tierra. Entonces, el Sábado tiene el propósito de que meditemos sobre el poder de Dios, y recordemos que ese mismo poder, que hizo la tierra, es el poder que nos guarda del pecado para salvación, lista para ser revelada en el tiempo final.

En Colosenses 1:11-19 leemos: «fortalecidos con todo poder, conforme a la potencia de su gloria, para toda paciencia y longanimidad; con gozo dando gracias al Padre que nos hizo aptos para participar de la herencia de los santos en luz; el cual nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo, en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados. Él es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación. Porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él. Y él con anterioridad a todas las cosas, y todas las cosas en él subsisten; y él es la cabeza del cuerpo que es la iglesia, él que es el principio, el primogénito de entre los muertos, para que en todo tenga la preeminencia; por cuanto agradó al Padre que en él habitase toda plenitud» (Colosenses 1:11-19).

El apóstol presenta a Cristo como aquel por medio de quien tenemos redención, ¿por qué? Porque por Él fueron creadas todas las cosas. Este pensamiento resolverá la objeción que tan a menudo se plantea en relación con el Sábado, de que la redención es mayor que la creación, porque la redención es creación, y no es ni puede ser otra cosa. Es el mismo poder, y la misma cosa. Por la palabra del Señor fueron hechos los cielos, y por la palabra del Señor la justicia es declarada en nosotros. El hecho de que este universo llegara a existir fue un

acto de creación, y el hecho de infundir justicia en el corazón de un hombre que tiene un corazón impío es también un acto de creación. Cristo es presentado ante nosotros como el Creador para que conozcamos su poder para redimir. Y la manera en que Cristo es presentado ante nosotros es por la palabra de su poder.

El día de Sábado es el día que nos recuerda las maravillosas obras de Dios. En ese día debemos meditar más especialmente que en cualquier otro día sobre las obras de las manos de Dios. Así como en ese día meditamos sobre la obra de su mano y el maravilloso poder que se exhibe en el universo, así también meditamos sobre su poder para salvarnos del pecado, porque es el mismo poder en todo. Por eso los niños, desde sus primeros años, deben ser enseñados a ver la creación como el poder de Dios. Si esto se hace, se arraigarán en sus mentes principios que ninguna sofistería infiel podrá cambiar.

En el undécimo capítulo de Hebreos, Pablo trae a la vista el poder de la fe para obrar justicia; pero notarán que el pensamiento inicial expresado es: *Por la fe entendemos haber sido constituidos los mundos por la palabra de Dios.* Entonces, al dirigir las mentes de los jóvenes al poder de Dios al crear el universo, lo entenderán por la fe, y sus mentes captarán la idea de que el mismo que hizo todo lo que ven, es un galardonador de los que le buscan diligentemente.

¡Qué claro es por qué Satanás ha concentrado todas sus fuerzas contra el cuarto mandamiento! Porque es el que, por encima de todos los demás, pone de manifiesto el poder de nuestro Señor Jesucristo. Satanás es anticristo, y no hace nada en este mundo que no esté dirigido contra Cristo. Por eso ha encubierto ese cuarto mandamiento, para apartar las mentes de los hombres de Dios en Cristo como Creador; porque en la medida en que los hombres pierdan de vista el poder creador que está investido en Cristo, así también perderán de vista su poder para redimir. Así que prediquen el Sábado cada vez más, pero al hacerlo, asegúrense de predicar a Cristo y a este crucificado como el Salvador del pecado.

«Si retrajeres del día de reposo tu pie, de hacer tu voluntad en mi día santo, y lo llames delicia, santo, glorioso de Jehová; y lo venerares, no andando en tus propios caminos, ni buscando tu voluntad, ni hablando tus propias palabras,

entonces te deleitarás en Jehová» (Isaías 58:13, 14). Entonces, guardar el Sábado perfectamente, como Dios quiere que se guarde, es deleitarnos en el Señor; pero esto no podemos hacerlo si no conocemos a Cristo, y no hacemos de Él nuestra alegría.

La Herencia de los Santos

Ahora consideraremos la herencia de los santos, y veremos si en ella no podemos también predicar a Cristo y a este crucificado. Hubo una herencia prometida a Abraham y a su descendencia. Se le prometió a él y a su descendencia que serían herederos del mundo. Esa descendencia es Cristo y todos los que están en Cristo. Las arras, la garantía, de esa herencia es el Espíritu de Dios. «En él también vosotros, habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa, que es las arras de nuestra herencia hasta la redención de la posesión adquirida, para alabanza de su gloria» (Efesios 1:13, 14).

El Espíritu de Dios es el pago anticipado de nuestra herencia, y entonces Pablo ora para que *los ojos de vuestro entendimiento sean iluminados; para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos, y cuál la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, según la operación del poder de su fuerza, la cual operó en Cristo, resucitándole de los muertos.*

Todo el evangelio hace referencia a la herencia de los santos. Esa herencia se obtiene, no por la ley, sino por la fe en Jesucristo. Si somos de Cristo, entonces somos herederos según la promesa. ¿Qué hay en la predicación de la herencia de los santos, si no la llevamos con Cristo, como aquel por quien se obtiene esa herencia? Él es Aquel *en quien asimismo obtuvimos herencia*. La promesa a Abraham fue que en él serían benditas todas las naciones de la tierra. Al hacer esa promesa a Abraham, Pablo dice que Dios le predicó el evangelio. Véase Gálatas 3:8.

¿Podemos predicar a Cristo en la resurrección? La resurrección va unida a la promesa de la herencia. Cuando Dios hizo la promesa a Abraham, este no dudó, sino que estuvo plenamente convencido de que lo que Dios había prometido, era capaz de cumplirlo. Tuvo fe en Dios para resucitar a los muertos y esa fe se manifestó en perfección cuando ofreció a Isaac en el altar. Así, su creencia en la promesa se basó en su creencia en Cristo como la resurrección y la vida. En Cristo está la ley y el Sábado; en Él está la herencia. Cristo crucificado y resucitado es el medio por el cual podemos obtener ese glorioso hogar.

La Inmortalidad del Alma

¿Puede predicarse a Cristo cuando hablamos sobre el tema de la inmortalidad del alma? —Sí; porque eso no es otra cosa que vida a través de Cristo. Por Cristo tenemos vida, y no hay otra manera de obtenerla. Podemos probar de manera concluyente por la Biblia que no hay conciencia en la tumba, y que el hombre es mortal, y aun así no tener el verdadero principio de la cuestión de la inmortalidad del alma.

Algunos dicen que cuando la gente entiende que el hombre es mortal, están a salvo del Espiritualismo. ¿Es eso cierto? No; porque muchas personas lo han reconocido, y aun así se han adentrado en el Espiritualismo. ¿Por qué? Porque no tenían a Cristo en su doctrina. El que tiene al Hijo tiene la vida; y el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida. El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida. Cristo ha comprado la vida para el hombre, y podemos tener esa vida creyendo su palabra. Aparte de Cristo no hay vida, y aparte de Él no podemos tener vida.

En Ezequiel 13:22 leemos: «Por cuanto con mentiras entristecisteis el corazón del justo, al cual yo no entristecí, y fortalecisteis las manos del impío, para que no se apartase de su mal camino, prometiéndole vida» (Ezequiel 13:22). La razón por la cual los hombres están aferrados a sus iniquidades, y por qué descienden a la perdición, es porque se les promete vida cuando no hay vida para ellos mientras permanezcan en ese estado pecaminoso. La oscuridad cubrirá la tierra,

y densa oscuridad a los hijos de los hombres, y será como antes del diluvio, cuando todos los pensamientos e imaginaciones de los corazones de los hombres eran solo de continuo el mal. Es porque creen que tendrán vida sin Cristo.

Cristo debe ser presentado como el único medio de vida, y que esa vida viene por la fe, que es el único medio de justicia, para que los hombres reconozcan *como por la transgresión de uno vino la condenación a todos los hombres, de la misma manera por la justicia de uno vino a todos los hombres la justificación de vida*. Esa vida es la vida de Cristo. Los que son justificados serán salvos, y los que no son justificados se perderán, y la única manera de ser justificados es por la vida de Cristo.

Por lo tanto, predicamos la justificación a través de Cristo —vida en Él, y muerte fuera de Él. Entonces el que no tiene al Hijo no tiene vida y no verá la vida, y todo lo que le queda es la muerte eterna, el castigo de los impíos. Por lo tanto, es imposible para nosotros presentar la cuestión de la inmortalidad del alma de cualquier otra manera que no sea a través de Cristo. Si lo hacemos, no será acompañada de poder; porque nada sino la predicación de la cruz es el poder de Dios.

Espiritualismo

Ahora consideremos el Espiritualismo. Es cierto que un hombre puede creer que los hombres son mortales y que no van al cielo al morir; pero si no conoce el poder de eso, no está a salvo del Espiritualismo. Si no conoce el poder de la vida de Cristo, no hay nada que lo salve de las artimañas de esta terrible ilusión. Pero si conoce la debilidad del hombre, y que no tiene vida en sí mismo, sino que hay vida en Cristo, y que la fe hace suya esa vida, entonces tiene una salvaguardia.

¿Alguna vez conocieron a un hombre que creyó esa Escritura, *Los muertos nada saben*, y se inclinó hacia el Espiritualismo? Supongo que sí, y yo sé que sí. Entonces, si hombres que han conocido y creído esa Escritura, se adentran en el Espiritualismo, no hay poder en esa creencia de que los muertos no saben nada para librarlos del Espiritualismo. He conocido hombres que lo han creído y lo han predicado; pero se desviaron hacia el Espiritualismo. Los he oído predicarlo,

y he oído a los mismos hombres predicar después el Espiritualismo más blasfemo. Entonces, si la creencia positiva de que el hombre es mortal mantuviera a los hombres alejados de las artimañas del Espiritualismo, ¿por qué cayeron esos hombres en él? Porque no conocían el secreto de la vida en Cristo.

Dijo Cristo: «El que no está conmigo, contra mí está; y el que conmigo no recoge, desparrama» (Mateo 12:30). No hay una medida intermedia. Es o Cristo o Satanás. Es Cristo, o es anticristo. Todo lo que no es para Cristo, ¿qué es? Contra Cristo. ¿Qué significa la palabra "anticristo"? —Contra Cristo. Entonces, el que no es para Cristo es anticristo, o es impulsado por el espíritu del anticristo. «Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él» (Romanos 8:9). Entonces, si no tiene el Espíritu de Cristo, ¿qué espíritu debe tener? Debe tener el espíritu del anticristo. Solo hay dos fuerzas contendientes en el mundo: el poder de Cristo y el poder del anticristo; el Espíritu de Cristo y el espíritu del anticristo.

«Y él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados, en los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia» (Efesios 2:1, 2). ¿Quién es el príncipe de la potestad del aire? —Satanás. Entonces, es el espíritu de Satanás el que impulsa a los hijos de desobediencia.

Entonces, el hecho de que un hombre pueda reconocer que el hombre es mortal, no lo salvará del Espiritualismo. Debe reconocer y saber que Cristo es nuestra vida, y que sin Él no tenemos vida. Meramente reconocerlo no servirá de nada, debe conocerlo por experiencia personal. Cristo debe vivir en él, y solo Cristo, y entonces no será impulsado por el espíritu del anticristo, porque el Salvador dijo que el príncipe de este mundo no tenía parte en Él.

¿Cuál es el secreto del Espiritualismo? —La separación de Cristo; y todo hombre que no recibe a Cristo, ya sea que profese creer el Sábado, la venida del Señor, que el hombre es mortal —no importa si cree todo eso—, si no recibe a Cristo en su propio corazón, tarde o temprano ese hombre está destinado a ser arrastrado por esta gran decepción de Satanás.

Son aquellos que no recibieron el amor de la verdad a quienes Dios enviará un poderoso engaño, para que crean la mentira: a fin de que sean condenados todos los que no creyeron la verdad, sino que se complacieron en la injusticia. Ahora bien, es posible para mí reconocer todas las diferentes líneas de la verdad presente que están contenidas en el mensaje del tercer ángel; pero mientras tenga injusticia en mi corazón, tengo allí las semillas del Espiritualismo. Toda injusticia es obra del anticristo. Teniendo injusticia, tengo aquello por lo cual Satanás puede obrar engaño en mí. Es el *engaño de iniquidad*. No es el engaño de la ignorancia, sino el engaño de la injusticia.

Entonces, la única fuente de seguridad reside en la creencia en Cristo como mi vida, y en la justificación por la fe. Debe ser Jesucristo y este crucificado como nuestra justicia, nuestra vida, nuestra alegría, todo lo que es deseable; sí, más de lo que puede ser deseado, o incluso pensado —el único que puede guardarnos del anticristo.

«Amados, no creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios; porque muchos falsos profetas han salido por el mundo. En esto conoced el Espíritu de Dios: Todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en carne, es de Dios» (1 Juan 4:2).

Ahora bien, ¿qué es confesar que Jesucristo ha venido en carne? ¿Decirlo? —No—, creerlo por todo lo que vale. ¿Qué significa? Dios se manifestó en carne; Dios estaba en Cristo reconciliando el mundo consigo mismo. Dios envió a su propio Hijo en semejanza de carne de pecado, y por el pecado, para condenar el pecado en la carne. «Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado» (Hebreos 4:15).

Hermanos, reconocer que Cristo ha venido en carne, significa que debemos tomar a Cristo tal como vino en carne, y por todo lo que vino a hacer en carne. Él vino en carne para que la justicia de la ley se cumpliera en nosotros —para que tuviéramos su justicia y su vida eterna. Todo espíritu que niega a Cristo como el único medio de vida y justicia, es el espíritu del anticristo.

Ahora tomen sus coordenadas y vean dónde están. ¿Es el espíritu de Cristo el que obra en nosotros cuando decimos que vamos a vencer si Cristo nos da un poco de ayuda? Cuando decimos eso, vamos a tener el cielo por nuestra propia obra, al menos en parte; negamos a Cristo, y negamos que haya venido en carne. Ese espíritu es el espíritu del anticristo obrando en nosotros.

En el papado reconocemos una forma de anticristo. El secreto para obtener la vida, tal como lo enseña el papado, no es Cristo y su vida, sino la penitencia, el monasterio y la Virgen María. Así, el espíritu que lleva a un hombre a un monasterio, y flagela la carne, y hace penitencia, es simplemente el resultado lógico del pensamiento de que debemos hacer algo para librarnos del pecado. Es el espíritu que enseña que no podemos confiar todo a Cristo, y dejar que Él obre nuestra propia justicia por nosotros. Así que todo lo que no está totalmente sujeto a Cristo, es impulsado por el espíritu del anticristo.

«Y todo espíritu que no confiesa que Jesucristo ha venido en carne, no es de Dios; y este es el espíritu del anticristo, el cual vosotros habéis oído que viene, y que ahora ya está en el mundo. Hijitos, vosotros sois de Dios, y los habéis vencido; porque mayor es el que está en vosotros, que el que está en el mundo» (1 Juan 4:3, 4). Vencemos al anticristo solo teniendo a Cristo en nosotros. Es Cristo primero y último y todo el tiempo; Cristo en la ley, y la ley en Cristo; Cristo en el Sábado, como Señor del Sábado, porque Él lo hizo, y porque el Sábado simplemente muestra el poder de la palabra de Cristo, por la cual los cielos fueron hechos y por la cual son sostenidos.

El poder de la palabra de Cristo también obra justicia en nosotros. La predicación de la cruz de Cristo presenta vida e inmortalidad a los hombres. Es la predicación de la cruz de Cristo la que advierte a los hombres de la destrucción. Nos libra de las trampas del mundo y nos da acceso a la gracia en la que estamos y nos regocijamos en la esperanza de la gloria de Dios. La predicación de esa cruz de Cristo nos da a conocer todo lo que Cristo quiere que sepamos. Nos presenta las glorias de la herencia de los santos y nos advierte de los peligros de los últimos días.

Mientras seamos leales al mensaje del tercer ángel, y a todas las doctrinas que nos distinguen del mundo, decidamos no conocer nada sino a Jesucristo y a este crucificado. Es el poder de Dios para salvación. Es el evangelio eterno, que preparará a los hombres para el juicio, que ya está establecido. Y oh, si ese primer ángel declaró: *Temed a Dios y dadle gloria, porque la hora de su juicio ha llegado*, ¡cuánto más deberíamos nosotros declarar ese mensaje —el evangelio eterno— ahora, cuando ese juicio no solo ha llegado, sino que ya casi ha terminado!

Doy gracias a Dios porque nos está revelando las verdades de su palabra, y porque nos ha mostrado que el mensaje del tercer ángel es todo el evangelio de Jesucristo nuestro Señor. ¿Por qué sabemos mucho más sobre la palabra de Dios? Porque Dios nos está revelando a Cristo a nosotros y en nosotros. Todo lo que sabemos del poder de Cristo lo sabemos por la palabra y por esto somos limpiados del pecado. Nuestra fe se aferra a Cristo y Él se convierte en una realidad en nuestros propios corazones y en nuestras vidas.

Cuando tenemos una fe fuerte de que Cristo habita en nosotros, podemos salir a trabajar por otros con poder, y unir nuestras voces con las de los ángeles en el cielo, y entonces el mensaje irá con un gran clamor. La razón por la que no ha ido con un gran clamor es porque no lo hemos captado en su plenitud. En el pasado, muchos de nosotros no hemos tenido ese núcleo del mensaje de que todo es Cristo.

Cuando tenemos a Cristo, lo tenemos todo, y conocemos el poder que hay en Él. Entonces nos sometemos a Él, y el poder reposará sobre nosotros, y la palabra que predicamos irá con poder, y el fuerte clamor del mensaje del tercer ángel estará aquí. Me regocijo esta noche en la creencia de que el fuerte clamor está comenzando ahora.

La gran consumación estará pronto aquí, cuando Cristo venga. Entonces lo veremos, a quien, sin haberle visto, amamos; en quien, aunque ahora no le veamos, sin embargo, creyendo, nos regocijamos con gozo inefable y lleno de gloria. En ese día feliz seremos semejantes a Él, porque le veremos tal como Él es.

Que Dios conceda que ese día llegue pronto. Que Dios conceda que cada uno en esta casa le entregue su corazón, y pueda decir: *Aquí estoy, Señor, tómame; soy tuyo, y tú eres mío; úsame, Señor, a tu manera, para que por mí hagas conocer a los gentiles las inescrutables riquezas de Cristo.*

[Verificado por y del original.]

Para descargar el material original [CLICK AQUÍ](#).